



Anna
May

LOS MALVADOS AMANTES RICOS

Elliot

LA NIÑERA DEL
MULTIMILLONARIO

Anna May
La niñera del multimillonario
1ª edición 2024

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing
Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para obtener libros gratuitos y más información sobre Anna May, visite la página web:
www.anna-may.es/newsletter

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritos en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Gracias](#)

[Leer más...](#)

[Dedicado a todos los lectores](#)

Capítulo 1

Fiona

"Chad es un gilipollas, pero estoy muy orgullosa de tí, Fi", dijo Callie.

Callie y Chad nunca se habían llevado bien.

Por suerte mi amiga había venido a apoyarme. Me sonrió animada, se acercó a mí y enlazó su brazo con el mío.

"Gracias, Callie", respondí, obligándome a sonreír. Aparte de mi madre, Callie era mi mayor apoyo. Simplemente ignoré el comentario sobre Chad.

Pero Callie tenía razón... había otra persona que debería haber estado aquí y no estaba. Mi novio.

"Venga, escúpelo", exigió Callie, mirándome de reojo con complicidad.

"¿Qué?", pregunté inocentemente.

"Eso que te preocupa", respondió, "conozco tu sonrisa falsa".

Suspiré, pero no porque no quisiera decírselo a Callie sino porque sólo deseaba poder disfrutar de este gran momento sin que nada desagradable interfiriera en mi mente.

"En realidad es por Chad", admití frunciendo el ceño.

"Sí, ¿dónde está Chad? ¿No debería estar contigo en tu gran día? Es tu primera exposición fotográfica, ¿no?", dijo, mirando a su alrededor en busca de mi novio.

"Dijo que tenía que trabajar", le expliqué, intentando disimular mi desengaño. "Su trabajo es importante. Lo malo es que ni siquiera parecía contrariado. ¿Aunque quizás soy yo, que soy demasiado sensible?"

"Tonterías", discrepó inmediatamente. "El tipo dirige sus propias clases de fitness, al menos podría tomarse una hora libre para celebrar este gran momento con su novia y apoyarla".

Asentí, agradecida por el apoyo inquebrantable de Callie.

"Quizá no soy lo bastante importante para él", murmuré medio en broma. "Sólo llevamos un año de relación y unos meses viviendo juntos. Parece que las relaciones no tienen ningún valor hoy en día".

"No empieces", dijo, apoyando su mano en mi brazo. "Eres increíble, Fiona. Cualquier hombre estaría feliz de estar contigo".

Le sonreí y me sentí un poco mejor. Al menos ahora sabía que no era sólo mi inseguridad, sino que realmente tenía un motivo para estar enfadada con él. Y tenía razón, Chad podría haber hecho el esfuerzo de venir aunque fuera una hora.

No me quedé mucho después porque tenía que trabajar por la mañana y decidí saltarme la fiesta. No estaba precisamente de humor para celebraciones.

Tomé un Uber de vuelta al piso que compartía con Chad y llegué a casa mucho antes de lo que había planeado.

Cuando abrí la puerta, tardé un segundo en darme cuenta del sonido que llegaba a mis oídos. Era un gemido. Procedía de mi dormitorio. Reconocí inmediatamente la voz de Chad y no estaba solo. Mi corazón se hundió mientras caminaba hacia la puerta, con la esperanza de que no fuera lo que me temía.

"Chad es un gilipollas, ...", me recordé a mí misma.

Abrí la puerta de un empujón y me quedé petrificada al ver a Chad con una mujer que nunca había visto antes. Ambos estaban desnudos, enredados en mis sábanas y obviamente no esperaban que entrara.

Se me heló la sangre en las venas y me quedé en la puerta sin respiración. Estaba demasiado sorprendida para moverme o hablar. Los ojos de Chad se abrieron de par en par al percatarse de mi presencia y salió a trompicones de la cama, tratando frenéticamente de inventar una excusa.

"Fiona, no es lo que parece", tartamudeó, tirando de sus bóxers.

"Lo que parece es que me estás engañando en mi propia cama", comenté, con la voz temblorosa por la rabia y el dolor.

La mujer levantó rápidamente la sábana, con la cara enrojecida por la vergüenza. "No sabía que tuviera novia", murmuró, buscando su ropa.

No dije nada porque me sentía mal. Me di la vuelta y esperé a que la mujer se vistiera.

"Lo siento mucho", me dijo mientras me empujaba y caminaba hacia la puerta principal. "Nunca me habría acostado con él si lo hubiera sabido".

Asentí, pero no estaba en condiciones de animarla ni de aceptar sus disculpas.

"Eres un puto gilipollas", siseó, quitándose las palabras de la boca. "Debería haber sabido que no debía acostarme con un musculitos de gimnasio".

Estuve completamente de acuerdo con ella. Tras sus mordaces comentarios, se marchó y me quedé a solas con Chad.

"Fiona, sé que estás enfadada", empezó Chad, caminando hacia mí, vestido sólo con bóxers y levantando las manos como si intentara domar a un animal salvaje. Había gotas de sudor en su pecho excesivamente musculoso y la habitación seguía oliendo a sexo.

"Enfadada no es ni por asomo lo que estoy", espeté. La ira era mucho más fácil de soportar que la desesperación y el dolor que me roían el corazón. No sólo estaba enfadada con Chad, sino conmigo misma por haber confiado en él.

"Seamos razonables", continuó, como si yo fuera la equivocada. "Míralo desde mi punto de vista, cariño. Siempre estás muy ocupada, pasas mucho más tiempo con tu fotografía que conmigo. Yo también tengo necesidades, ¿sabes?"

Por mi cabeza pasaron cien respuestas diferentes, cada una más mordaz que la anterior.

"Vete a la mierda, sal inmediatamente de mi piso, niño", le grité. Por supuesto que ese no era ni de lejos el peor comentario que se me había ocurrido.

"No seas así", replicó e intentó agarrarme las manos.

Rápidamente di un paso atrás y evité su contacto.

"¿Cómo puedes siquiera seguir intentando excusarte?" grité y casi me dieron ganas de reír. "Acabo de pillarte con otra en mi propia cama. Hemos terminado".

"Pero cariño", dijo como último intento. "No tengo a dónde ir".

"¿Eso es lo único que te preocupa ahora, no?", pregunté, sabiendo ya la respuesta. Si yo le importara a Chad, nunca habría sido capaz de engañarme. Así que ni siquiera esperé una respuesta. "¿Qué parte de 'vete a la mierda' no entiendes?"

"Me echarás de menos cuando me haya ido", dijo renegando y se vistió. Llevaba la camiseta del revés. No se lo dije.

"Sinceramente no lo haré", respondí, porque era cierto y me sentía orgullosa de mí misma por sentirme así. Nunca podría echar de menos a un hombre que me había hecho tanto daño.

Chad hizo las maletas rápidamente porque lo único que tenía era su ropa. Yo había comprado todo lo demás, aunque él ganaba más que yo. Me sentí tan estúpida por no haber reconocido

enseguida esas pequeñas-grandes señales...

Cerré la puerta de un portazo en cuanto cruzó el umbral. Tenía que hacer algo, así que me dispuse a cambiar las sábanas de la cama. Me daban ganas de quemarlas, pero eran las sábanas más bonitas que tenía, así que bastaría con llevarlas a la lavandería.

Una vez la ropa estuvo recién lavada sobre mi cama y el trabajo terminado, no supe qué hacer conmigo misma. En ese momento fui consciente de que me temblaban las manos. Luché contra el nudo de la garganta, pero no lloré. Ya había desperdiciado demasiadas lágrimas con hombres de mierda en mi vida, especialmente con mi padre. No quería malgastar más energía emocional en otra decepción.

Quizá debería dejar de intentar contener el llanto.

Esta noche era extremadamente importante para mí y no iba a dejar que Chad la arruinara. Sin embargo lo había hecho, me había mentido y engañado.

Las relaciones no me habían traído más que problemas hasta ahora. Sin duda tenía algo que cambiar.

Capítulo 2

Elliot

Estaba en el balcón, con la mirada fija en el deslumbrante paisaje urbano de Los Ángeles, mientras una gran fiesta se celebraba justo abajo de mí.

"Oye Elliot, ¿estás bien?"

Esta noche iba a ser una noche especial. Harrison Blake, mi mejor amigo, estaba aquí para celebrarlo conmigo. Estábamos uno al lado del otro, ambos con trajes a medida, sosteniendo vasos de whisky caro.

"Claro que lo estoy", respondí alzando las cejas. "¿Por qué no iba a estarlo?"

Agarré con fuerza el vaso. No había visto mucho a Harrison desde que vivía en Nueva York. Estaba en la ciudad por negocios y éste era un momento idóneo para vernos.

En la planta baja se celebraba una animada fiesta en la que resonaban las risas y las conversaciones. Había pedido el mejor champán y corría a raudales entre mis invitados en el bar de dos plantas de la azotea.

Era uno de los clubes más exclusivos de Los Ángeles, normalmente lleno de famosos, modelos y de cualquiera lo bastante rico como para pertenecer a él. Mis invitados eran en su mayoría gente conocida, vestidos con flamantes trajes de pasarela y rebosantes de joyas, de buen humor y dispuestos a divertirse hasta que volviera a salir el sol.

"No lo sé, pero no pareces estar de humor para celebraciones", dijo Harrison encogiéndose de hombros.

"Acabo de ganar un caso decisivo para mi carrera y este whisky está buenísimo", le expliqué. "No hay nada por lo que estar descontento".

Pero en medio de la opulencia y la celebración, un sentimiento de abatimiento me carcomía. El sabor de la victoria debería haber sido dulce, pero sin embargo lo sentía amargo.

La gratificación de mis honores y el mar de caras bajo nosotros no lograban emocionarme como de costumbre.

Nos rodeaban mujeres hermosas, bailando y riendo. Normalmente, estaría buscando a la mujer perfecta para llevarme a casa y pasar una noche de diversión sin ataduras. Diablos, en una noche como esta, probablemente me llevaría a dos mujeres a casa. Pero a pesar de su atractivo y su encanto, no podían mantener mi interés.

Me aflojé la corbata y me sentí derrotado. Solía vivir para noches como esta, pero ahora todo me parecía un poco vacío.

"¿Dijiste que había noticias?", pregunté, tratando de cambiar de tema a otra cosa que no fuera yo.

Harrison sonrió ampliamente, como si apenas pudiera reprimir su excitación.

"Miranda está embarazada", anunció.

"¡No me digas, enhorabuena!", le dije, dándole una palmada en la espalda.

"Gracias", sonrió, pero la sonrisa se desvaneció de inmediato. "Sólo espero no estropearlo. Mi padre no fue precisamente un buen modelo a seguir".

"Lo harás bien", le animé, dejando de lado sus temores. Era experto en padres de mierda y no quería pensar en ello. "No hagas nada de lo que él hizo y lo harás bien".

Harrison se rió y negó con la cabeza.

"Mierda tío, primero Desmond tiene un bebé", comenté, refiriéndome a mi hermano gemelo, "¿y ahora tú? Espero que no sea contagioso. Porque me gusta mi vida de soltero".

Resopló. "No es una sentencia de muerte. Nunca pensé que el matrimonio fuera para mí, pero Miranda lo ha cambiado todo. Estoy deseando conocer a nuestro hijo, aunque la idea de ser padre me aterra".

Tomé un sorbo de whisky para ocultar mi mueca.

"Me alegro mucho por ti", dije, no iba a mentir, porque me alegraba de que Harrison hubiera encontrado el amor y toda esa mierda sensiblera. Pero no podía imaginarme una vida así.

"¿Nunca has sentido la tentación de sentar la cabeza?", preguntó.

Ahora me tocaba resoplar a mí.

"No", dije suavemente. "Has encontrado una gran mujer en Miranda y Desmond en Lucy, pero ese no es el futuro que quiero".

"¿Qué futuro quieres?", me preguntó. Si no hubiéramos sido viejos amigos, me habría negado a contestar.

"Convertirme en socio de la empresa, tal vez comprar un yate", pensé. "O una isla privada. Eso podría ser divertido".

"Tío, un día te vas a despertar y te vas a dar cuenta de que el dinero y el éxito no significan gran cosa si no tienes a alguien con quien compartirlos", me advirtió Harrison.

"El día que un cheque succulento deje de entusiasmarme será el día de mi muerte", sonreí. Puede que a Harrison le gustara ponerse sensible, pero no era lo mío.

"¿Qué más piensas hacer mientras estés en la ciudad?", pregunté para cambiar de tema.

"Además de trabajar en el caso en el que estoy ahora, intentaré ver a Fiona", respondió. Fiona era la hermanastra de Harrison.

"Es una locura que aún no la conozca", comenté. "Pensé que al menos la conocería en tu boda".

"Ella estaba allí, pero tiende a escaquearse de esos eventos", explicó. "El tema de 'mi padre tuvo una aventura con la asistente y la dejó embarazada' puede resultar incómodo. Intento involucrarla más, pero no se siente cómoda".

"Quizá sabe que siempre será una extraña", supuse. "Es increíble que os llevéis tan bien cuando no crecisteis juntos".

"Para mí no es una extraña", dijo frunciendo el ceño. "Es parte de mi familia".

Me encogí de hombros. Aparte de a mi hermano gemelo, no estaba unido a nadie de mi familia y no podía imaginármelo de otro modo. La vida era menos complicada cuando no había demasiados lazos.

Sorbimos nuestro whisky y pedí otra ronda cuando nuestros vasos se vaciaron. Ya había pagado las botellas y pensé que era mejor no desperdiciarlas.

A medida que avanzaba la velada, pensaba en lo que había dicho Harrison. Había tenido novia alguna vez, pero ninguna había sido realmente importante para mí.

Simplemente no tenía tiempo para invertir en una relación y construir mi carrera a la vez. Así que me decidí por lo segundo.

También pensé en cómo Harrison y Desmond eran mucho más felices desde que habían entablado sus relaciones que antes. ¿Me había perdido algo? No lo parecía. ¿O sí?

Cuanto más whisky bebía, más confusos se volvían mis pensamientos. La fiesta se fue desvaneciendo durante la noche. El alcohol corría por mis venas e intensificaba el caos de mi

cabeza. Intenté distraerme mezclándome entre los invitados que quedaban, entablando conversaciones superficiales y flirteando con algunas modelos despampanantes que aún andaban por allí.

Su atención distrajo mis pensamientos momentáneamente. Sin embargo, debajo de la superficie, seguía existiendo un sentimiento persistente, un malestar frente a cosas que hasta ahora siempre me habían satisfecho.

Al final, incluso Harrison se marchó y yo no tuve más remedio que irme también a casa. Al salir, vi a una de las modelos con las que había estado flirteando en algún momento.

No iba a encontrarle el sentido a mi vida esa noche, pero tal vez pudiera encontrar consuelo en un momento de placer.

La invité a mi casa y ni siquiera me molesté en averiguar su nombre. Ella estaba emocionada y definitivamente más sobria que yo, pero yo no estaba ni por asomo en el punto de pensar en ella. Estaba tan borracho que ya ni tenía sentimientos.

Me acosté con ella en una neblina de alcohol, refugiándome en el calor de su cuerpo y en el placer que me proporcionaba. Encontré mi momento de liberación y me dormí satisfecho.

Pero la mañana llegó con un dolor de cabeza palpitante que superaba el placer del desenfreno y, entre café, analgésicos y una magdalena seca de arándanos, tuve que preguntarme si no habría en la vida algo más que eso.

Y entonces mi resaca empezó a desaparecer y con ella ese ridículo pensamiento. Estaba viviendo mi sueño. Otros hombres matarían por una vida como la mía. Que Harrison se hubiera ablandado no significaba que yo tuviera que hacerlo.

Capítulo 3

Fiona

Me quedé mirando por la ventana mientras completaba la angustiosa tarea de rellenar los dispensadores de azúcar por segunda vez aquel día.

Trabajar en una cafetería no era ni mucho menos el trabajo de mis sueños, pero de alguna manera tenía que pagar las facturas. Ni siquiera ganaba lo suficiente con mis turnos en la cafetería para llegar a fin de mes, pero al menos me servían de complemento entre los pocos trabajos de fotografía remunerados que tenía y los otros trabajos esporádicos que aceptaba cuando podía.

Me sentía atascada. El sinfín de gente infeliz que pasaba por delante de la cafetería era como un símbolo descarnado de mi vida. No quería quedarme aquí el resto de mis días, sonriendo amplia y falsamente mientras esperaba buenas propinas, que en última instancia determinaban si podría o no pagar mis facturas.

"¡Fiona!". La voz de Callie me sacó de mis pensamientos y miré hacia abajo para darme cuenta de que el azúcar rebosaba del dispensador que acababa de rellenar.

No era frecuente que Callie y yo trabajásemos en el mismo turno, así que era un lujo poder pasar el rato con ella y que me pagaran por ello.

"Mierda", murmuré, enderecé rápidamente el gran recipiente de azúcar y puse dentro de nuevo la que se había desbordado. Al menos no había caído nada al suelo. Mi jefe, Johnny, siempre buscaba excusas para descontarnos los errores del sueldo.

"¿Estás pensando en Chad?", preguntó Callie con simpatía.

Hacía poco más de una semana que me había enterado de que Chad me engañaba y estaba haciendo todo lo posible por superarlo. No quería gastar más energía en un tipo que me había tratado tan mal.

"En realidad no", respondí. "Sólo pienso en la vida en general y en qué es lo que quiero en lugar de esto. No necesito la riqueza con la que crecí cuando vivíamos con mi padre, pero tampoco quiero estar atrapada en un trabajo de mierda en el que mi sustento penda de un hilo como le pasaba a mi madre".

"Aquí me siento estancada", suspiró. "¿Recibiste el mensaje de Johnny de que tenemos que esforzarnos más por las propinas si queremos un aumento?".

"Por favor... no podemos hacer más por las propinas de lo que ya hacemos", dije indignada. "Encima aquí las propinas no es que sean estupendas. Ayer Johnny me dio mi propina: trabajé durante todo el ajetreo del desayuno y sólo conseguí quince dólares".

"Te mereces más", me decía, siempre animándome. "Te mereces la carrera de fotógrafa que quieres... y te mereces mucho más que un hombre como Chad, eso seguro. Todos merecemos algo mejor que alguien así".

Resoplé en señal de acuerdo. Callie era la abogada de las causas justas. Pero... ¿nos la merecíamos? ¿Merecíamos una vida mejor? ¿Quiénes la tienen? ¿Y qué implica?

"Supongo que desde que Chad desapareció de la escena, he estado dándole más vueltas a qué tipo de vida quiero realmente", confesé.

"Siento mucho el daño que te hizo", explicó Callie con auténtica preocupación. "Pero también

me alegro de que ese gilipollas esté por fin fuera de tu vida".

"Yo también", asentí. "Ojalá hubiera reconocido las señales antes".

Lo peor era que ya no estaba segura de poder confiar en mi instinto. Siempre había intentado confiar en él, pero ahora no estaba segura de nada. Sentía en mi pecho como una herida abierta, una terrible mezcla de crudeza y vulnerabilidad.

Un ruido repentino procedente de una de las mesas me hizo dar un respingo y estremecerme.

"Mierda", susurró Callie. "Ese es el grupo de jóvenes de mi sección. Será mejor que me ocupe de ellos".

Observé cómo Callie intentaba educadamente impedir que uno de los tipos vertiera limonada sobre la cabeza de otro y sentí vergüenza ajena por los dos.

Ella también estaba atrapada en un callejón sin salida y en mi opinión tenía incluso más talento como artista que yo. Callie tenía una voz increíble y una gran pasión por la música, pero, al igual que yo, no encontraba la forma de convertirla en una carrera que le permitiera vivir.

Volvió al mostrador, con cara de cansancio, mientras el grupo reía insoportablemente alto de algo que sin duda era estúpido.

"No me pagan lo suficiente para aguantar esta mierda", suspiró.

Simplemente asentí.

"Algún día, todo esto será sólo un recuerdo lejano", dijo, tratando de ver el lado positivo. "Tú serás una fotógrafa famosa y yo habré desarrollado mi carrera musical".

"Ya no tendremos que preocuparnos por el dinero ni por los clientes maleducados", retomé el hilo y continué con la fantasía.

"Sí, eso sería fantástico", dijo con nostalgia. "¿Te imaginas lo bella que sería la vida si pudiéramos gastar nuestra energía en nuestras pasiones en vez de en esta mierda?".

Era frustrante que estuviéramos sobreviviendo de este modo. Hablar de ello con Callie me hizo volver a centrarme en lo que realmente quería. Chad había minado mi confianza, pero no podía dejar que me robara la alegría.

"Creo que desde que Chad salió de escena, he tenido la oportunidad de redescubrir quién soy y qué quiero de la vida", le dije mientras me ponía a limpiar la máquina de batidos. "No quiero seguir haciendo esto dentro de cinco años".

"¡Sí, bienvenido el autoanálisis!", me animó. "Emprende el camino del crecimiento. Sólo recuerda que tienes que arriesgarte para encontrar la verdadera felicidad... y el amor".

Hice una mueca al oír esto último.

"Estoy dispuesta a ser feliz, pero no creo que esté preparada para abrirme al amor a corto plazo. Ni siquiera estoy segura de querer volver a intentarlo", admití. "Necesito tiempo para curarme y recuperarme antes de poder siquiera pensar en ello".

"Lo entiendo perfectamente", respondió Callie. "Pero nunca digas nunca jamás. Una vez que te hayas tomado tiempo para cuidarte, puede que lo sientas de otra manera".

Asentí, pero tenía mis dudas. No es que quisiera estar sola el resto de mi vida; es que tenía miedo de volver a encontrarme en una situación de mierda.

Me había enamorado de Chad a pesar de todas las señales de advertencia y me sentía una estúpida después de lo que vivimos con mi padre, por no haberme dado cuenta enseguida. Prefería quedarme soltera a arriesgarme con otra relación desastrosa. No es que creyera que no hay hombres buenos, sólo que parecía que eran cada vez menos.

Anhelaba una conexión real con alguien, que me apoyara en una relación. Quería el tipo de amor que me hiciera sentir segura y valorada.

Quería citas dulces, incluso después de años de relación, cuando se supone que la rutina suele aburrir a la gente. Quería levantarme emocionada porque sabía que estaba con la persona adecuada y que nunca daríamos por sentado que nos conocíamos el uno al otro, que continuaríamos descubriéndonos cada día.

No estaba segura de que eso fuera posible. Era una fantasía. Una hermosa, dolorosa, anhelante y seductora fantasía. Nada más.

Incluso teniendo expectativas más realistas en cuanto a las relaciones, seguía sin estar preparada para dar ese salto de nuevo.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por una notificación en mi teléfono móvil. Estuve a punto de ignorarla -se supone que no debemos mirar el móvil en horas de trabajo-, pero me picó la curiosidad.

Era un correo electrónico, lo abrí y hojeé rápidamente su contenido. No pude reprimir la sonrisa que se me dibujó en la cara.

"Callie", susurré emocionada. "¡Me han dado el trabajo!"

"¿El trabajo de fotógrafa?", quiso saber.

"¡Sí!", grité, agitando el móvil.

Callie chilló de emoción y me abrazó con fuerza.

"¡Ya ves! La vida te sonríe de nuevo", dijo mientras me soltaba.

"Tienes razón", acepté con una sonrisa.

Era justo el golpe de suerte que necesitaba, sobre todo porque ahora tenía que pagar el alquiler completo en lugar de la mitad.

Mi hermanastro Harrison me había hablado del trabajo. Su antiguo bufete necesitaba nuevas fotos de los empleados.

Harrison incluso se había ofrecido a hablar bien de mí en la empresa, pero yo lo había rechazado. Quería conseguir el trabajo por mis propios méritos y lo había hecho.

"Apuesto a que Harrison podría conseguirte más trabajos fotográficos si le dejaras", dijo Callie.

"Sabes que no puedo hacerlo", le contesté. "Es muy amable por su parte ofrecerse siempre a ayudarme económica y profesionalmente, pero..."

"¿No crees que puedas confiar en él?", preguntó Callie.

Conocía muy bien nuestro pasado. Nuestro padre, Malcolm, siempre había utilizado el dinero para controlar a la gente. Había hecho lo mismo con su esposa y Harrison y con mi madre y conmigo.

Mamá nunca había querido tener una aventura con él, pero temía perder su trabajo si lo rechazaba. Cuando se quedó embarazada de mí, Malcolm le pagó para que guardara silencio.

"No se trata de confianza", dije, frunciendo el ceño. "Claro que confío en él. Es sólo que no puedo permitirme acabar en la misma situación que mi madre".

"Fi, sabes que no es lo mismo", discrepó con una mirada comprensiva. "Harrison nunca se comportaría como tu padre".

"No se trata de lo que él haría, sino de cómo me siento yo", suspiré. "No tienes ni idea de lo que fue crecer en un lugar así. Malcolm controlaba a mi madre con amenazas y dinero y cuando su mujer se enteró de su 'aventura' -si es que se le puede llamar así, ya que obligó a mi madre a tenerla- nos echó de casa y nos dejó en la indigencia".

Callie me miró con la misma mirada triste que siempre me dirigía cuando le hablaba de mi infancia. No era lástima, sólo una profunda compasión.

"Le odio por lo que os hizo a todos", declaró enfadada. "Vuestra madre es la persona más

agradable que he conocido. Lo irónico es que ni siquiera hubiera tenido que pagarle para que se callara".

"A mamá siempre le gustaron mucho Harrison y su madre, ella nunca habría hecho algo así. Prácticamente ayudó a criar a Harrison, aunque Malcolm no se diera cuenta", confirmé. Luego me encogí de hombros, tratando de deshacerme de la sensación de inquietud que me provocaban los recuerdos. "Bueno, al menos sacamos algo de dinero mientras pudimos. Mamá no podía permitirse rechazarlo".

"Aun así, no es justo que Harrison tenga el gran fondo fiduciario y tú te quedes sin nada", insistió.

"No, no es justo, pero sinceramente, me habría sentido incómoda aceptando dinero de ese cabrón", respondí, cruzando los brazos delante del pecho. "De esta forma, puedo abrirme camino en el mundo y saber que todo lo que consigo es gracias a mí y no a mi padre. Soy hija de mi madre".

Mi madre había manejado toda la situación con mucha dignidad, a pesar de que Malcolm era un mierda. Había aceptado otros trabajos y había hecho todo lo posible para darme todo lo que podía. Y una cosa que nunca me faltó fue amor. Pero la experiencia me hizo extremadamente desconfiada a la hora de aceptar dinero de nadie. No quería poner ese poder en manos de otra persona.

Sí, yo había permitido que Chad se colara en mi vida y pagara la mitad de mi alquiler y lo llamara amor.

"Me alegro de que todo eso haya quedado atrás", comentó Callie, extendiendo la mano y apretándome el brazo. "Y estoy segura de que este nuevo trabajo como fotógrafa mejorará tu portafolio".

"Tienes razón, tengo muchas esperanzas", sonreí, contenta de poder pasar ahora a cosas más agradables. "No es el trabajo de mis sueños, hacer fotos para un bufete de abogados, ¡pero es un comienzo! Y el trabajo está bien pagado. Incluso podría ser suficiente para ahorrar algo de dinero para los días malos".

La última vez que había ahorrado algo de dinero, lo había gastado en mi cámara y había comenzado mi andadura artística. Tenía un buen presentimiento hacia este trabajo y hacia lo que podía significar para mi futuro.

"Me alegro mucho por ti", sonrió, "siempre se te ve feliz cuando tienes una cámara en las manos".

"Creo que he perdido un poco de esa alegría desde hace un tiempo, gracias a Chad y a su actitud", confesé. "Estoy deseando volver a encontrar mi chispa".

La fotografía se había convertido para mí en una vía de escape, una distracción y un medio de expresión. No tenía que pensar en lo difícil que era mi vida cuando miraba las cosas a través de un objetivo. Me gustaban especialmente los retratos. Había algo en conocer a la gente a través de las fotografías que me llenaba el alma. Las arrugas en la cara o una expresión cuando pensaban que no les estaba mirando podían decir mucho.

"Chad puede irse a la mierda", me defendió. "No reconocería el arte ni aunque le diera en la cara".

"Sí", asentí con un suspiro, deseando no haber estado tanto tiempo con un chico que claramente no era el adecuado para mí. Tampoco podía imaginarme qué tipo de chica sería la adecuada para Chad. "Creo que lo que más me gusta de la fotografía es que a veces expresa las cosas mejor que yo, ¿sabes? Con una imagen puedo contar historias para las que no tengo palabras".

"¿No es eso lo bueno del buen arte?". Callie sonrió. Tenía suerte de tener una amiga que me entendía y me ayudaba a mantener encendida mi llama artística en un mundo que intentaba apagarla constantemente.

"Exactamente", asentí.

Pensé en el consejo de Callie. Sentía el romance como un riesgo, más o menos como sumergirme en aguas infestadas de tiburones mientras sangraba. Quería cerrar esa etapa y no volver a pensar en ello. Aunque no podía ignorar la soledad que me invadía, era como un vacío en el centro del pecho.

Decidiera lo que decidiera hacer a largo plazo, no quería pensar en ello ahora. Tenía cosas más importantes que hacer.

Quizá aún hay esperanzas para mi pasión, quizá no confié lo suficiente en mí desde el principio.

Quería volcarme en mi trabajo y labrarme un futuro. Mi vida había estado llena de contratiempos y obstáculos, pero no iba a dejar que eso me detuviera.

Capítulo 4

Elliot

Estaba sentado en mi mesa revisando los documentos legales de mi próximo caso. Era un aburrido litigio de propiedad, pero mi cliente me pagaba un buen anticipo y siempre me encargaba pequeñas cosas que le reportaban grandes sumas de dinero. El esfuerzo y el aburrimiento merecían la pena.

Sin embargo, estaba deseando que llegara mi hora de comer; era el último día de Harrison en Los Ángeles antes de volver a Nueva York y no quería dejarle marchar sin despedirme.

Pero hasta entonces, tenía que leer esos aburridos papeles. Prefería estar en la sala del tribunal y experimentar la emoción de vencer a mis oponentes y aplastar sus argumentos. Eso era lo emocionante.

El timbre de mi teléfono fue una agradable distracción del aburrido asunto de la disputa por la propiedad.

"¿Hola?". Contesté y me recosté en mi sillón de cuero.

"Hola, ¿El Sr. Elliot Bennet?", preguntó una mujer con voz cálida pero seria.

"Sí", respondí, preguntándome quién podría ser.

"Soy la Sra. Johnson, trabajo para la Oficina de Bienestar Social, me dedico a la infancia", explicó.

"Lo siento, no llevo casos de niños", le contesté con el ceño fruncido. Normalmente, la oficina de protección de menores trabajaba con abogados de oficio; no tenía ni idea de por qué me llamaba.

"Señor Bennet, no le llamo por sus conocimientos jurídicos", continuó con un ligero titubeo en la voz. "¿Conoce a la Sra. Sarah Evans?".

El nombre me hizo saltar del asiento. Había salido con Sarah hacía unos seis años. Se suponía que era una aventura. Pero cuando dio señales de querer algo más serio, rompí con ella. Yo quería un puesto de socio en la empresa y no había sitio para ella en mi vida.

"Sí, la conozco", dije lentamente. "Disculpe, pero ¿de qué se trata?".

"Siento decirle que la Sra. Evans murió hace unas semanas", me dijo la Sra. Johnson con simpatía.

No había visto a Sarah desde que rompí con ella. No era una pérdida devastadora. La sensación de hundimiento en mi estómago era sólo una reacción natural e inevitable. Yo no era cruel.

"Es una noticia triste, pero tengo que preguntarle qué tiene que ver esto conmigo", le insistí. "¿O con el bufete de abogados?".

"La Sra. Evans tiene una hija, Rose", me dijo. "Tiene cinco años".

"De acuerdo...", balbuceé, tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Empezaba a frustrarme. "¿Y eso qué tiene que ver conmigo?".

"Sr. Bennet, Rose es su hija. El testamento de la Sra. Evans dice que quiere que usted sea su tutor legal en caso de que algo inesperado le suceda".

Casi me entraron ganas de reír. Tenía que ser una broma.

"Es una chica dulce", dijo la Sra. Johnson. "He estado cuidando de ella desde que Sarah murió y ... "

"Escuche, se ha equivocado de hombre", la interrumpí. "Hace seis años que no veo a Sarah. Lo siento por su hija, pero ese no es mi problema".

"Puede solicitar una prueba de paternidad si quiere", dijo, endureciendo su voz. "Está en su derecho. Pero Sr. Bennet, es su nombre el que figura en el certificado de nacimiento de Rose y los deseos de Sarah eran claros. Si quiere renunciar a su patria potestad, es su decisión, por supuesto. Pero ella no tiene otra familia. Sin usted, Rose irá al sistema de acogida. Le insto a que piense en lo que eso puede significar".

Apreté los dientes. Yo no había pedido esta responsabilidad. Si realmente había dejado embarazada a Sarah, debería habérmelo dicho. Después de todo, había elegido mi especialidad para no tener que tratar con niños o familias. Apenas tenía contacto con mi propia sobrina, Joder y Desmond era mi hermano gemelo.

"No estoy hecho para esto", me defendí, aunque normalmente no podía admitir debilidad. "Seguro que el sistema de atención será mejor que yo".

"Sr. Bennet", suspiró y continuó diciendo la Sra Johnson: "No sea estúpido", en ese momento sentí la tensión de antes de una disputa. "Nuestros sistemas están saturados, tenemos seis niños por casa en este momento. Usted puede proporcionarle a Rose un hogar estable y un pariente consanguíneo. ¿Podría al menos conocerla antes de decidir?".

No era de los que cambian de opinión sólo porque alguien tuviera una historia triste que contarme. Quería negarme. Era una manipulación emocional y ni siquiera podía estar seguro de que la niña fuera mía.

"Bien", murmuré de mala gana. "Pero no voy a hacer ninguna promesa. Y todavía quiero esa prueba de paternidad".

"Gracias", dijo aliviada. Tal vez eso debería haberme hecho sentir mejor, pero en lugar de eso sentí náuseas. ¿En qué me había metido?

"¿Qué tal pasado mañana? Digamos sobre la hora de comer".

"Eso encaja", respondí.

Terminamos la conversación y me desplomé en la silla.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Tenía mucho con lo que lidiar, pero estaba seguro de una cosa: yo no tenía ningún instinto paternal. No era como Desmond o Harrison, que habían sido domesticados y habían encontrado la felicidad en ello. Siempre había sido un hombre libre y pretendía seguir siéndolo.

Un golpe en la puerta de mi despacho me sacó de mis pensamientos y la abrí para encontrarme a Harrison al otro lado, esperándome con una sonrisa.

"¿Estás listo para comer?", preguntó. Entonces su rostro se ensombreció. "¿Va todo bien? Parece que hayas visto un fantasma".

"Estoy bien", le espeté.

"Sí, sí, ya lo veo", comentó con sarcasmo. "¿Quieres decirme qué está pasando?"

Mi mandíbula se tensó. No quería decírselo. No quería que nada de eso fuera real. Pero necesitaba hablar con alguien. Así que sólo le conté a Harrison lo mínimo: que Sarah Evans había muerto, que tenía una hija, que decía que era mía y que ahora debía cuidar de ella.

"Dios, eso es enorme, tío", dijo con demasiada simpatía para mi gusto. "¿Qué vas a hacer ahora?"

"No lo sé", dije. "Tengo que averiguarlo. Y por eso voy a tener que suspender nuestra comida. Necesito aclarar mis ideas".

"Por supuesto, lo entiendo", respondió. "Quería visitar a Fiona de todos modos, yo..."

Lo que Harrison dijo a continuación, no lo oí. Sólo podía pensar en la noticia que acababa de recibir y que me cambiaría la vida.

Fiona

"Hola, Fiona", me dijo una voz familiar. Me giré y vi a Harrison en la puerta de la cafetería. Me sonrió. "Cuánto tiempo sin verte".

"¡Harrison!" Le saludé con un abrazo. "Me alegro de verte".

La última vez que nos vimos fue en su boda con Miranda.

"Yo también me alegro de verte", dijo, "acabo de llegar de la galería. Fiona, tus fotos son increíbles. Tan conmovedoras. Enhorabuena".

Harrison sonreía con orgullo y mi corazón se henchía con sus elogios. No habíamos crecido como hermanos, pero él había hecho todo lo posible por recuperar el tiempo perdido desde que descubrió la verdad.

"Muchas gracias", respondí. "¿Te traigo algo de comer?"

"Claro", aceptó y le llevé a una mesa. Aunque estaba de servicio, el restaurante apenas estaba ocupado y mi jefe no estaba allí para regañarme por perder el tiempo, así que me dispuse a comer con él.

Harrison pidió una hamburguesa y un batido de fresa y yo me uní a él con un batido de chocolate y un plato de patatas fritas. Había sido un día largo y tenía hambre suficiente para comer en la cafetería, aunque estuviera harta de ella después de años trabajando allí.

"Felicidades por tu paternidad", dije, sonriendo ampliamente. "Es una gran noticia, me alegro mucho por ti y por Miranda".

Mis palabras eran sinceras, pero bajo la superficie había un anhelo agri dulce.

No pude evitar comparar nuestras vidas. Harrison, el hijo legítimo, nacido en el privilegio y la riqueza. Y yo, su hermanastra, luchando por encontrar mi lugar en el mundo. A pesar de la alegría que sentía por él, una espina de tristeza me punzaba el corazón.

Anhelaba el mismo tipo de felicidad que compartían Harrison y Miranda; el amor incondicional y la satisfacción que ellos parecían irradiar. Pero el miedo a que me hicieran daño de nuevo se cernía sobre mí como una nube oscura, poniendo en duda las posibilidades de mi propia felicidad.

"Gracias", sonrió, ya la personificación de la paternidad orgullosa. "Estamos muy contentos, aunque estoy un poco nervioso".

"Vas a ser un gran padre, lo sé", afirmé. "Y Miranda será una madre fantástica".

"Oh, seguro que sí", asintió, su amor por Miranda le llenaba los ojos de calidez.

Mientras miraba a Harrison a los ojos, pensé en el delicado equilibrio entre mi anhelo de una relación y mi miedo a que me volvieran a hacer daño. El deseo de una conexión profunda y significativa tiraba de mis emociones; un anhelo que no podía ignorar por mucho que lo intentara. Pero dudaba en exponerme a la vulnerabilidad que exigía el amor porque temía que me volvieran a hacer daño.

Charlamos mientras comíamos y Harrison me contó sus planes de futuro con Miranda y su creciente familia. Era innegable que formaban un gran equipo y que se apoyaban incondicionalmente. Sabía que él también lo había pasado mal con nuestro padre y no le

envidiaba su relación con él. Aunque no podía evitar preguntarme si alguna vez encontraría la misma alegría y satisfacción que Harrison con una pareja.

¿Es el dinero lo que marca la diferencia?

Era difícil negar que la seguridad financiera cambiaba las cosas para la gente. No habría dejado que mi ex se mudara conmigo si no hubiera necesitado ayuda para pagar el alquiler. Incluso podría haber roto con él antes de que empezara a engañarme si no hubiéramos estado viviendo juntos.

El dinero era un factor de estrés constante en mi vida, como lo es para la mayoría de la gente. Trabajé en empleos desesperados que me chupaban la vida para llegar a fin de mes. Mi creatividad se resintió y tuve menos tiempo para mi arte.

Sabía que el dinero no era la panacea, pero la falta de él sin duda causaba muchos problemas. Si el resto de mi vida fuera menos caótico, quizá no me enamoraría de tipos como Chad.

O tal vez tenga que aceptar que tengo un gusto terrible para los hombres y renunciar al resto de excusas.

Cuando terminamos de comer, la conversación se volvió un poco más dura.

"Probablemente debería volver al trabajo antes de que venga mi jefe y me pille holgazaneando", dije disculpándome.

Harrison me dedicó una sonrisa triste: "Ojalá me dejaras ayudarte. Te mereces una vida mejor que esta. Tus fotos son increíbles, deberían estar en todas las galerías".

Se me revolvió el estómago, como siempre que me ofrecía dinero. En parte se trataba de mi orgullo. No quería una limosna. Pero debido a mi complicada historia con los Blake, me sentía aún menos inclinada a aceptar el dinero de Harrison, aunque creyera que nunca lo utilizaría en mi contra como había hecho nuestro padre.

"He de encontrar mi propio camino en el mundo", insistí. Habíamos tenido esta conversación más de una vez. Harrison asintió como respuesta.

"Entiendo", dijo después. Entonces sus ojos se iluminaron con picardía. "Bueno, no puedes negarme que te dé una propina".

Intenté negarme, pero Harrison no accedió a mi negativa. Nos despedimos rápidamente en cuanto entraron más clientes y tuve que atenderlos. Mientras les tomaba nota, no dejaba de pensar en lo feliz y tranquilo que estaba Harrison ahora. Antes de que Miranda llegara a su vida, era un adicto al trabajo sin sentido del humor y con complejo de mártir. Ella le había hecho mucho bien.

Por mucho que quisiera centrarme en mí misma y en mi carrera, me preguntaba si alguna vez encontraría a alguien perfecto para mí, como Harrison y Miranda que parecían hechos el uno para el otro.

Capítulo 5

Fiona

Estaba ocupada en el estudio arreglando con precisión mi equipo fotográfico. El suave clic de los trípodes al ser ajustados y el zumbido de las luces del estudio llenaban el aire.

Me hacía ilusión terminar las fotos para el bufete, aunque no fuera el trabajo creativo que ansiaba. En realidad no pasaba mucho tiempo en los estudios, ya que las tarifas por día eran bastante elevadas, por eso estaba contenta de haber podido elegir el mejor, a costa del bufete.

Ya había trabajado todo el día y solo quedaba un abogado, que me estaba esperando. Estaba muy satisfecha con el trabajo que había hecho hasta entonces.

Mientras ajustaba cuidadosamente la iluminación, un hombre entró en la habitación y captó inmediatamente mi atención. Mis ojos se sintieron atraídos por él como las polillas por la luz.

Se sentó en el taburete que había colocado frente al telón de fondo y me miró, con los ojos entrecerrados.

"¿Va a tardar mucho?", preguntó bruscamente.

Era alto y ancho de hombros y poseía un aura de fuerza y confianza en sí mismo que parecía emanar de lo más profundo de su ser. Vestía un traje de diseño perfectamente ajustado a su cuerpo. Su aspecto era muy elegante a pesar de la expresión pensativa de su rostro.

Su pelo rubio y bien peinado dejaba entrever su ascendencia vikinga y su rostro bien afeitado mostraba rasgos afilados y como cincelados. Pero fueron sus ojos los que me cautivaron. Unos penetrantes ojos azul-grisáceos que parecían mirar directamente a mi alma; una mirada que me fascinaba y me inquietaba a la vez.

Fruncí el ceño, sorprendida por su audacia.

"Porque no tengo todo el día", continuó, levantando las cejas irritado en dirección a mi cámara.

A pesar de su rudeza, no pude reprimir el cosquilleo que sentí cuando me miró. Se me secó la boca. Como fotógrafa de retratos, pasaba mucho tiempo estudiando los rostros de las personas. No era el hecho de que aquel hombre pareciera un modelo lo que me fascinaba, aunque no podía negar que me había atraído al instante, era más bien la profundidad de su mirada, las líneas alrededor de sus ojos y la forma en que sus labios se movían hacia un lado cuando estaba ensimismado.

Enfoqué la toma y le miré fijamente a través del objetivo. Podía estar impaciente, pero incluso en su expresión malhumorada había algo que me atraía.

"Haz lo que te digo, así no te dolerá y podrás volver directamente a tus archivos", le dije, asombrada ahora de mi impertinencia.

El vikingo del traje caro me miró insistentemente y juraría que estuvo a punto de decir algo completamente distinto cuando soltó : "De acuerdo". Eso fue todo. Tuve que reprimir una risita.

Hice unas cuantas fotos, acariciando con los ojos su mandíbula afilada y sus labios rosa pálido. Todos los abogados de la oficina parecían inusualmente atractivos, pero este hombre me llamó la atención como ningún otro.

Nunca había sentido una atracción así, tan fuerte y tan rápida.

¿Qué estaba pasando aquí? Eso no era típico de mí en absoluto ...

Elliot

Me apresuré a llegar al estudio, sabiendo perfectamente que llegaba tarde. Lo último que necesitaba hoy era posar como un pavo real para el departamento de marketing de la empresa. No sabía por qué no podían utilizar fotos antiguas, al parecer alguien había decidido que necesitaban unas nuevas.

Mañana vería por primera vez a Rose, mi supuesta hija. Se me hizo un nudo en el estómago.

Todavía no podía creer que hubiera aceptado conocerla. Sarah debería haberme dicho que tenía una hija, sobre todo si pensaba dejármela al cuidado. Después de todo, yo ya tenía una vida y esa vida no incluía una niña. Nunca quise eso.

Entré en el estudio y me quedé ensimismado.

"¿Tardará mucho?", quise saber y me pregunté cómo demonios iba a compaginar mi trabajo con ser padre.

"Porque no tengo todo el día", me quejé. Tenía cosas más importantes que hacer que hacerme fotos glamurosas.

Entonces miré a la fotógrafa y se me cortó la respiración. Era preciosa.

Sus ojos azul oscuro me miraban fijamente y sus labios rosa melocotón formaban un mohín seductor. Sabía exactamente dónde quería poner esos bonitos labios. No podía apartar los ojos de ella mientras me hacía unas cuantas fotos; sus caderas se balanceaban suavemente al moverse y su escote quedaba al descubierto cuando se inclinaba hacia delante para mirar a través de la cámara.

Sentí que me excitaba poco a poco y cambié de postura.

Es exactamente el tipo de distracción que necesito.

"Haz lo que te digo, así no te dolerá y podrás volver directamente a tus archivos", dijo.

¿Cómo puede hablarme así? Inmediatamente quise responderle que tenía... razón. Hoy no vería nada más que archivos. Pero esta belleza no debería hablarme así. Sentía una fascinación que no podía describir. "De acuerdo", apenas conseguí decir.

¿De acuerdo? ¿Realmente acabo de decir eso? ¿Qué clase de idiota soy?

Observé su trabajo -cómo ajustaba con gracia el objetivo con los dedos, cómo se mordía el labio inferior mientras miraba las fotos que había hecho- y me sentí cada vez más atraído por ella.

Llevaba una camiseta negra de tirantes y unos vaqueros pitillo negros que mostraban su esbelta figura. Me dio la impresión de que intentaba pasar desapercibida, sin duda hacía todo menos eso. Me cautivó. Iba descalza y tenía las uñas de los pies pintadas de rojo. La deseo.

Pulsó algunos botones de su cámara y cuando levantó la vista hacia mí, su expresión se suavizó.

"Sabes, no eres el único que puede decir impertinencias", bromeó, golpeando ligeramente el lateral de su cámara con el dedo. Sonrió y la habitación se iluminó y no sólo por el flash de su cámara. "A mí también se me dan bastante bien".

"¿Sí?" Sonreí. "¿En qué más eres buena?"

Dejé que mi mirada se posara en sus labios, que eran del mismo color que las uñas de sus pies, haciéndole saber exactamente lo que estaba pensando. Se sonrojó.

¿Vergüenza? ¿Emoción?

Sin embargo, quería que se sonrojara toda ella. Preferiblemente mientras yacía debajo de mí y jadeaba de placer.

"Um...", balbuceó.

Normalmente me acostaba con mujeres que ya estaban al acecho: modelos, actrices, incluso influencers. Nunca me molestaba con mujeres que eran más inocentes, eran demasiado exigentes. Pero ella parecía un reto, el tipo de mujer que me distraería.

Sonreí ante su respuesta y me hizo otra foto.

"Creo que es todo lo que necesito", dijo, encontrando de nuevo la voz.

"¿Eso es todo?", pregunté arqueando una ceja.

Se lamió los labios y un rubor le subió por el cuello.

Así que está interesada.

Esto iba a ser divertido. Me acerqué lentamente a ella, manteniendo el contacto visual. Continué hasta que estuvimos tan cerca que tuvo que levantar la cabeza para mirarme.

"¿Seguro que no necesitas nada más?", pregunté.

¿Fue un escalofrío lo que la recorrió?

"No, yo..."

No la dejé contestar.

"¿Te apetece tomar algo esta noche?", pregunté. Pero no era una pregunta. "8pm, La Paradise Bar en el centro de la ciudad, ¿lo conoces?"

"Lo conozco, pero nunca he estado allí", respondió. Sus ojos se desviaban hacia mis labios. Mi polla se endureció en mis pantalones.

"Genial, entonces nos vemos luego", dije con una sonrisa. Incluso tenía la tentación de ya mismo estirar la mano y tirar de ella hacia mí. Pero tenía suficiente paciencia para esperar hasta esta noche. La suficiente. La captura era mucho más dulce después de la emoción de la persecución.

"No he dicho que sí", protestó.

Tiene carácter, tanto mejor.

Esperé, le dirigí mi mejor mirada seductora y la desnudé con la mirada. Volvió a sonrojarse y me dio la espalda por un momento. Pero no pudo resistirse y volvió a mirarme.

"¿Y?", pregunté.

Parpadeó y respiró hondo.

"Sí", dijo, casi con un suspiro, como si cediera a regañadientes ante mí.

"Bien", sonreí. Saqué mi tarjeta de visita y se la di: "Aquí tienes mi número. Por cierto, soy Elliot".

"Fiona", respondió pasando el dedo por el borde de mi tarjeta.

"Fiona", sonreí. "Un nombre casi tan bonito como tú".

Abrió los ojos sorprendida por el cumplido y frunció los labios. Un cumplido bien hecho hacía maravillas y, por su reacción, me di cuenta de que estaba contenta. No dije nada más, era mejor dejarla con las ganas.

Me di la vuelta y una sonrisa de satisfacción se dibujó en mis labios mientras me dirigía a la puerta. Esta noche iba a perderme en ella y no podía esperar.

Y quién sabe, quizá mi vida no tenga que cambiar en absoluto, aunque Rose sea mi hija. Podría encontrarme una niñera, tal vez incluso una tan sexy como Fiona. Así podría seguir divirtiéndome.

Eché un último vistazo a Fiona, que me seguía con la mirada, con mi tarjeta de visita aún en la

mano. Oh, sí, me divertiría, sin duda.

Capítulo 6

Fiona

No podía creer que hubiera aceptado ir a tomar una copa con Elliot, por muy bueno que estuviera.

No sé qué me había hecho decir que sí a este idiota arrogante. Tal vez fue porque había visto algo en sus ojos cuando lo fotografié, algo que yacía muy por debajo de la superficie.

Sí, y tal vez estaba tan atrapada por su carisma que perdí la cabeza.

Mi corazón seguía latiendo rápido debido a la cercanía de su presencia.

Mientras recogía el equipo y me dirigía a casa, no podía dejar de pensar en él. Nunca me habían interesado este tipo de hombres, pero había algo en él a lo que no podía resistirme.

Me estaba volviendo un poco loca, allí de pie mirándome como si quisiera devorarme. Me moría de ganas de tomarme una copa con él y ver adónde nos llevaba la química que había surgido entre nosotros, aunque es verdad que la idea me asustaba un poco. Me asustaba y me excitaba al mismo tiempo.

Cuando llegué a casa, llamé a Callie para contarle lo de mi cita.

"¡Dios mío!" Casi gritó a través del teléfono cuando le hablé del hombre guapísimo con el que estaba a punto de ir a tomar una copa. "¡Pensé que habías renunciado a salir con hombres!"

"He renunciado a las relaciones", la corregí. La forma en que lo dije me hizo dudar de si estaba haciendo lo correcto. Nunca había sido el tipo de chica que tiene sexo con un hombre y ya. "Al menos de momento. Pero sólo son unas copas, no tiene por qué significar nada, ¿no?".

"Sí, copas con un tío del que no puedes parar de hablar", dijo. Podía oír una sonrisa descarada en su voz. "Voy para allá".

"¿Vienes?" Fruncí el ceño.

"Para ayudarte a prepararte", me explicó, "maquillaje, atuendo, todo el programa".

Sonreí ante el entusiasmo de mi amiga. "Vale, genial, gracias".

Callie tenía un ojo increíble para la moda, aunque nuestros estilos diferían. Ella tendía a vestir de forma poco convencional, mientras que yo adoptaba un enfoque más clásico.

No tardó en sonar el timbre de mi puerta, ya que Callie vivía a pocas manzanas de mí. Cuando abrí la puerta, estaba allí de pie, con los ojos brillantes de emoción. No perdió el tiempo e inmediatamente pasó por delante de mí, dirigiéndose directamente a mi dormitorio.

"Bueno, empecemos con el desfile de moda", decidió. Su entusiasmo era contagioso. Rebuscó en mi armario, sacó varias prendas y las puso sobre la cama.

"Estaba pensando en esto", le dije, acercándome a ella y sacando un vestidito negro.

"¿El mismo vestido que llevabas en la galería?", preguntó escéptica. "Fi, podemos encontrar algo mejor".

"¿Por qué no?", insistí. "Se adapta a todas las ocasiones. Y me queda bien".

"Te queda todo impresionante", me dijo, lo que me hizo reír. Estaba exagerando. "¿No quieres impresionar a este tipo?"

Fruncí los labios. "Creo que sí... ¿Qué tienes en mente?"

"¿Qué tal un vestido de cóctel?", sugirió Callie, mostrando un vestido azul marino.

Había olvidado que tenía este vestido y me fascinó de inmediato.

"Vale, sí", acepté y lo cogí.

Tenía una silueta atemporal, con un top ajustado y una falda acampanada que realzaba mis curvas. El intenso color azul marino desprendía sofisticación y el tejido tenía un brillo sutil que captaba la luz a la perfección.

Al meterme en el vestido, sentí que el lujoso tejido me abrazaba y favorecía mis curvas. El escote corazón le añadía un toque de feminidad, mientras que los delicados adornos de encaje del corpiño eran el detalle exquisito. La falda caía con gracia hasta justo por encima de la rodilla, dando al conjunto un aspecto coqueto y elegante a la vez.

Callie me entregó un par de tacones de aguja plateados, cuyo brillo metálico combinaba a la perfección con el vestido. Eran glamurosos, alargaban mis piernas y realzaban el aspecto general del conjunto.

Me peinó con suaves ondas que me caían por los hombros y luego me maquilló, utilizando la brocha como una artista para mezclar el champán y el gris oscuro en un sutil ahumado. Después me aplicó un pintalabios que resaltaba el color natural de mis labios rosa melocotón.

"Y ahora el toque final", dijo Callie, con los ojos brillantes de emoción. Buscó un collar llamativo con cristales centelleantes que resaltara mi escote. También sugirió un bolso de mano a juego, con adornos plateados.

Con el collar al cuello y el bolso en la mano, me miré en el espejo. Esperaba estar lo bastante guapa para impresionar a Elliot.

"Estás increíble", exclamó Callie, con sus ojos verdes brillantes de fascinación. "¡Ahora ve y toma un poco de vitamina D!"

"¡Callie!" Me reí sorprendida.

"¡Qué, como si no estuvieras esperando echar un polvo esta noche!" Sonrió. "Señorita 'no estoy buscando una relación'".

"Sabes que a mí tampoco me van los rollos de una noche", murmuré negando con la cabeza.

"Si no quieres una relación o un rollo de una noche, ¿por qué vas?", preguntó sin juzgar.

"Hay algo en él...". Me interrumpí. No estaba muy segura de lo que quería, sólo de que Elliot había captado mi atención de una forma que no podía ignorar. "Creo que nunca antes había sentido este tipo de química con un hombre".

"Enséñale de lo que eres capaz, tigresa", me animó mientras nos dirigíamos a la puerta. "Te has ganado una noche de diversión".

"Gracias Callie, te llamo mañana", le dije y la abracé antes de irnos cada una por nuestro lado.

Tomé el autobús hasta el centro de la ciudad y caminé una manzana hasta el bar que Elliot me había sugerido. Cuando llegué, mi confianza empezaba a flaquear. Era un sitio elegante y sin duda, caro.

Una parte de mí quería salir corriendo, pero no era de las que se rinden tan fácilmente. Respiré hondo y entré, preguntándome si podría aguantar toda la noche con agua con gas.

Elliot ya estaba en la barra; con su estatura y su pelo rubio, era fácil reconocerlo, como un dios vikingo entre nosotros, simples mortales. Debía de estar vigilando la puerta, porque me vio enseguida y esbozó una sonrisa felina que me hizo flaquear. Me abrí paso rápidamente entre los demás clientes y me reuní con él en la barra.

"Estás impresionante", me dijo en cuanto estuve cerca de él. Esperaba no haberme ruborizado, porque con su cumplido y la forma en que me miraba se me calentó el cuerpo entero.

"Oh, yo... tartamudeé, sin saber cómo tomarme el cumplido, sobre todo porque tenía un aspecto fantástico. Se había despojado de su traje y corbata profesionales y ahora llevaba un look más relajado, con los botones desabrochados y las mangas subidas para dejar al descubierto sus

fuertes antebrazos. Guapo era poco, parecía un semental.

Se rio descaradamente. Debería haberme frustrado, pero en lugar de eso lo único en lo que podía pensar era en por qué su risa me producía un cosquilleo en el estómago.

"Vamos a tomar algo", dijo y se inclinó hacia delante. El camarero lo vio enseguida y se acercó. "Un Bellini para la encantadora dama y yo tomaré un whisky sour".

El camarero asintió y se fue.

"¿Y si no quiero un Bellini?", pregunté.

Me miró de arriba abajo y tuve que reprimir un escalofrío.

¿Qué tiene este tipo que hace que me derrita? Nunca nadie había tenido este efecto en mí.

"Confía en mí", exigió. "Eres una chica Bellini, puedo verlo".

"En realidad prefiero el gin-tonic", murmuré y empecé a preguntarme por qué había aceptado ir a tomar una copa con él. Me miró con dureza y se me encogió el corazón.

"Pruébalo", dijo cuando el camarero volvió con nuestras bebidas.

A regañadientes, acepté. No podía permitirme pedir otra bebida en un sitio como éste. Tomé un pequeño sorbo y el dulce sabor a melocotón me hormigueó en la lengua.

Elliot me miraba atentamente por encima del borde de su vaso mientras sorbía su whisky sour. Intenté disimular mi reacción, pero nunca había sabido poner cara de póquer.

"¿Qué te dije?" Se rió.

No tenía sentido negarlo.

"¿Cómo sabías tan bien que me gustaría?", le pregunté.

"Te va bien", sonrió. "Dulce y saludable como un melocotón y sin embargo ...".

Se interrumpió mientras sus ojos azul pálido viajaban hacia abajo, posándose primero en mis labios y luego más abajo, acariciando mi escote con la mirada.

"... ¿y sin embargo?", pregunté, casi sin aliento por la mirada que me dirigía.

"Maduro", explicó, inclinándose hacia mí. "Y esperando a ser cosechado".

Se me cortó la respiración y bebí un sorbo para disimular el efecto que me estaba causando. Ya no podía engañarme pensando que sólo estábamos aquí para beber. En el fondo, lo sabía. Elliot era el tipo de hombre que probablemente se había acostado con media ciudad. Y yo no había tenido ni una sola aventura de una noche. No debería haber venido, esta no era yo.

Pero la mirada de Elliot no me abandonaba y me pregunté si no estaría bien seguir después de todo. Era una fuerza de la naturaleza y no podía rechazarlo. Tal vez ni siquiera quería. Tocó algo en mí, algo primario y nuevo. No sabía quién era cuando estaba con él y eso era excitante.

"¿Y eres tú el que va a cosecharme a mí?". Dije sorprendiéndome a mí misma. Apenas podía creer que esas palabras estuvieran saliendo de mi boca.

Me estaba volviendo adicta a la forma en que sus labios se curvaban de satisfacción, como si supiera que lo hacía todo bien.

Extendió la mano y me tocó la mejilla, acariciándome el pómulos lentamente con el pulgar y haciendo que me sonrojara de deseo. Solo un pequeño roce y supe que se lo daría todo.

Se inclinó hacia delante y pensé que iba a besarme. Quería que me besara. Pero entonces sus labios simplemente me rozaron la oreja.

"Ya lo he hecho", susurró, provocándome un escalofrío.

Luego volvió a inclinarse hacia atrás, dejándome sin habla. Cuando me quitó la mano de la mejilla, eché de menos su calor; la forma de su mano grande y fuerte... había sido tan suave. Como si ese dios vikingo no pudiera estropear nada.

Tal vez, por una vez, eso es exactamente lo que quiero.

Hubo un momento en que nos miramos a los ojos y fue como si el mundo entero contuviera la respiración. Entonces Elliot me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia el beso abrasador que había estado esperando sin darme cuenta. El deseo me invadió mientras nuestros labios se movían en sincronía, explorando y rindiéndose al ritmo embriagador de nuestra pasión compartida.

Nunca me habían besado con tanta intensidad. El bar se derritió ante mis ojos y solo quedamos Elliot y yo; su cuerpo grande y fuerte apretado contra el mío, encendiendo en mí un fuego que nunca antes había sentido.

Estuve a punto de gemir cuando por fin nos separamos, pero conseguí recuperar la cordura y aferrarme a mis últimos restos de dignidad.

"Salgamos de aquí", dijo y me cogió de la mano.

Le seguí de buena gana, con la cabeza aún aturdida por el beso ardiente. Nunca me había sentido atraída por alguien tan rápido, nunca había perdido la cabeza por un beso. Mi cuerpo palpitaba de deseo mientras seguía a Elliot hacia la puerta.

Su mano era a la vez ancla y brújula, me impedía ir a la deriva y me indicaba exactamente adónde tenía que ir. Fuera, el aire seguía siendo cálido, pero se sentía fresco en mi piel ardiente. Elliot había encendido un fuego en mi interior y sólo había una forma de apagarlo.

Su coche estaba aparcado en una calle lateral -un Bentley verde bosque que probablemente costaba más de lo que yo había ganado en mi vida- y me di cuenta de que no podía esperar a que me llevara a algún sitio. Lo quería ya. Ni siquiera el hecho de saber que Elliot era obviamente muy rico podía frenar mi deseo.

Tiré de su mano y cuando se volvió para mirarme, le cogí para darle otro beso. Me devolvió el beso con la misma pasión que en el bar, pero esta vez lo hizo más profundo. Luego nos hizo girar y me apretó contra el lateral de su coche. El frío metal contrastaba con el calor de su cuerpo.

Le rodeé el cuello con los brazos y le abracé con fuerza mientras sus manos me acariciaban los costados. Sus manos eran grandes y fuertes, me agarraban con la misma desesperación que sentía yo. Separó sus labios de los míos y me besó la mandíbula y el cuello. Mis suaves gemidos parecían resonar en la calle vacía.

Nunca había hecho algo así, no era una exhibicionista ni mucho menos. Elliot me estaba haciendo tirar por la borda toda mi moralidad puritana. Me sentí libre por primera vez desde que había estado con mi ex y me encantó cada segundo.

"Te deseo tanto", susurró Elliot, gimiendo en mi oído.

"Entonces tómame", le exigí. Algo parecido a la locura se apoderó de mí mientras le pasaba los dedos por el pelo y tiraba de él.

Con un rápido movimiento, Elliot abrió su coche y me empujó al asiento trasero. Me siguió, cerró la puerta tras de sí y se me echó encima para besarme de nuevo.

Sus manos viajaron hasta mis muslos, se introdujeron bajo mi vestido, me acariciaron, me apretaron y me agarraron. Clavé las manos en la parte trasera de su camisa mientras sus dedos descubrían mis bragas de encaje y me acariciaban a través de la tela.

Rompió el beso cuando empezó a bajarme las bragas y yo levanté las caderas para ayudarle, deseosa de que me tocara donde tan desesperadamente necesitaba. Tiró la prenda a un lado y sus dedos volvieron a tocar mi carne desnuda con ansiosa precisión. Sus labios volvieron a mi cuello y mis manos encontraron de nuevo su suave cabello, aferrándose a él mientras me acariciaba con los dedos.

Y lo hizo. Sus hábiles dedos danzaban de un lado a otro entre mi clítoris y mi coño, dejándome

a cada momento con ganas de más, haciendo que me retorciera y jadeara. Estaba enloquecida de excitación, moviendo las caderas para seguir sus dedos como si él fuera el guardián de mi placer, mientras sus labios encontraban cada punto sensible de mi cuello.

"¿Estás disfrutando?" quiso saber y pude sentir su sonrisa en mi piel.

"Estás demasiado seguro de ti mismo", murmuré, pero mi queja fue socavada por el gemido que escapó de mis labios cuando deslizó sus dedos dentro de mí. "Creía que esta noche te ibas a portar bien".

Se rió mientras me frotaba el clítoris con el pulgar: "Oh, aún no has visto mi mejor cara. Esto es sólo el calentamiento".

Temblaba de expectación, pero no iba a dejar que Elliot se apoderara de mí. Cogí el bolso mientras él seguía haciendo que me retorciera de placer con sus dedos y saqué un preservativo.

"Ahora yo arriba", le dije mientras me acariciaba con el pulgar de una forma especialmente placentera que me hizo estremecerme.

Levantó la vista cuando vio el condón en mi mano y se mordió el labio. Luego se lo pensó un segundo antes de sacar sus dedos de mí.

"Me encantan las mujeres que saben lo que quieren", me explicó antes de meterse los dedos en la boca y succionar mi lujuria de ellos. Ya no me tocó en absoluto y me sentí embriagada.

Me costó un poco cambiar de posición, incluso en el espacioso asiento trasero. Pero al final, con un poco de insistencia y tras unas cuantas risas, acabé en el regazo de Elliot, con las piernas dobladas para encajar su enorme cuerpo en el reducido espacio.

No tardé en bajarle la cremallera y sacarle la polla. Tuve que morderme el labio para no gemir al verla. Era proporcional a su tamaño, era realmente grande.

Elliot me miró con una sonrisa de satisfacción y juré que le borraría esa mirada de la cara. Abrí el paquete de condones y se lo puse con un solo gesto derritiendo su apariencia de chulo.

Luego me coloqué encima de él y bajé lentamente, saboreando la sensación de su deslizamiento dentro de mí. Me agarró de las caderas, pero no intentó tomar el control. Una vez sentada, giré las caderas y saboreé cómo Elliot inhalaba con fuerza.

También podemos jugar los dos.

Quería ver cómo Elliot se colmaba de deseo tanto como deseaba mi propio placer. Sin aliento, puse las manos sobre su ancho pecho, sentí la suave tela de su camisa bajo ellas y empecé a moverme arriba y abajo. Sus ojos iban y venían entre mi cara y el escote que asomaba por encima de mi cuello.

Suspiré feliz al encontrar un ritmo fácil; mis ojos estaban fijos en la cara de Elliot, observando sus reacciones. Su boca se abrió un poco cuando giré las caderas en cierto sentido y repetí el movimiento hasta que sus dedos se clavaron en mis costados. Me sentí poderosa por haberle dado placer de esa manera a este hombre, a este dios vikingo tan seguro de sí mismo.

Entonces aceleré el ritmo y cabalgué sobre él, disfrutando tanto de mi propio placer como del que le estaba proporcionando a él. Me agarré al asidero por encima de él y vi cómo echaba la cabeza hacia atrás y entrecerraba los ojos.

"¿Estás disfrutando?" Me burlé de él con sus propias palabras mientras jadeaba de placer.

"¿Quién es la engreída ahora?", preguntó con un gemido.

Nunca me habían llamado engreída. Me gustó.

"Con mucho gusto te quitaré ese trofeo", dije, esforzándome por pronunciar las palabras a medida que aumentaba mi propio placer.

No tenía una respuesta preparada. Al menos no verbalmente. En lugar de eso, bajó una de sus

manos hasta mi clítoris, recordándome cómo me había hecho retorcer debajo de él hacía solo unos minutos. Era una locura que supiera exactamente cómo tocarme: el ritmo, la presión y la velocidad adecuados. Quizá tenía motivos para estar tan satisfecho de sí mismo, pero por supuesto yo nunca se lo diría.

Gemí y le cabalgué con más fuerza, acercándome cada vez más al borde del abismo. Elliot movía las caderas conmigo, penetrándome más profundamente y llenando el coche de ruidos lujuriosos. Si alguien se acercaba, se daría cuenta de lo que estábamos haciendo, pero por primera vez en mi vida, no me importaba lo que pensarán. Era feliz, me lo estaba pasando como nunca con el hombre más sexy que había visto desde hacía mucho y por fin había recuperado el control de mi vida y mi lujuria.

Cuando llegué al orgasmo, fue como una ola floreciente de luz exquisita que penetró en mi cuerpo y se irradió desde mi interior. Grité y agarré la empuñadura con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

Siguió acariciando mi clítoris mientras su propio orgasmo se apoderaba de él, se retorcía y gemía debajo de mí. Seguí moviendo las caderas hasta que se desvaneció el último de nuestros dos orgasmos. Solo entonces me detuve y miré al increíble hombre que acababa de poner mi mundo patas arriba.

"¿No hay chascarrillos?", pregunté, sonriendo a Elliot, que seguía respirando agitadamente.

Soltó una carcajada ronca: "¿Después de esta actuación? No se me ocurre nada más".

Tiró de mí hacia abajo para darme otro beso y me derretí sobre él. El corazón aún me daba saltos en el pecho. Me rodeó con sus brazos y nos quedamos tumbados besándonos lánguidamente mientras nos recuperábamos de nuestro intenso placer.

No podía creer lo que acababa de hacer, pero no me arrepentía. Elliot había sacado un lado de mí que no sabía que existía; una mujer sexy y atrevida con la que ni siquiera había soñado. Y no podía creer lo mucho que lo había disfrutado.

Capítulo 7

Fiona

Elliot me llevó a casa en silencio, en la radio sonaba algo suave que reflejaba perfectamente el aturdimiento en el que me encontraba. Toda la noche me había parecido un sueño. Pero incluso en mi imaginación más salvaje, un tipo como él nunca se habría enamorado de una chica como yo.

Al acercarnos a mi piso, nos encontramos con una barricada: dos coches de policía impedían al tráfico girar hacia mi calle.

"¿Puedes caminar desde aquí?" preguntó Elliot, deteniéndose.

"Sí, no está lejos", asentí.

"Entonces te daré las buenas noches", sonrió.

Salí del coche y me pregunté si volvería a verle. Probablemente no, los tipos como Elliot no tenían segundas citas. Y de todos modos, no es que yo quisiera una relación.

Cerré la puerta y emprendí el trayecto de vuelta a casa. Pasaron al menos diez segundos antes de que oyera a Elliot arrancar su coche y alejarse. No sé si esperó porque velaba por mi seguridad o por que miraba la forma en que mi trasero se contoneaba al caminar, sin embargo el detalle me hizo sentir mariposas en el estómago.

Después de tanto esfuerzo, estaba cansada, pero también bastante entusiasmada. La emoción de ser deseada por ese engreído probablemente me mantendría así durante toda la semana siguiente.

Ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que me había influido el engaño de Chad. Si lo pensaba, sabía que no había sido culpa mía, pero en el fondo había empezado a sentirme indigna y poco atractiva. Esta noche me había demostrado a mí misma que podía ser una mujer muy sexy.

Me moría de ganas de llegar a casa, darme una buena ducha caliente y ver algo sin sentido en la tele hasta que estuviera realmente cansada. Sería la manera perfecta de desconectar después de un día tan bueno. También estaba contenta con el trabajo que había hecho. Sentía que las cosas iban mejorando poco a poco en mi vida.

Había dos coches de policía más en la calle, frente a mi piso, y cuando llegué hasta allí, descubrí por qué. Había un policía delante de mi puerta que estaba rota y cuando miré detrás de él, vi que habían saqueado mi piso. Se me heló la sangre.

"Señora, esto es la escena de un crimen", me dijo el policía.

"Este es mi piso", protesté, mi voz sonaba lejana en mis propios oídos. "¿Qué ha pasado?"

"Uno de sus vecinos oyó el alboroto y lo denunció", explicó, entonces su postura rígida se suavizó ligeramente. "Parece que le han robado, pero necesitamos que haga balance de la situación".

Apenas oí lo que dijo y lo empujé hacia dentro. Me dio un vuelco el corazón al mirar a mi alrededor. Prácticamente me habían robado todo y el piso estaba hecho un desastre.

Pero nada de lo que me habían robado importaba, aparte de mi cámara y todo mi equipo fotográfico. Lo había dejado todo en mi mesita, que ahora estaba completamente vacía.

Mi cuerpo se estremeció mientras me daba la vuelta en el acto, con la esperanza de que se me hubiera pasado por alto, de que me hubiera equivocado sobre dónde estaban las cosas y de que

los ladrones no se hubieran llevado lo más importante que poseía.

Mi incipiente carrera, mis ambiciones artísticas, se desvanecieron entre mis manos.

Respiré entrecortadamente mientras buscaba mi portátil y mis discos duros, pero también habían desaparecido. Entonces me di cuenta de que incluso me habían robado las tarjetas SD. Finalmente, se me llenaron los ojos de lágrimas.

Todo el trabajo que había hecho para el bufete se había perdido. Los archivos en bruto de mi tarjeta SD y las copias de seguridad de mi portátil y mis discos duros. No podría cumplir el contrato y por tanto no cobraría por mi trabajo.

Con ese dinero iba a pagar el alquiler y a ahorrar para el futuro. Ahora ni siquiera tenía suficiente para reponer todo lo que me habían robado y por supuesto no podía pagar ni siquiera el seguro.

"¿Hay alguien a quien pueda llamar, señora?", preguntó el policía, claramente incapaz de lidiar con mi angustia.

Asentí y saqué el móvil del bolso. Con las manos húmedas, marqué el número de Callie y contuve las lágrimas para poder hablar. Ella vivía cerca. Lo último que quería era llamar a mamá llorando y asustarla.

"Hola Fi, ¿cómo fue tu cita? Cuéntame todos los detalles jugosos".

"Callie", dije con la garganta en un puño y las lágrimas corriendo aunque intentara detenerlas.

"Fiona, ¿qué pasa?" El tono de Callie cambió de entusiasmado a preocupado en un instante.

"Alguien ha entrado en mi piso", solté.

"¿Estás bien? ¿Has llamado a la policía?"

"Ya están aquí". Sentía que no podía respirar. "Se lo han llevado todo".

"Voy para allá", dijo inmediatamente. "Ahora mismo voy".

Me tragué un gracias y me desplomé en mi desgastado sofá. No sabría decir cuánto tardó Callie en llegar hasta mí, pero cuando lo hizo, me abrazó con fuerza, recomponiendo algunos de mis pedazos rotos.

Tardaría años en sustituir todo mi equipo y no podría trabajar como fotógrafa hasta que volviera a tener una cámara con los objetivos adecuados y un portátil con el software de edición instalado.

Mis lágrimas se secaron y entonces me sentí vacía y sin esperanza. Cuando terminó la policía, Callie insistió en que fuera a casa con ella y no se lo discutí. No era solo que mi puerta principal estuviera destrozada, es que tampoco quería estar sola.

Hacía apenas unas horas me había sentido tan completa, tan contenta, con los fuertes brazos de Elliot rodeándome y su fuerte cuerpo contra el mío.

Ahora me sentía destrozada.

Me desperté en el piso de Callie y por un momento, mi primer recuerdo de la noche anterior fue Elliot.

Todavía podía sentir sus manos en mi piel, sus labios en mi cuello. Entonces la realidad me alcanzó. Me levanté de la cama y me duché, con los pensamientos igual de confusos que antes de dormirme.

Tal vez podría encontrar una cámara de segunda mano barata o acordar un pago a plazos en mi tienda de fotografía. Allí les caía bien, quizá aceptaran un trato. No sería lo mismo, pero al

menos sería algo.

No podía comer, aunque mi estómago rugía de hambre. En lugar de eso, llamé al bufete de abogados y decidí hacer de tripas corazón. Le expliqué la situación a la persona de contacto con la que había estado trabajando y me ofrecí a volver a hacer las fotos, esta vez con un descuento por las molestias causadas.

No me fue muy bien. El empleado, un tipo insolente y altanero, me dijo sin rodeos que habían terminado conmigo.

Colgó sin despedirse y el silencio al otro lado de la línea resonó incómodo en mis oídos. Era una tontería teniendo en cuenta mis circunstancias, pero me decepcionó saber que no volvería a fotografiar a Elliot.

Después, llamé a Harrison por si había recibido la noticia por sus amigos del trabajo. Prefería que se enterara por mí.

"Dios, Fiona, qué horror", exclamó Harrison después de que le contara toda la triste historia. "¿Estás bien?"

"Estoy bien", mentí. ¿Pero qué otra cosa podía decir? ¿Que toda mi vida se había desmoronado? Él estaría en un avión de regreso a Los Ángeles en un minuto y no podía dejar que se preocupara por mí. Tenía sus propias preocupaciones.

"No te preocupes, te repondré el equipo y utilizaré mis contactos en la empresa para pedirles que te vuelvan a contratar", me aseguró.

La única forma de superar este bache hubiera sido aceptar la ayuda de Harrison. No tenía mucho, pero por suerte aún conservaba mis principios.

"No puedo", respondí, esperando que Harrison no me metiera prisa. Todavía no podía hacerlo.

Suspiró con resignación. "Al menos tienes la gran propina que te dejé. Eso te ayudará, ¿no?"

Recordaba que había hablado de darme propina en la cafetería, pero cuando mi jefe me pagó, no había sido nada del otro mundo.

"¿Qué gran propina?", pregunté. "No recibí ninguna gran propina".

"¿Qué?" refunfuñó Harrison, sonando un poco frustrado. "¿Cómo es posible que no sepas lo que te dejan de propina?"

"Mi jefe calcula las propinas de cada camarero al final del turno", expliqué a la defensiva. "Luego la reparte entre nuestras próximas nóminas. No recibí una gran propina, Harrison".

"¿Podría haberse equivocado?", preguntó Harrison y pude sentir un tono de duda, no sobre mí, sino sobre mi jefe. Yo estaba en las mismas.

"Voy a la cafetería a ver qué ha pasado", dije. "Hablaemos más tarde".

Me invadía una energía volcánica que impulsaba mis pies por la acera a una velocidad récord. Mi jefe no era una buena persona, pero el hecho de que me robara la propina era indecente, incluso para él.

Encontré a Johnny en la trastienda de la cafetería. Estaba recostado en su silla, con los pies sobre el escritorio. "Tengo que hablarte de mi última nómina", le solté, prescindiendo de las cortesías.

"Y un saludo para ti también", comentó burlonamente.

"Sé que te has quedado parte de mi propina".

Los pies de Johnny aterrizaron en el suelo y arqueó las cejas.

"No he hecho nada de eso", siseó. "Si los clientes no te dan la propina que te gustaría, te sugiero que les sirvas mejor. Por qué no te concentras en poner tu vida en orden en vez de irrumpir aquí y lanzar acusaciones".

Apreté los puños. Johnny no sería capaz de tener contentos a los clientes ni una hora. Apenas podía llevar la caja en un día ajetreado.

"Entonces, ¿por qué no me enseñas los recibos?", le exigí. Estaba segura de que Harrison no había mentido sobre la propina, así que sólo quedaba una opción.

"No tengo nada que enseñarte", espetó Johnny.

"¿Están aquí?", insistí, señalando el archivador con la etiqueta "recibos". No esperé respuesta, abrí el cajón y encontré todo organizado por fechas. Saqué los recibos de la noche en que Harrison había estado aquí y no tardé en encontrar el correcto. Era el único recibo con una propina de quinientos dólares.

"¿Y eso qué es? ¿Un producto de mi imaginación?", le pregunté agitando el recibo. "¿Esa fue la única propina que me robaste o has estado haciendo esto todo el tiempo? ¿También robas a los demás camareros?"

"Lárgate de mi despacho", gritó Johnny. "Y no vuelvas. Estás despedida, señorita".

"Bien", le respondí, aunque sin duda bien no estaba. "De todas formas no quiero trabajar aquí, cabrón".

La cara de Johnny se puso roja y lo tomé como una señal para salir corriendo. Salí del bar con una sensación de náuseas. Enfrentarme a Johnny me había sentado bien, pero ahora me sentía peor que hacía media hora.

"Mierda", murmuré para mis adentros.

A una manzana de la cafetería, toda mi energía se desvaneció. Me apoyé contra una pared e intenté recuperar el aliento. Solté una carcajada que sonó más como un sollozo.

¿Qué demonios se supone que tengo que hacer ahora?

Mi creciente pánico se vio interrumpido por el timbre de mi teléfono. Era Harrison.

"¿Y tu jefe?", preguntó inmediatamente. "¿Pudiste aclarar el asunto de la propina?"

"Eso depende de lo que entiendas por aclarar", respondí secamente. "Efectivamente me robó la propina, pero cuando me enfrenté a él, me despidió".

"¡¿Qué?!" La indignación de Harrison era evidente. "Esto es una violación flagrante de varias leyes laborales, deberías demandarle. Te represento pro bono".

Mi medio hermano siempre viéndolo todo desde su prisma de abogado.

"No merece la pena", dije, no quería verme envuelta en una desagradable batalla legal para siempre.

"Esa no es la cuestión", protestó Harrison. Comprendí que estaba enfadado conmigo y agradecí su afecto fraternal, aunque era lo último que necesitaba en aquel momento.

"No quiero seguir victimizándome", le contesté.

"Te juro por Dios, Fiona, que estoy a tres segundos de transferir dinero a tu cuenta, te guste o no", amenazó.

"Si lo haces, lo regalaré; hay muchas organizaciones benéficas a las que les vendría bien el dinero", le contesté.

"Fiona", resopló.

"Harrison", dije en el mismo tono de voz, burlándome de él.

En el segundo de silencio que siguió, me di cuenta de algo. Solté una risa.

"¿Qué tiene tanta gracia?", preguntó malhumorado.

"Probablemente es la primera vez que nos comportamos como hermanos de verdad", expliqué, sonriendo por primera vez desde que me había ocurrido todo este lío.

Harrison tardó un segundo en procesarlo y luego se echó a reír.

"Al menos la experiencia que ha unido más", continué, sacudiendo la cabeza. "Ese es el lado positivo de toda esta mierda".

Nos despedimos y yo suspiré y miré al cielo azul. Era exactamente lo contrario del torbellino que tenía en mi cabeza. Me costaba creer que justo ayer mismo hubiera tenido un trabajo como fotógrafa, una cita y el mejor sexo de mi vida. Ahora todo parecía un sueño.

Capítulo 8

Elliot

Me desperté empalmado, con un sueño de Fiona todavía en mi cabeza. Estaba tumbada en mi cama, cabalgándome y parecía una diosa. Había estado desnuda, al contrario que en mi coche.

Mi subconsciente había completado los detalles: sus pechos turgentes se balanceaban mientras me follaba. Pasé la mano por su delgado vientre antes de frotar su clítoris y su coño perfecto se apretó a mi alrededor. Luego la puse boca arriba y la follé contra el colchón mientras ella se retorció debajo de mí.

Estaba a punto de envolverme el pene con la mano -como sustituto de Fiona, ya que ella no estaba en la cama conmigo- cuando recordé mi cita. Tenía que reunirme con la Sra. Johnson, la mujer de los servicios sociales. Mi estado de ánimo empeoró de inmediato y salí de la cama preguntándome por qué había aceptado aquello.

Me duché y me puse un traje que normalmente llevaba en la sala del juzgado. La reunión se había organizado en un parque del centro de la ciudad, cerca de la oficina de protección de menores.

Llegué al parque unos minutos antes. No estaba seguro de cómo iba a encontrar a la asistente social y a Rose. Pero supuse que podría buscar a una mujer sola y a una niña de cinco años. Tampoco es que supiera determinar con seguridad la edad de los niños. Podía distinguir a un niño pequeño de un adolescente y eso era todo.

Pero cuando vi a una niña con el pelo rubio y rizado igual que el mío cuando era pequeño y una cara redonda tan parecida a la de Sarah, supe dentro mío que era mi hija.

La Sra. Johnson, la trabajadora de los servicios para jóvenes, me presentó a Rose, pero ella permanecía escondida detrás de sus piernas, con los ojos llenos de miedo. Era evidente que la pérdida de su madre la había vuelto tímida y vulnerable.

"Hola, Rose", logré decir, sintiéndome completamente abrumado. "Me alegro de conocerte por fin".

Rose me miraba fijamente, con su pequeña mano aferrada a un pingüino de peluche. Su silencio me inquietó.

"Te he traído algo", le expliqué, metiendo la mano en el bolso y sacando un colorido libro ilustrado que había comprado ayer.

Los ojos de Rose parpadearon con interés, pero su vacilación era evidente. Miró a la Sra. Johnson para tranquilizarse. La Sra. Johnson asintió animándola y en silencio instó a la niña a dar un paso adelante.

Tenía que ser un error. Yo no era capaz de cuidar de una niña sana y mucho menos de una traumatizada.

Finalmente, Rose extendió la mano y tocó el libro, su curiosidad venció momentáneamente a su timidez...

Sus ojos iban y venían del libro a mí, con la incertidumbre aún dibujada en su rostro. Mientras caminábamos por el parque, el silencio entre nosotros era denso. Intenté conversar con ella, preguntarle por sus cosas favoritas y sus intereses, pero mis palabras me parecían torpes y equivocadas.

No respondió a mis preguntas, se limitó a sujetar el libro y su pingüino. Nunca me miró durante mucho tiempo. Sus ojos, del mismo gris azulado que los míos, sólo me dirigían miradas fugaces.

Sentía sobre mis hombros la carga de la responsabilidad. No necesitaba una prueba de paternidad para saber que Rose era mi hija. Podía negarme a aceptarla, pero me invadió una oleada protectora. Mi hija no debía quedarse en manos de extraños.

Iba a necesitar mucha ayuda. Y no sólo porque trabajaba muchas horas extras.

En mi cabeza, todo giraba en torno a los aspectos prácticos de la paternidad. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

¿Qué comía? ¿Sabía vestirse sola? ¿Se bañaba sola? ¿A qué edad debería ir a la guardería? Estaba en aguas traicioneras y no sabía nadar en ellas.

Necesitaría una niñera. Alguien en quien pudiera confiar. Por un breve momento, mis pensamientos vagaron hacia Fiona. Tenía el carisma de una mujer que era buena con los niños. Pero no podía quitármela de la cabeza, estaba descartada.

Tras una breve conversación con la Sra. Johnson, acepté la custodia de Rose. Me informó de que mañana harían una visita al domicilio para asegurarse de que podía ofrecer una situación de vida adecuada y si aprobaba, al día siguiente asumiría la custodia de Rose. Se me revolvió el estómago de ansiedad, aunque asentí con la cabeza y traté de aparentar calma.

"Adiós, Rose", dije, inclinándome hacia delante para hablarle, esperando al menos oír su voz antes de que terminara la reunión. "Nos vemos mañana".

Sus ojos se cruzaron con los míos y se me hizo un nudo en la garganta. Su mirada me paralizó y me pregunté en qué me había metido.

No dijo nada, se limitó a asentir y se retiró detrás de la Sra. Johnson.

Me enderecé y estreché la mano de la Sra. Johnson.

"Mañana a las diez", confirmó.

Salí del parque y regresé a mi coche en un estado tan espantoso que apenas recordaba cómo había llegado hasta allí.

¿Cómo demonios iba a conseguirlo? Ni siquiera había conseguido que me hablara.

Saqué el móvil y llamé a Harrison. Si había alguien a quien podía confiar esto, era a él.

"Hola Elliot", respondió rápidamente. "¿Cómo te va?"

"Acabo de conocer a mi hija", solté, pasándome una mano por el pelo. "No fue bien. Ni siquiera me habló".

"Es duro, tío. Ella ha pasado por mucho; estoy seguro de que sólo necesita algo de tiempo", dijo con simpatía.

"Llamé porque quería saber si conocías a una niñera adecuada por aquí", dije siendo muy práctico. Yo no estaba cualificado para ocuparme del estado emocional de Rose y una niñera adecuada podría ser de gran ayuda. Cuando éramos pequeños, también habíamos tenido una niñera y se había portado muy bien con Desmond y conmigo. Era mucho más cariñosa que nuestros padres y habíamos crecido de maravilla.

"No lo sé, tío, lo siento. Pero...". Harrison vaciló. "En realidad, estaba hablando con mi hermana. Le robaron anoche y realmente necesita un trabajo. Fiona es buena con los niños".

La mención del nombre "Fiona" me produjo un escalofrío. Era imposible que la mujer con la que me había acostado en el coche fuera la hermana de Harrison.

Los recuerdos de la noche anterior inundaron mis sentidos. Había sido la mejor distracción de mi vida y casi deseaba poder haberme quedado en aquel momento para siempre.

"Estupendo", respondí, intentando apartar esos recuerdos. "Tendrá que estar interna y pagaré

bien, por supuesto. Necesito a alguien de confianza; no quiero a un extraña en mi casa. No nos conocemos, pero es tu hermana. Si respondes por ella, confío".

"Créeme, no la recomendaría si no pensara que es perfecta para el trabajo", afirmó. "Fiona es fuerte, capaz y extremadamente cariñosa. Rose estará en buenas manos con ella".

Eso me reconfortó un poco. Al menos alguien sabría qué hacer, si decidía aceptar.

"Gracias, hermano, te lo agradezco", suspiré, sintiéndome ya mucho más tranquilo. Tenía un plan.

Terminamos la conversación y me tomé un momento para serenarme. Había dejado que mi ansiedad me controlara y esa no era mi forma habitual de actuar. Se suponía que yo era la persona que tranquilizaba normalmente, la persona en la que los demás podían confiar. Normalmente, no me costaba controlar mis emociones porque había aprendido a reprimirlas hacía mucho tiempo.

Por el retrovisor vi el asiento trasero. Parecía una locura que hacía doce horas hubiera tenido ahí el mejor sexo de mi vida. Me había perdido en el placer y mi mente había estado completamente libre, excepto de ella.

Ojalá hubiera conseguido su número, porque entonces podría haberle telefoneado para pedirle una segunda cita.

Capítulo 9

Fiona

Unas horas después de salir de la cafetería y volver a mi piso, Harrison volvió a llamar.

"Hola Fiona", dijo cuando contesté. "He estado pensando en tu situación".

"Harrison, por favor", gemí. "Encontraré una solución yo misma".

"Déjame terminar", me suplicó. Me recosté en el sofá y miré al techo, esperando a rechazarlo de nuevo. "Tengo un amigo que está buscando una niñera".

Entonces fruncí el ceño. "Vale, ¿y eso qué tiene que ver conmigo?".

"Eres buena con los niños y digna de confianza, así que le sugerí que te contratara", entonces pude oírle sonreír. Seguramente estaba muy orgulloso de sí mismo.

"Pero yo no soy niñera", protesté, aunque tenía que admitir que no tenía muchas opciones por el momento.

"Entonces te convertirás en una", respondió. "Créeme, no te lo sugeriría si no creyera que puedes hacerlo. Y te pagará bien, mucho más de lo que ganabas en la cafetería, eso seguro".

Empecé a hacerme a la idea. Cuidar un niño no sería tan malo y por fin podría empezar a ahorrar para comprarme una cámara nueva.

"¿Cuál es el horario de trabajo?", pregunté.

"Esa es la cuestión, busca una persona que viva con ellos", explicó.

Sentí escalofríos. Conocía el tipo de gente de la que Harrison era amigo: hombres ricos y privilegiados que se volvían aún más exigentes en cuanto sufrían la más mínima dificultad. Como nuestro padre.

"No puedo", dije con voz rotunda.

"Fiona, por favor", suplicó.

"No", insistí, me levanté y empecé a pasear de un lado a otro. "Juré que nunca me metería en una situación como la de mi madre. No lo haré".

"Oye, no es lo mismo, mi amigo nunca ...".

"No entiendes lo que fue para mí entonces", le interrumpí. "Sé que nuestro padre también fue terrible contigo, pero...".

"Entonces explícamelo", exigió, suavizando la voz.

"¿Te acuerdas de cuando jugábamos juntos? Y un día vino a casa, nos vio y se asustó", le pregunté con el recuerdo revolviéndome las tripas.

"... Sí", dijo lentamente. "En ese momento, pensé que era sólo un snob".

Resoplé con amargura. Harrison no había descubierto hasta mucho después lo terrible que era realmente nuestro padre.

"Mi madre me dijo que Malcolm era mi padre, pero que tenía que mantenerlo en secreto. Y lo hice", continué. "Y entonces nos vio jugando juntos como si fuéramos hermanos. Me arrastró a la pequeña habitación donde vivíamos mi madre y yo, me metió dentro y cerró la puerta. Tuve moratones en el brazo durante semanas".

Me rodeé con los brazos mientras los recuerdos amenazaban con abrumarme.

"Mi madre vino e intentó defenderme", continué. "¿Y sabes lo que le dijo? 'Tú eres mía'. Y era verdad, porque sin el sueldo de mi madre, habríamos sido indigentes. No quiero ser dependiente

de nadie, Harrison".

Harrison guardó silencio un momento, sólo se escuchaba su respiración agitada.

"Lo siento", murmuró finalmente.

"No es culpa tuya".

"Pero quiero compensarlo", dijo.

"No tienes nada que compensar".

"Fiona, por favor, escucha", me suplicó. Mi silencio le dio permiso para continuar. "Te aseguro que nunca sería amigo de alguien que pudiera hacer algo así. No te propondría este trabajo si pensara que hay una remota posibilidad de ponerte en peligro. Si no me permites darte dinero, al menos déjame ayudarte a conseguirlo. El pasado, por doloroso que sea, se acabó. ¿No quieres ser dependiente? Entonces no dejes que el pasado te domine, porque ahora mismo son esos recuerdos los que te impiden hacer algo que puede beneficiarte".

Tragué saliva. Quería decirle a Harrison que estaba equivocado, que no me entendía. Pero al sentir el peso de sus palabras, supe que no era cierto. Por mucho que me costara admitirlo, Harrison tenía razón.

"Si. Acepto el trabajo", respondí. "Con una condición: primero tengo que conocer a la familia".

"Por supuesto", respondió Harrison, con una gran emoción claramente audible en su voz.

"Aunque no prometo nada", le advertí.

"Yo tampoco lo espero", se rió.

"Y espero que el sueldo sea bueno", dije, sobre todo porque no quería ceder tan fácilmente.

"Oh, créeme, lo será", me aseguró.

Respiré hondo y dije: "De acuerdo".

"Lo prepararé todo y luego te enviaré los detalles", explicó.

El alivio me inundó al terminar la conversación. Si todo salía bien, podría permitirme una cámara nueva mucho antes de lo que jamás hubiera esperado. Y quién sabe, tal vez pasar tiempo con un niño devolvería la alegría y el sentido a mi vida.

Estaba emocionada de ver cómo sería mi futuro. Me sentía igual que anoche, había recuperado mi poder.

Por primera vez desde que había salido del coche de Elliot, mis niveles de estrés habían bajado y estaba preparada para procesar la increíble noche que habíamos pasado juntos. Nunca había tenido una aventura de una noche y menos aún hubiera imaginado que me impresionara tanto. No era sólo el hecho de que probablemente había sido el mejor sexo de toda mi vida; era el propio Elliot. Aunque parecía una tontería porque apenas le conocía, había sentido una conexión innegable entre nosotros.

Me pregunto si volveré a verle.

Sentí el recuerdo de su tacto en mi piel y la intensa mirada de sus ojos mientras le cabalgaba. Me hacía sentir deseable, segura y fuerte. Con su personalidad controladora, podría haberme rendido fácilmente a él y dejarle dictar lo que hacíamos y cómo lo hacíamos. Pero me había impuesto y le había dado la vuelta a la tortilla. Y había sido glorioso en todos los sentidos. Aún podía sentir la deliciosa presencia con la que me había llenado.

Sacudí rápidamente esas ideas de mi cabeza. Tenía que concentrarme en el presente y no fantasear con la noche anterior. Por mucho que deseara que se repitiera: Quería avanzar, no retroceder. Y quién sabe, a lo mejor con el trabajo de niñera conocía a gente nueva.

Tal vez incluso volvería a encontrar el amor.

El pensamiento surgió de lo más profundo de mi corazón. Por mucho que quisiera protegerme

y evitar las relaciones, no podía apagar el deseo de tenerlas. No podía apagar la parte de mí que aún deseaba una relación amorosa, alguien con quien compartir mi vida.

Ya estaba saliendo de mi zona de confort al plantearme este puesto de niñera y quizá también tendría el valor suficiente para abrirme de nuevo al amor, si aparecía el hombre adecuado.

En primer lugar, tenía que conocer a la familia y asegurarme de no volver a caer de nuevo en una situación horrible. ¿Y si no era así y todo salía bien...? Entonces podría pensar en una futura relación. Y tal vez llamar a Elliot, aunque sólo fuera por sentir una noche cómo se tambaleaban mis cimientos.

Unos días después cogí un taxi para ir a casa de mi futuro jefe. Estaba demasiado lejos para ir andando. Vivía en la parte rica de la ciudad, donde no llegaban los autobuses.

Harrison no me había dado mucha información sobre su amigo y no hice más preguntas. No podía compartir su entusiasmo de momento sólo tenía un nombre: Elliot Bennet.

Por supuesto, el nombre "Elliot" me hizo dudar, pero no podía ser el mismo hombre. Era imposible que el hombre con el que me había acostado tuviera mujer e hijos. Todo su aspecto gritaba "soltero".

Elliot era un nombre común. Claro que el Elliot con el que me había acostado también era rico -algo que debería haberme echado para atrás, pero de algún modo su encanto y su atractivo habían anulado mi aversión a los ricos temporalmente- después de todo, Los Ángeles estaba lleno de gente rica.

Cuanto más me acercaba a la dirección, más emocionada y nerviosa me ponía. Quería que funcionara y que fuera el nuevo comienzo que tanto necesitaba. Intenté mantener la mente abierta, pero a medida que las casas por las que pasaba se volvían más y más opulentas, mi tensión se disparaba. Todo empeoró cuando el taxi se detuvo frente a la dirección que le había dado. La casa se parecía tanto a la mansión Blake que sentí náuseas al mirarla.

Se alzaba sobre un césped perfectamente cuidado; una casa blanca y reluciente que gritaba riqueza y privilegio. Pero no era la casa de los Blake y me había prometido a mí misma mantener la mente abierta y darle una oportunidad.

Así que hice acopio de toda mi determinación y salí del taxi. Llamé al interfono de la puerta y me contestó una voz masculina y quebradiza: "¿Sí?".

"Hola, estoy aquí por el trabajo de niñera", dije. Luego añadí: "Soy la hermana de Harrison".

El interfono hizo clic como si hubieran colgado un auricular y las grandes puertas metálicas empezaron a abrirse. Subí por el sendero de arenisca hasta la puerta principal de doble hoja y me alisé la blusa como si eso fuera a convertir mi ropa en algo que la gente rica no mirara con desdén.

La puerta se abrió y un hombre conocido se paró frente a mí. Rubio, barbilla cincelada, ojos azul grisáceo, alto y ancho de hombros.

"¿Elliot?", balbuceé, sin creer lo que veía.

Capítulo 10

Fiona

"¿Fiona? ¿Quién demonios eres...?" empezó, con los ojos muy abiertos. "Oh mierda, eres Fiona, la hermana de Harrison".

Mi sorpresa fue seguida de una ira ardiente. Este gilipollas tenía mujer e hija y las había engañado conmigo. Me había utilizado. Me había hecho cómplice de algo que encontraba despreciable.

Sin duda me confirmaba que todos los ricos son gilipollas.

"¿Me tomas el pelo?", espeté, no dispuesta a contenerme ante las fechorías de aquel hombre.

"Sé que esto es embarazoso", dijo Elliot, con demasiada calma para mi gusto. "Pero no sabía quién eras cuando nosotros... ya sabes".

"¿Has sido capaz de engañar a tu mujer con otra persona?", le insistí.

Los ojos de Elliot se entrecerraron. "¿De verdad crees que soy el tipo de hombre capaz de comprometerse en matrimonio?".

Estudí su rostro. Tenía razón, no parecía de los que se quedan en casa. Pero aún tenía muchas preguntas.

"¿Y tu hijo?", quise saber.

Apartó brevemente la mirada, como si le incomodara el tema. Crucé los brazos delante del pecho, desafiante.

"Mi hija Rose", murmuró, mirando hacia la casa. "Tiene cinco años. Para ser sincero, apenas la conozco. De hecho, sólo supe de su existencia unos días antes de conocerla. Su madre era una antigua novia mía; no me habló del embarazo. Murió hace unas semanas. Por eso ahora busco una niñera".

"Oh Dios, lo siento mucho", le dije, tanto por la forma en que le había hablado, como por lo que le había pasado a la madre de Rose.

Se encogió de hombros como si no importara. "¿Vas a entrar?"

Dudé. Incluso si me satisfacía su explicación, ¿realmente podía aceptar un trabajo de niñera para un hombre con el que me había acostado? Un hombre rico que vivía en una casa atterradoramente parecida a aquella en la que yo había crecido. Era demasiado para mí.

"No sé...". Dudé y me pregunté por qué no había rechazado la oferta de trabajo de inmediato. Aunque no era sólo el dinero lo que me retenía, quizá también fuera la curiosidad.

Aunque lo que me había contado seguía rondándome por la cabeza, también seguía sintiéndome atraída por él. La idea de conocerle mejor me hacía palpar el corazón.

Y esa era definitivamente una razón más para decir que no. "Tengo que digerir esto primero".

"Escucha", suspiró. "Necesito una niñera en la que pueda confiar y Harrison ha respondido por ti".

Asentí lentamente, pero mi mente iba a mil por hora. Las cosas ya estaban tan complicadas que la parte ansiosa de mi cerebro me pedía a gritos que me marchara antes de que empeoraran. Elliot me miró con la misma mirada intensa con la que me había invitado a tomar una copa.

¿Tenía fuerzas para resistirme? ¿Quería siquiera hacerlo mientras una sola mirada suya me hacía flaquear las piernas? Nunca habría imaginado trabajar de niñera para un hombre con el que

me había acostado y si aceptaba el trabajo, incluso tendría que vivir con él.

Pero no podía ignorar el hecho de que necesitaba este trabajo.

"¿Quieres al menos entrar y conocer a Rose?", preguntó.

Me mordí el interior de la mejilla. Conocer a Rose solo complicaría una situación ya de por sí difícil. Me conocía lo suficiente como para saber que me resultaría imposible rechazar el trabajo una vez que conociera a la hija de Elliot. Pero también sentía mucha curiosidad por saber cómo sería. Me encontraba en lucha conmigo misma.

¿Tomaré una decisión o seguiré dejando que todo me suceda?

"Está bien", me obligué a decir finalmente, tratando de sonar despreocupada. "Me gustaría conocerla".

Elliot se hizo a un lado y me dio la bienvenida a su casa.

"Bien, está arriba en su habitación, te llevaré allí".

Entré en un vestíbulo con una gran escalera que conducía al piso superior y una moderna lámpara de araña que colgaba sobre nuestras cabezas, reflejando pequeños puntos de arco iris en el techo cuando le daba el sol.

De las paredes colgaban obras de arte abstracto: grandes cuadros de colores llamativos que daban a la opulenta estancia un toque de corazón. Tenía características similares a la mansión Blake, pero Elliot le había puesto su propio sello.

Me guió escaleras arriba, que parecían hechas para la gran entrada de una mujer vestida de gala y luego por un pasillo con claraboyas que dejaban entrar el cálido sol. De camino a la habitación de Rose pasamos por lo menos por cuatro dormitorios.

La casa parecía aún más grande por dentro y era difícil no volver a sentirse como una niña marginada. En casa de los Blake, me habían tratado como una carga en el mejor de los casos. Tenía que mantenerme alejada de las habitaciones principales cuando Malcolm estaba en casa porque sabía que mi padre no me quería y mi hermanastro no me conocía.

"Hola, Rose", dijo Elliot al abrir la puerta de la habitación de Rose. A juzgar por las paredes grises y los muebles minimalistas de acero y cristal, era evidente que la habitación nunca había sido concebida para una niña, al menos la había llenado con montones de juguetes nuevos. "Quiero presentarte a alguien; esta es Fiona".

Seguí a Elliot hasta la habitación y saludé a la niña sentada en la cama. Tenía un adorable pelo rubio y rizado. Me miró con sus ojos azules brillantes y una expresión cautelosa en el rostro. Llevaba un pingüino de peluche arrugado en la mano.

"Hola Rose", le dije.

Abrazó el pingüino contra su pecho y bajó los ojos. Me pregunté si siempre había sido así de tímida o si era una reacción a la muerte de su madre. Se me apretó tanto el corazón que tuve que parpadear para que no se me saltaran las lágrimas.

"No habla mucho", me informó Elliot, casi como una disculpa.

Observé cómo Rose se replegaba aún más sobre sí misma y recordé cuánto había odiado que la gente hablara de mí como si yo no existiera cuando era niña.

"¿Quién es éste?", pregunté refiriéndome al pingüino. Como Rose no contestó inmediatamente, añadí. "Parece muy simpático. Seguro que te da un gran abrazo".

"Se llama Magia", murmuró Rose en voz baja, centrándose únicamente en el pingüino.

"Hola Magia, encantada de conocerte", sonreí y me volví hacia el juguete.

Rose agitó la aleta del pingüino, pero no dijo nada más.

Me dio un escalofrío en la nuca y miré hacia atrás para ver a Elliot, mirándonos con ojos muy

abiertos y sorprendidos. Cuando se dio cuenta de que le estaba mirando, su expresión se endureció.

Rose parecía tan vulnerable mientras estaba sentada abrazada a su juguete. Elliot no era ni cálido ni mimoso. Necesitaba a alguien que la cuidara. Pero tuve que preguntarme si podría soportar vivir en una casa que se parecía tanto a aquella en la que había crecido. Aunque sentía que podía confiar en Elliot, ¿podría vivir bajo el mismo techo que un hombre con el que me había acostado mientras cuidaba de su hija traumatizada?

"¿Puedo enseñarte la casa?", preguntó Elliot, más inseguro de lo que nunca le había visto. Asentí con la cabeza y cuando dejamos a Rose sola en su habitación, recuperó la frialdad.

Tal vez me estaba imaginando su incomodidad.

Me condujo escaleras abajo y me enseñó el comedor, el salón, la zona de ocio con bar y una enorme cocina que parecía sacada de una revista.

"Si aceptas este trabajo, tengo algunas normas", me dijo mientras me enseñaba el lugar.

"Por supuesto", respondí.

"Nada de visitas", dijo con firmeza. "Puedes tomarte los domingos libres a menos que yo tenga algún plan, pero has de volver a tiempo para acostar a Rose. Trabajo muchas horas y te necesito a todas horas para cuidarla".

Asentí con la cabeza. Si aceptaba el trabajo, podría despedirme de mi escasa vida social. Pero con lo que ganaría, merecería la pena.

"Toda tu atención debe estar en Rose", continuó. "Si te pillo hablando por teléfono mientras se supone que estás cuidando de ella o si descuidas tus obligaciones de cualquier otra forma, serás despedida inmediatamente y cobrarás sólo hasta ese día".

"Entiendo", murmuré.

"No llevarás a Rose a ningún sitio sin mi consentimiento expreso", me explicó mientras entrábamos en la cocina. "Va a empezar la guardería en otoño y quiero que esté preparada. Hay un programa muy exigente. Es mi hija y como tal tiene que ser la mejor".

"También necesitará tiempo para jugar", dije, preocupada por la presión que Elliot ya estaba ejerciendo sobre Rose. Muchas de las reglas eran razonables, aunque estrictas. Pero Rose acababa de perder a su madre y sin duda necesitaba un trato más suave. Por la forma en que Elliot me miraba, me di cuenta de que tenía que convencerlo. "Es bueno para el desarrollo. Los niños aprenden todo tipo de cosas cuando juegan".

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos.

"Siempre que sea bueno para ella", dijo bruscamente.

"Lo digo por el bien de Rose", le aseguré.

Asintió con la cabeza y continuó la visita.

Arriba había seis dormitorios y cinco cuartos de baño. El dormitorio principal estaba justo detrás de la habitación de Rose y la habitación en la que yo me alojaría estaba al otro lado y tenía su propio cuarto de baño. Sólo el dormitorio era casi más grande que todo mi piso.

Al final de la visita a la casa, aún tenía mis reservas sobre si aceptar un trabajo con el hombre con el que me había acostado, sobre todo porque mi atracción por él no había disminuido. Sin embargo, ya me sentía unida a Rose y la idea de cuidarla me enternece el corazón.

"¿Qué te parece?", quiso saber Elliot mientras volvíamos a bajar las escaleras. "¿Estás interesada en el trabajo?"

Respiré hondo.

Dudaba si podría hacerlo pero sólo había una forma de averiguarlo.

"Sí", decidí asintiendo con la cabeza.

Capítulo 11

Elliot

Sentí alivio. No quería que un extraño cuidara de Rose. Gracias a la recomendación de Harrison, sabía que podía confiar en Fiona.

Incluso en ese poco tiempo se había portado genial con Rose y su reacción cuando pensó que yo había engañado a mi inexistente esposa me dijo mucho de sus valores.

Estaba orgulloso de mí mismo por haberla convencido para que aceptara el trabajo, porque tenía la sensación de que Fiona habría querido huir cuando abrí la puerta y se dio cuenta de quién era.

No podía creer que la hermosa mujer que no podía sacarme de la cabeza fuera la hermana de Harrison. Eso era una grave violación del código de amigos.

Si Harrison lo hubiera sabido, seguro que no habría recomendado a Fiona para el trabajo. Diablos, seguro que más bien hubiera querido darme un puñetazo en la cara.

Había oído hablar mucho de ella a lo largo de los años, pero nunca la había conocido. Sabía algo de su pasado y que su madre había sido el ama de llaves de los Blake. El padre de Harrison era un hombre terrible y me costaba imaginármelo tratando bien a su hija ilegítima secreta.

Pero cuando la miré, todo lo que vi fue el vuelco alucinante que había dado mi vida hacía menos de una semana. Tenerla viviendo en mi casa iba a ser interesante. Esperaba que pudiéramos superar las complicaciones iniciales. Quería construir una relación laboral satisfactoria con ella por el bien de Rose.

Y Dios sabe que todavía estaba tratando de asimilar todo esto de la paternidad.

Fiona ya tenía mejor relación con Rose de la que yo había conseguido en los dos días que llevaba viviendo conmigo. Había conseguido que Rose hablara. Estaba claro que tenía un talento natural.

"Me alegra oírlo", dije mientras Fiona aceptaba el trabajo. "Le pediré a mi ayudante que te envíe el contrato y otros documentos para que los revise".

"De acuerdo", aceptó. "Y para que quede claro: Aunque me divertí mucho la otra noche, fue un rollo de una noche. No puede volver a ocurrir. Esa es una condición importante para que acepte el trabajo".

"Por supuesto", le aseguré, "lo respeto".

Sabía que era lo mejor, porque Rose tenía que ser lo primero. Si Fiona vivía en mi casa, no sería ético hacer nada que no fuera profesional.

Sin embargo no pude evitar sentir una punzada de decepción. Fiona era sexy y fantástica en la cama; era una pena que tuviera que mantener mis manos lejos de ella. Nunca me había gustado negarme nada. Y rara vez había conocido a una mujer a la que quisiera seducir dos veces.

Pero cuando pensé en cómo había tratado a Rose... Sentí una punzada en el estómago.

Era mucho mejor alejarme de ella. Fiona cuidaría de mi hija y yo podría volver a mi vida.

Así era mejor para todos.

Fiona

"A ver si lo entiendo", dijo Callie antes de dar un largo sorbo a su vino. "¿Tu nuevo jefe es un dios del sexo, con el que tuviste un rollo de una noche y se supone que tienes que cuidar de su hija, de cuya existencia se acaba de enterar?"

Nos encontramos en cuanto llegué a casa de la entrevista. Y charlábamos mientras bebíamos una botella de vino y comíamos una pizza cuatro quesos.

"Eso lo resume todo", respondí, sacudiendo la cabeza. "No olvides que es el amigo súper rico de mi hermanastro".

"Chica, tu vida es una locura", se rió.

"Cuéntame algo nuevo", suspiré y me reí con ella. "Pero le dije que bajo ningún concepto se repetiría lo de la otra noche. Aunque estaba buenísimo incluso en vaqueros y camiseta".

Aún podía recordar lo que había sentido mientras me acariciaba y me besaba. Había puesto mi mundo completamente patas arriba. Todavía se me aceleraba el corazón al pensarlo.

"Muy inteligente", dijo ella con aprobación. "¿Y estás segura de que lo cumplirá?"

"Más le vale", dije, aunque la idea de volver a tener sexo con él era extremadamente tentadora. "No quiero acabar en la misma situación que mi madre".

"Y su hija, ¿cómo es?"

"Rose, es tan dulce", exclamé, pues ya le estaba cogiendo cariño. "Me rompe el corazón pensar que acaba de perder a su madre. Es tímida, pero conseguí que se abriera un poco conmigo".

"Pobrecita, no puedo ni imaginar por lo que debe de estar pasando", comentó.

"Esa es una de las razones por las que acepté el trabajo. Por supuesto, el salario es muy bueno y podré ahorrar para mi nuevo equipo fotográfico mucho antes de lo que esperaba. Pero, sobre todo, quiero ayudarla".

"Algún día vas a ser una muy buena madre", comentó Callie con una suave sonrisa.

"Todavía falta mucho para eso", suspiré. "Primero he de tener una relación con un hombre en quien pueda confiar".

"Siempre hay esperanza, creelo", me animó. "Y Elliot... ¿crees que podrías confiar en él?"

Arqueé una ceja: "¿No acabas de decirme que era prudente no liarse con él?"

"Es inteligente por tu parte no repetir una aventura de una noche con tu jefe", aclaró. "Pero seguro que no vas a ser la niñera de su hija para siempre y parece que tenéis buena química".

Con todo el ajetreo y el estrés de mi vida, no había pensado en las perspectivas a largo plazo de este trabajo. Pero Callie tenía razón, un día Rose ya no me necesitaría. En cuanto a Elliot...

Me preguntaba cómo sería. No era el tipo de hombre que normalmente me gustaba. Pero en mi historial tampoco es que hubiera habido muchos acordes con mi ideal. ¿Tendría un lado tierno? ¿Sería posible convertir esa energía intensa y tempestuosa en algo más cariñoso? Una cosa que sí sabía era que el sexo sería fantástico.

"No hay nada que me haga confiar de momento en un "nosotros" ", dije, tratando de alejar cualquier pensamiento al respecto. "Sólo porque sea atractivo no significa que pueda haber algo más".

"¿Pero quieres que se convierta en algo más?", me instó.

"No", respondí inmediatamente. No le conocía lo suficiente como para plantearme salir con él. Aunque no podía negar que me fascinaba, pero sabía que no era una buena idea.

"¿Quieres ver lo que hay en Internet sobre él?", preguntó Callie. Me conocía demasiado bien como para dejarse intimidar por mi rechazo generalizado.

"... claro".

Saqué el móvil y lo busqué, sin esperar nada más que lo que aparecía en la página web del bufete. Lo que encontré me sorprendió. Por lo visto, Elliot tenía afición por la alta costura y había sido fotografiado más de una vez por los paparazzi, cada vez con una modelo distinta.

"Vale, así que este tío es un seductor", dijo Callie, leyendo por encima de mi hombro.

"Sí", refunfuñé. "Supongo que debería sentirme aliviada de haber sido sólo un pasatiempo".

"¿Qué quieres decir?", preguntó ella, frunciendo el ceño.

"El tipo sale con modelos, no hay forma de que pueda competir con una de ellas", expliqué, señalando la pantalla. "Quiero decir, mírale. Claro que le gustan las chicas así, él mismo podría ser modelo".

"Oye, ¿qué te he dicho de la autoevaluación negativa?", me regañó. "Eres muy guapa, es Elliot quien ha tenido suerte, no tú".

Me encogí de hombros. Callie tenía que decir algo así, era mi mejor amiga. Pero sabía que no estaba a la altura del gusto habitual de Elliot en cuanto a mujeres.

Algunos artículos citaban a las modelos con las que salía mencionando el comportamiento frío y distante de Elliot, describiéndolo como un playboy obsesionado con su carrera que no se interesaba por nada al margen de su trabajo.

Me decepcionó un poco, aunque ya me había esforzado mucho en no hacerme ilusiones con tener con Elliot una relación estable.

"Ahora me alegro especialmente de haber puesto la norma de no permitir repeticiones", dije.

Callie me miró, frunciendo el ceño: "¿Seguro que te parece bien?".

"¿Por qué no ha de parecérmele?", pregunté, tragándome mis sentimientos encontrados. "Es bueno saberlo ahora, antes de caer en la tentación de leer en ese encuentro algo que no puede haber. Ya estará buscando a la próxima modelo despampanante. Pasaré la mayor parte del tiempo con Rose. Lo estoy deseando".

Probablemente Elliot no me habría prestado más atención de todos modos. Había aceptado mis condiciones con tanta facilidad que probablemente pensó que yo era una engreída por sacar el tema. Que era una engreída por pensar que seguía interesado por mí.

"Siempre que sea eso lo que tú quieres", dijo Callie con escepticismo.

Mientras recogía mis cosas aquella tarde, estaba emocionada y nerviosa a la vez por mi nuevo trabajo y mi nueva vida. Sabía que no iba a ser fácil volver a vivir en casa de otra persona y cuidar de la pequeña Rose, que estaba pasando por un trago tan duro.

Pero estaba dispuesta a asumir el reto y podría ahorrar la mayor parte de mi salario, para poder construir así mi propia vida.

Aunque sabía que no debía, una pequeña parte de mí seguía añorando a Elliot. ¿Por qué se me había insinuado? Claramente no era su tipo. Demasiado sencilla, demasiado modesta. Y sin embargo, había sido implacable, casi agresivo en el mejor de los sentidos. Aún me estremecía cada vez que pensaba en él. Sus besos, su tacto, la sensación de tenerlo entre mis piernas. ¿Era realmente lo que los tabloides decían que era? *Bueno, supongo que pronto lo sabré.*

No había nada mejor que vivir con alguien para descubrir quién era realmente.

Pero por mucho que nuestro rollo de una noche perdurara en mi mente, sabía que tenía que centrarme en mi trabajo y en la gran oportunidad que se me ofrecía de volver a encarrilar mi vida.

Capítulo 12

Fiona

Mis primeros días como niñera de Rose fueron variados. Elliot pasaba la mayor parte del tiempo en el trabajo, lo cual era un alivio para mí, ya que no quería tenerlo cerca todo el tiempo.

Rose seguía siendo bastante callada y tímida, sin embargo estaba consiguiendo que se sintiera cada vez más en confianza conmigo. La animé con mucho tacto y traté de encontrar cosas que le interesaran para entablar así conversación. El pingüino Magia era a menudo el tema de conversación dominante.

Llevaba cuatro días en mi nuevo trabajo, cuando mientras la acostaba y le leía un libro ilustrado, Rose empezó a resoplar como si estuviera a punto de llorar.

"Cariño, ¿qué te pasa?", pregunté, preocupada por si había hecho algo que la molestara.

Se secó los ojos y me miró con el ceño fruncido, preocupada.

"¿Crees que le gusto a mi padre?", preguntó en voz baja.

Se me puso el corazón en un puño. Cuando yo tenía su edad, me había hecho la misma pregunta y la respuesta a mi pregunta había sido no. Pero Elliot no era como mi padre.

"Creo que en realidad te quiere mucho", respondí, intentando ser prudente. "¿Por qué lo preguntas?"

"Nunca está aquí", dijo.

Tenía que admitir que no estaba del todo equivocada. ¿Cómo podía creer Rose que Elliot se preocupaba por ella cuando nunca estaba allí?

"Está ocupado en el trabajo", le expliqué, tratando de encontrar un punto que no abriera una brecha entre ellos, a la vez que reconocía los sentimientos de Rose. "Sé que es difícil cuando él no está aquí".

Rose asintió con la cabeza, con su cara regordeta.

"Me dio este libro", dijo, dando golpecitos en el libro que yo le había leído. "Pensé que le gustaría leerlo conmigo".

"¿Te parece bien que te lo lea yo?", le pregunté.

"Sí", asintió con entusiasmo. "Mamá solía leerme todo el tiempo".

Hice una nota mental para hablar con Elliot sobre conseguirle más libros a Rose e involucrarse más con ella.

Hablé con él en cuanto llegó del trabajo. Estaba en la cocina calentando algo de comida. Era algo muy sencillo. Tenía la chaqueta del traje colgada sobre el respaldo de la silla y las mangas de la camisa remangadas dejando al descubierto sus antebrazos bronceados y me costaba pensar en otra cosa que no fuera lo mucho que deseaba que me cogiera, me apretara contra la pared y me besara.

¿Cuándo había empezado a pensar así? Era como si me volviera loca cada vez que estaba cerca de él.

"Oye, ¿tienes un momento para hablar de Rose?", le pregunté. Apenas habíamos hablado desde que me había mudado y deseaba que pudiéramos crear la relación que habíamos acordado cuando me contrató. Yo había insistido en que fuéramos profesionales, así que debería alegrarme de que él estuviera cumpliendo su parte del trato. Pero cada vez que lo veía, mi deseo parecía

aumentar.

"¿Pasa algo?", preguntó frunciendo el ceño.

No estaba seguro de cuán honesta podía o debía ser sobre mis preocupaciones en cuanto a Rose.

"Me contó que su madre solía leerle mucho", le expliqué. Noté un breve dolor en el rostro de Elliot, pero enseguida adoptó una expresión neutra.

"¿Y?", se limitó a decir y esperó a que continuara.

"¿Me preguntaba si podríamos conseguirle más libros?", pregunté.

Asintió con la cabeza. "Por supuesto, pediré algunos".

El dinero lo soluciona todo, estupendo.

"¿Y quizá podrías leerle los fines de semana?", aventuré.

Tardó un segundo o dos, pero luego volvió a asentir.

"Claro", aceptó.

Nos quedamos en silencio un momento. Elliot me miró, me miró de verdad, por primera vez desde que había empezado a trabajar para él y no pude evitar que se me cortara la respiración.

"¿Hay algo más?", quiso saber.

Me sonrojé, avergonzada porque me habían pillado mirándole.

"No", murmuré y me aparté antes de hacer aún más el ridículo.

Elliot cumplió su promesa de comprar más libros y parecía encantado de regalárselos a Rose y ella se sintió realmente feliz. El sábado por la noche le leyó uno. Sonaba un poco forzado, ya que no era un lector habitual de cuentos antes de dormir, pero hizo sonreír a Rose. Fue el único momento de calidad que les vi pasar.

Cada día que pasaba aumentaba mi afecto por ella. Era una niña tan dulce y fuerte. Cada día tenía más confianza en sí misma. Se me partía el corazón al pensar en la pérdida que ya había experimentado a una edad tan temprana.

Un sábado, pocas semanas después de empezar a trabajar, Elliot decidió acompañarnos a Rose y a mí cuando fuimos al parque. Esperaba que eso significara que quería implicarse más como padre.

Y también tenía la esperanza de que quisiera pasar tiempo conmigo, aunque sabía que no debía pensar así.

No le había visto mucho desde nuestra conversación sobre la lectura en voz alta. Se mostraba frío y distante conmigo y ni siquiera intentaba entablar una conversación cortés. Me costaba no tomármelo como algo personal, pero esperaba que nuestro paseo juntos fuera una oportunidad para, al menos, relacionarnos con normalidad.

"¿Quieres subir al tobogán, Rose?", le pregunté a la niña. Había salido un poco de su caparazón conmigo, pero no tenía mucho contacto con los otros niños del parque, se mostraba reacia a jugar con ellos.

Asintió con la cabeza y se dirigió hacia el tobogán. Luego se dio la vuelta y me miró con ojos temerosos.

"Estoy contigo", dije para tranquilizarla. "Y también tu padre".

Me volví hacia Elliot, esperando que me ayudara. Pero se había alejado y estaba hablando con otra niña. No podía oír lo que decían, pero les oí reírse. Era guapa, rubia y con curvas.

Mientras Elliot hablaba, ella se inclinaba hacia delante y movía las pestañas.

¿Y Elliot? Conocía esa postura y la forma en que la miraba tan intensamente. A mí me había hecho exactamente lo mismo.

La rabia me quemaba por dentro. Nunca había creído que yo fuera especial para él o que nuestra única noche juntos hubiera significado algo. Pero verlo flirtear con alguien como si yo no estuviera allí era humillante. Era como si me estuviera dejando muy claro que yo no era nadie.

Miré a Rose, que se deslizaba por el tobogán con una sonrisa genuina en la cara. Eso era algo excepcional. Elliot debería haberlo apreciado en lugar de ir en busca de su próxima conquista.

Sabía lo que era sentirse invisible. Habiendo crecido en la mansión Blake, tenía mucha experiencia en sentirme inútil e insignificante. No quería que Rose se sintiera igual.

Volví a mirar a Elliot. La rubia ya se iba, cogida de la mano de un niño de cuatro años, camino de su casa. Pero miró hacia atrás un par de veces y dudó si marcharse.

Mientras tanto, Elliot seguía caminando. Observé cómo miraba alrededor del parque, apuntando a su siguiente objetivo: una mujer pelirroja que miraba a su hijo, también pelirrojo, jugar en el tióvivo. También dirigió su encanto hacia ella y la vi girar el anillo de casada que llevaba en el dedo y reírse.

Los tabloides debían tener razón. Elliot realmente no era más que un playboy.

"¿Puedes empujarme en el columpio?", preguntó Rose, interrumpiendo mis pensamientos mientras yo miraba sombríamente a Elliot.

"Por supuesto", respondí, molesta conmigo misma por dejarme llevar tanto por las acciones de Elliot.

Fui a los columpios con Rose y me reproché a mi misma por preocuparme siquiera de lo que él hacía o dejaba de hacer. Elliot no me debía nada. Y si a él no le importaba el tiempo que pasaba con su hija, entonces yo tenía que cuidarla el doble.

Me alivió dejar de mirar a Elliot mientras subía a Rose al columpio. Intenté apartarlo de mi mente. Al fin y al cabo, no lo quería. Había dejado claro que debíamos ser profesionales. Así que ni siquiera tenía derecho a opinar al respecto. Excepto en lo que se refería a Rose. Ella soltó una risita mientras el columpio volaba por el aire y ni siquiera se dio cuenta de que su padre andaba por ahí flirteando.

Ojalá pudiera ser felizmente ignorante.

Cuando llegó la hora de volver a casa, me vi obligada a interrumpir la conversación de Elliot con una tercera mujer que lo miraba como si fuera un trozo de carne jugosa.

Espero que en mi caso no hubiera parecido tan evidente.

"Rose se está cansando, deberíamos volver", dije, ignorando el bufido molesto del último flirteo de Elliot.

"Claro", Elliot se encogió de hombros, se despidió rápidamente de la mujer y volvió al coche conmigo.

"¿No querías su número?", me oí preguntar de todos modos.

"¿Estás celosa?", sonrió.

"Para nada", mentí. "Sólo me sentí culpable por interrumpirte".

Mi mente era un revoltijo entre sentirme herida por Elliot y preocuparme por Rose. Por no hablar de los recuerdos que resurgían de mi propia infancia.

Tenía que ser una buena niñera para Rose con todo mi corazón y mi alma. Ese era mi trabajo. También era una forma de ganarme la vida y para mí era importante que Rose estuviera bien. Sólo esperaba que mis sentimientos -que no eran más que pura imaginación- no se interpusieran

en el camino.

Capítulo 13

Elliot

Unos gritos me despertaron de golpe y antes de que pudiera siquiera pensar, ya estaba fuera de la cama, corriendo hacia la puerta de mi habitación y abriéndola de un golpe. Fiona salió de su habitación al mismo tiempo.

Llevaba una camiseta ajustada y unos shorts diminutos. Sus piernas desnudas estaban bronceadas, tonificadas y lo bastante sexys como para hacer que me parara en seco. No llevaba sujetador y sus pezones asomaban por la tela casi transparente de su top.

Por un segundo, olvidé por qué había salido corriendo de mi habitación. Sin embargo, otro grito me sacó de mis pensamientos y me di cuenta de que venía de la habitación de Rose.

Las dos corrimos hacia ella. Fiona llegó un momento antes que yo. La seguí y encendí la luz mientras ella corría hacia la cama de Rose. Rose daba vueltas en la cama, haciendo los ruidos más desgarradores que jamás había oído.

"Rose, cariño", gritó Fiona, acariciando con la mano el alborotado pelo de Rose. "Es sólo un sueño, despierta, cariño".

Me quedé impotente mientras Fiona sacaba a Rose de su pesadilla. Parpadeó varias veces y las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas.

"Mamá", sollozó, "quiero ver a mi mamá".

Fiona cogió a Rose en brazos, la estrechó y le susurró una y otra vez: "Lo sé, cariño. Lo siento mucho. Lo sé".

Fiona estaba tan conmovida como yo al presenciar el dolor de Rose. Me quedé a unos pasos, helado, sin saber cómo ayudar.

¿Cómo puedo hacer que todo vaya mejor?

Rose seguía sollozando en el cuello de Fiona mientras esta le susurraba palabras tranquilizadoras. Fiona me miró, sus ojos me suplicaban algo que yo no sabía cómo darle.

Murmuró: "Ven aquí".

Dudé. ¿Qué podía hacer que Fiona no estuviera haciendo ya? Pero no dejaba de mirarme y Rose sonaba tan lastimera. Así que me acerqué a ellas, inseguro de cómo proceder.

"Papá está aquí", le dijo Fiona a Rose. ¿Se suponía que eso era un consuelo? "Él también te está abrazando".

Fiona me hizo un gesto para que me uniera a ellas y abrazara a Rose. Pero ella no se movió y no me dejó espacio. Así que me arrodillé a su lado y las rodeé con los brazos para que Rose quedara entre nosotros, como si pudiéramos protegerla de ese dolor.

No había tocado a Fiona desde nuestra aventura de una noche y no me había preparado para lo difícil que sería tenerla en mi casa y en mi vida todo el tiempo. Cada día la atracción que sentía por ella era mayor y a medida que pasaban las semanas me quedaba más tiempo en el trabajo para evitarla.

"Te abrazamos, cariño", le dije a mi hija. Repetí las palabras de Fiona. No sabía qué más decir.

Mis palabras parecían tan triviales, tan inútiles. Pero de algún modo Rose empezó a calmarse. Fiona y yo nos sentamos allí -ella en la cama y yo en el suelo, con Rose entre los dos- hasta que Rose dejó de llorar. Al final me retiré.

Inmediatamente eché de menos tener a Rose y a Fiona en mis brazos. A pesar de las circunstancias, me había sentido tan ... bien.

"¿Crees que podrás volver a dormir?", le pregunté a Rose.

Parecía insegura. "¿Te quedarás conmigo?" Sus ojos iban y venían entre Fiona y yo.

"Por supuesto", respondió Fiona por los dos. Asentí con la cabeza.

Volvímos a acostar a Rose y me senté a los pies de la cama mientras Fiona ocupaba la cabecera. Puse la mano en la espalda de Rose mientras se ponía en posición fetal. Fiona le acarició suavemente el pelo y empezó a cantarle una canción de cuna. Tenía una voz preciosa y cálida que me calmaba incluso a mí. Nos quedamos hasta que Rose se durmió de nuevo y luego salimos en silencio.

"¿Quieres tomar algo?", le pregunté a Fiona cuando estábamos en el pasillo. "Porque me vendría muy bien un whisky ahora mismo".

Se mordió el labio y miró hacia su dormitorio.

"Creo que debería... irme a dormir", murmuró tartamudeando. Incluso en la penumbra, pude ver que sus mejillas empezaban a enrojecer.

"Vamos", la animé, "primero habrás de recuperarte".

"Sí", respondió lentamente. "Sería estupendo".

Bajamos las escaleras, con el mayor silencio posible y entramos en la cocina. Cogí una botella de whisky de uno de los armarios altos de encima de la nevera. Normalmente sólo lo bebía cuando estaba trabajando en un caso difícil.

Fiona fue a coger los vasos que estaban a mi lado.

"Oh, yo los cojo", dije rápidamente cuando me di cuenta de que estaban demasiado altos.

Los alcanzamos al mismo tiempo, nuestros brazos y costados se tocaron. Sentí un hormigueo de deseo. Yo sólo llevaba calzoncillos y una camiseta de tirantes y Fiona estaba sencillamente preciosa con su pijama.

Ella se retiró rápidamente y yo carraspeé. Cada vez me resultaba más difícil resistirme. Cogí los vasos de cristal y nos serví a los dos una generosa ración de whisky. No dijimos nada, aunque sorprendí a Fiona mirándome más de una vez. Incluso somnolienta y estresada era hermosa.

Le entregué el vaso y nuestros dedos se tocaron. Hacía unos minutos la había abrazado y ahora el mero roce de nuestros dedos me hizo estremecer de deseo.

Ojalá pudiera hacerle el amor aquí mismo, en la mesa de la cocina. No me había acostado con nadie desde nuestro encuentro. No podía recordar la última vez que había pasado tanto tiempo sin sexo. Me estaba volviendo loco. Normalmente perdía el interés por las mujeres después de acostarnos una vez y pasaba a la siguiente joven razonablemente inteligente. Pero con Fiona no había ocurrido eso.

La miré mientras el vaso se apoyaba en sus labios y sus ojos se cerraban cuando el whisky tocaba su lengua. Lo único que me impedía lanzarme sobre ella era que Rose la necesitaba. Me sentiría desolado si Fiona se marchaba porque no tenía ni idea de cómo cuidar de Rose y esta noche era la mejor prueba de ello.

Bebimos en silencio. Fiona parecía perdida en su propio mundo y yo abría la boca y me callaba sin saber qué decirle. Odiaba sentir que perdía el control. Yo no era de los que se enganchaban pero Fiona me había cogido por las pelotas sin que me diera cuenta.

Cuando el último líquido de color ámbar se hubo escurrido de nuestros vasos, volví a coger el vaso de Fiona, evitando tocarla esta vez.

"Gracias", murmuró en voz baja.

Nos miramos a los ojos y tuve que agarrar el cristal con la mano para no atraerla hacia mí y besarla hasta dejarla sin sentido. Quería apretarla contra el mostrador y exigirle que admitiera que ella también me deseaba. Que yo no era el único que se sentía así. Quería que estuviera tan desesperada como yo.

Luego bajó la mirada y volvió a subirle ese rubor inocente y seductor. Me mordí los labios. Sólo tenía que dar un paso, estirar la mano y tocarla. Podía hacerla mía aquí y ahora; sabía que no le costaría resistirse.

Y entonces se acabó el momento. Fiona se dio la vuelta y huyó escaleras arriba. Suspiré. Sabía que era lo mejor, por mucho que la deseara. Simplemente estaba hambriento de sexo, nada más.

Enjuagué los vasos y me di tiempo suficiente para despejarme, de modo que cuando pasara por delante del dormitorio de Fiona, no tuviera la tentación de seguirla dentro. Tiempo de sobra.

No dormí, dando vueltas en la cama mientras me preguntaba por qué no podía sacarme a Fiona de la cabeza. Cuando la contraté, no pensé que sería tan difícil mantener mis manos lejos de su cuerpo. Finalmente, los pájaros empezaron a piar y un rayo de sol entró entre las persianas. Me levanté, me dirigí al trabajo y me dediqué a lo único que sabía hacer.

Cada noche, después del trabajo, se hacía más y más difícil volver a casa. Era mejor así. Fiona sabía cómo cuidar de Rose y yo tenía que recuperar el control. No debería haber pensado en Fiona en absoluto, ya la había tenido. Y había sido fantástico. El sexo no era difícil de conseguir seguro que con otra podría pasarlo bien...

Tengo que borrarla de mi sistema.

No me había acostado con nadie desde ella. Probablemente como siempre estaba cerca, no podía sacármela de la cabeza. Si me acostaba con otra, me daría cuenta de que nuestra noche juntos no era tan especial como recordaba, aliviaría parte de mi tensión y podría volver a concentrarme en los asuntos importantes.

Había una asistente en otro departamento que había flirteado conmigo varias veces. Jenny no trabajaba a mis órdenes, así que no había nada inmoral en ello. Era guapa. Y no diría que no.

La encontré en su despacho por la tarde.

"Hola, Jenny", dije con una sonrisa coqueta y me apoyé en el marco de la puerta. "Tarde otra vez, ¿no?"

Jenny levantó la vista y una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

"Sí, siempre tengo una pila interminable de papeleo", respondió, tratando de mantener la compostura a pesar de que se notaba que mi presencia la ponía nerviosa.

Había visto a tantas mujeres reaccionar así que conocía las señales. La forma en que se le iluminaban los ojos y la tensión en sus mejillas mientras intentaba que su sonrisa no se ensanchara demasiado.

Entré en la habitación y me acerqué a ella, bajando un poco la voz. Como si estuviera haciendo algo furtivo, travieso. Siempre funcionaba.

"Bueno, si estás lista para tomarte un descanso de todo este papeleo", dije, esperando un momento mientras ella me miraba desde su escritorio. "¿Qué tal si comemos algo juntos?"

Una mezcla de sorpresa y diversión bailó en los ojos verdes de Jenny.

"Claro, eso suena bien", respondió con entusiasmo, buscando claramente un tono distendido sin conseguirlo.

Llevé a Jenny a un restaurante tailandés de lujo. Hice todo lo posible, le puse la mano en la espalda y tiré de su silla hacia atrás. Retomé mi viejo patrón. Fue fácil, pero por primera vez, no me sentí completamente cómodo con él. No podía sacarme a Fiona de la cabeza.

No es que me sintiera mal. No le debía nada a Fiona. Ni siquiera ella esperaba nada de mí.

Y Jenny estaba... muy bien. La conversación era más interesante que la de las modelos con las que solía salir. Su pelo rubio y sus ojos verdes eran lo suficientemente diferentes como para no recordarme a la mujer que intentaba olvidar por una noche.

Pero no tocó nada dentro de mí. Sin embargo, no tenía intención de rendirme. Probablemente estaba un poco oxidado después de semanas de celibato involuntario. Eso me desconcentró.

"Llevo semanas intentando reservar mesa en este restaurante", dijo Jenny. "¿Cómo conseguiste una para nosotros tan rápido?"

Sonreí: "Si te digo eso, ¿qué te impide comer aquí sin mí?"

Se mordió el labio. Sabía que ya había caído en mis redes. Ni siquiera tendría que esforzarme.

"Probablemente acabas de sobornar al jefe de sala", se rió.

Jenny era inteligente, eso era exactamente lo que había hecho. A menudo llevaba a mujeres a este restaurante. A menudo eran clientas de los otros abogados del bufete. Especialmente las recién divorciadas, que siempre buscaban una aventura pasajera. El jefe de sala sabía que le pagaba bien por conseguirme una mesa.

"Eres lista, pero apuesto a que no puedes descubrir todos mis secretos", la reté, reclinándome en la silla.

"Estoy segura de que disfrutaría intentándolo", coqueteó ella. Habría sido fácil llevármela a la cama. Probablemente ni siquiera habría tenido que tomarme la molestia de una cena cara, sin embargo no sólo de sexo vive el hombre.

La comida estaba deliciosa, como siempre. Mientras terminábamos el último sorbo de vino, vi que Jenny se disponía a decir algo. Sus ojos no dejaban de mirarme.

"¿Tienes algo en mente?", le pregunté.

"¿Quieres venir a mi casa?" Me miró con una lujuria apenas disimulada.

Eso era exactamente lo que querría normalmente. Ni siquiera debería haberlo cuestionado. Pero por mucho que me atrajera Jenny, por mucho que anhelara sexo, simplemente no lograba reunir el deseo suficiente por ella.

Así que decliné educadamente su oferta y me fui a casa. Fiona y Rose estaban dormidas y de camino a mi habitación me detuve delante de la puerta de Fiona. Ella estaba allí, probablemente con esos minúsculos pantalones cortos y su camiseta ajustada. Cogí el pomo de la puerta. Sería muy fácil entrar y seducirla. Podría inventarme una excusa para despertarla, disculparme por ello y ofrecerle una copa. Sabía que si la seducía, la tendría en mis manos en cuestión de minutos.

Pero volví a soltarlo. Si hacía eso, Fiona podría dejarnos. Y yo necesitaba su ayuda con Rose. Me deslicé en silencio hasta mi habitación, donde decidí darme una ducha y quitarme el día de encima. No sabía qué me pasaba y por qué no podía sacarme a Fiona de la cabeza.

Mientras el agua tibia me salpicaba, mis pensamientos se dirigieron a la maravillosa noche que habíamos pasado juntos. Me hubiera gustado llevármela a casa. Un polvo rápido en el asiento trasero de mi coche no había sido suficiente, aunque lo hice porque me moría de ganas de hacerle el amor allí mismo. Recordé su sabor en mis dedos y deseé haberle lamido también.

Sentí que se me ponía dura y después de renunciar al plan A para distraerme de Fiona, no quería negarme ahora un poco de alivio.

Puse la mano alrededor de mi polla erecta y la acaricié hasta que se puso dura mientras

imaginaba a Fiona encima de mí, cabalgándome. Me hubiera gustado verla desnuda. Su escote había sido tentador y me habría encantado ver sus pechos al descubierto. Le chuparía los pezones, los acariciaría, averiguaría si eran tan rosados como sus hermosos labios.

Imaginaba tenerla en mi cama, recostarla sobre las sábanas y adorar su cuerpo. La acariciaría por los costados y trazaría sus curvas. La besaría por todas partes: las clavículas, el vientre, los muslos. En mi fantasía, enterraría la cara en su coño y lo lamería y chuparía hasta que gritara de placer y antes de que se le pasara el temblor, la penetraría y follaría hasta el final de su orgasmo, llevándola a otro.

Me sacudí más deprisa, apretando y retorciendo la mano con cada movimiento. Me miré, con el agua corriéndome, mientras imaginaba a Fiona arrodillada frente a mí y poniendo sus labios perfectos alrededor de mi polla.

¿Hasta dónde se dejaría penetrar? ¿Sería de las que tendía a lamer más, a usar la mano o movía la cabeza y dejaba que sus labios hicieran el trabajo?

Bajé la otra mano para acariciarme las pelotas e imaginé que era la mano de Fiona la que las hacía rodar en su palma. La deseaba en todos los sentidos y cuanto más me permitía imaginarlo, más la ansiaba.

Si ahora estuviera en la ducha conmigo, le habría dado la vuelta justo antes de mi orgasmo y me la habría follado por detrás contra la pared. Le besaría el cuello, volvería a sentir su suave piel bajo mis labios, jugaría con sus pechos y le frotaría el clítoris. Anhelaba volver a sentir su coño a mi alrededor.

Empujé mis caderas hacia arriba y gemí mientras pensaba en penetrarla. Sentía un profundo y desesperado deseo de poseerla. Algo más profundo que la lujuria, pero no encontraba una palabra para describirlo.

Mis pensamientos volvían al tiempo que pasamos en el coche. Sus dulces gemidos habían llenado el coche de un coro erótico. Me había mirado con indisimulada lujuria en el rostro, con su bonita boca abierta en una deliciosa "o". Y había movido las caderas sabiendo exactamente cómo volverme loco.

¿Cómo iba a soportar que esta diosa viviera en mi casa? Cada día me seducía más con su sonrisa fácil y su gran corazón. La había visto con el pelo despeinado y pintura de dedos en la mejilla y la deseaba más que a cualquier modelo ultramaquillada que hubiera visto jamás. Tenía tantas ganas de besarla que estaba a punto de caer extasiado.

Antes de correrme, me metí el puño en la boca y reprimí mis gemidos mientras me masturbaba cada vez con más fuerza. Entrecerré los ojos y me golpeé la frente contra la pared en la que estaba apoyado. No dejé de pajearme hasta que gemí porque ya estaba demasiado sensible y perseguía una sensación de satisfacción que seguía eludiéndome. Mi mano no sustituía a Fiona.

Eyaculé mientras suspiraba. Aunque no podía dejar de pensar en Fiona, al menos ya estaba lo bastante agotado como para dormir. Y no sólo no podía dejar de pensar en ella, sino que al contrario, la deseaba aún más. Pero tenía que encontrar la manera de dejar de lado mis sentimientos y concentrarme en Rose. No podía pensar en Fiona todo el tiempo.

Capítulo 14

Fiona

"¿Cómo te va la vida de niñera?", me preguntó Callie cuando la llamé. No habíamos tenido mucho tiempo para charlar en las semanas que habían pasado desde que empecé mi nuevo trabajo, todo había sido muy turbulento.

"Rose es muy dulce", respondí. "Acabo de acostarla".

"Eso es genial... ¿y Elliot?" Callie siempre se las apañaba para ir directa al meollo de la cuestión. Quizás me conocía demasiado bien.

"Eso es... más complicado", dije, hundiéndome en la cama. "Ni siquiera está aquí la mayor parte del tiempo".

"¿Y si está allí?"

Me mordí el labio inferior un momento.

"Digamos que a veces mis pensamientos se adentran en terrenos peligrosos", admití.

"Cuéntamelo todo", exigió.

"No ha pasado nada", le aseguré, más para tranquilizarme a mí misma que a Callie.

"¿Pero quieres que ocurra?"

"El otro día hubo un ... momento", dije, relatando brevemente la pesadilla de Rose y cómo ambos la habíamos consolado. "Elliot nos abrazaba a los dos mientras consolaba a Rose. Callie, nunca había visto este lado tan tierno en él. Fue muy diferente de como es habitualmente".

"Oh, eso suena interesante", respondió ella.

"Bastante interesante", confirmé. "Pero después me ofreció un whisky y acabamos los dos en la cocina. Iba en calzoncillos y en camiseta de tirantes y estaba muy sexy. No pude contenerme y me quedé mirándole".

"¿Estás empezando a tener sentimientos por él?", quiso saber. "De todas formas tu nunca has podido tener sólo sexo de una noche".

"Ni siquiera sé cómo me siento", suspiré. "Pero a veces me encuentro soñando despierta con tener una relación de verdad con él, no sólo un rollo otra vez. Me siento ridícula porque es tan frío y distante conmigo la mayor parte del tiempo. Y entonces veo esa dulzura cuando está con Rose. Tiene un lado mucho más tierno de lo que parece. Pero mejor no ir por ese camino".

"¿Por qué no?", preguntó Callie, haciendo de abogada del diablo.

"Me ha dejado claro que no le interesa nada serio y le dije desde el principio que tenemos que hacer las cosas profesionalmente", le expliqué. "Además, pondría en peligro mi trabajo y Rose tiene que ser mi máxima prioridad".

"Siempre puedes cambiar de opinión", dijo.

"Sí, pero no debería", repliqué. "Me dejé llevar por el momento aquella noche. Estuvo encantador y divertido cuando nos conocimos y supongo que simplemente está tan bueno que a veces me hace perder la cabeza...".

"Ahora estás enumerando un montón de buenas razones para intentarlo", se rió Callie.

"Pero", señalé. "Pensar en hacerlo es pura fantasía. La realidad es que pasa más tiempo en el trabajo que en casa, que hay días en los que no intercambiamos ni una sola palabra y que cuidar de Rose es muy importante para mí. Ya no lo siento sólo como un trabajo, lo siento como una

vocación. Como si estuviera destinada a estar aquí y ayudarla".

"¿Y no crees que Elliot podría formar parte también de lo que está destinado para ti?", insistió.

"No", dije, aparentando más seguridad de la que sentía. "Quiero demasiado a Rose y ella me necesita. Tengo la oportunidad de ayudarla de verdad. Ella es demasiado importante como para arriesgarme con un tipo con el que no he tenido más que una estúpida aventura de una noche".

"Tú también te mereces ser feliz", insistió Callie. "Y tal vez, ha de ser con Elliot".

"Gracias Callie", murmuré. "Ahora me tengo que ir, pero nos vemos pronto ¿vale?".

"Por supuesto", respondió, "¿pero Fi? Mantén la mente abierta".

No estaba segura de en qué sentido lo decía, pero acepté de todos modos.

Por mucho que anhelara una relación romántica con alguien tan seductor como Elliot, sabía que mi carrera y mi relación con Rose eran mi prioridad. Mi conexión con ella complicaba las cosas a la hora de traspasar las barreras de lo profesional con su padre. No podía cambiar mi relación con Rose, no mientras me necesitara tanto. Tal vez eso también explicaba por qué no podía sacarme a Elliot de la cabeza. Los límites ya estaban borrosos y Elliot estaba extremadamente bueno.

En los momentos de tranquilidad en que Rose dormía plácidamente, me permitía imaginar un futuro en el que encontrar el amor y la compañía que anhelaba. Era una chispa de esperanza que me recordaba que la vida iba más allá de mis circunstancias actuales. Sin embargo en mi presente, mi papel de niñera y mi conexión con Rose me proporcionaban una alegría y una satisfacción inconmensurables. Y eso era lo que necesitaba para seguir adelante por ahora. El hecho de que Elliot se me apareciera cuando imaginaba mi futuro, se debía simplemente a que era el único hombre que tenía cerca estos días. Vivía en su casa, lo veía todo el tiempo.

Y aún me sentía atraída por él, supongo que eso era natural.

Sin embargo, mi frágil equilibrio se tambaleó cuando la madre de Elliot nos hizo una visita sin avisar.

Regina Bennet irrumpió en la casa e inmediatamente su presencia impregnó la habitación de una energía abrumadora. Su voz resonó por todo el pasillo mientras exclamaba: "¡Por fin tenemos una niña en la familia! ¡Ya era hora! ¿Y dónde está, dónde está mi nieta?".

"Madre", la saludó Elliot con rigidez. "No sabía que habías vuelto del campo".

"¿Tengo que contarte todos mis planes?", preguntó levantando las cejas.

Inmediatamente me sentí incómoda.

Era una mujer de aspecto severo, labios finos y boca de piñón. Tenía el pelo oscuro recogido en un moño con un flequillo recto que le cruzaba la cara. Cada mechón estaba perfectamente colocado. Llevaba una falda negra a juego con una americana y unas joyas de oro muy elegantes que olían a "dinero viejo".

"Claro que no, pero te agradecería que me llamas antes de venir", contestó Elliot.

"Oh, por favor, ¿y entonces por qué me das las llaves de tu casa si no quieres que me pase?", replicó Regina. "Es que tienes algo que ocultar".

Elliot le dedicó una pequeña sonrisa superficial.

"Te presento a Fiona, la niñera de Rose", dijo con una extraña formalidad.

"Señora Bennet", la saludé con una sonrisa cortés, intentando mantener la compostura a pesar del malestar que crecía en mi interior. Regina me dedicó una inclinación de cabeza apenas

perceptible, como si yo fuera demasiado insignificante para merecer otra cosa.

"Y ésta es mi hija, Rose", continuó Elliot.

Rose se escondió detrás de mis piernas y se aferró a mí ante la sobrecogedora actuación de su abuela. Era tímida con los desconocidos, pero no solía esconderse.

"No pasa nada, cariño", intenté tranquilizarla. "Sal y saluda a tu abuela".

"Con la abuela basta", ladró Regina a la defensiva. "Tu abuela suena tan aburrido".

Me enfadaba que me menospreciara y me molestaba que no adaptara su tono ni su lenguaje para llegar a Rose. Miré a Elliot en busca de ayuda, pero él no parecía tener ningún problema con el comportamiento de su madre.

"Sal, chica", le ordenó a Rose. "No tengo todo el día".

Regina apenas se fijó en mí mientras empujaba a Rose hacia ella. Rose murmuró un "hola".

"Habla más alto, niña", la corrigió. "Los Bennett tenemos confianza y seguridad en nosotros mismos".

"Rose", le ayudé, captando por fin su atención. "Su nombre es Rose".

Regina me miró con disgusto. "¿Siempre dejas que tus ayudantes contesten así?", preguntó a Elliot, escrutándome con sus ojos entrecerrados.

"Llevo mi casa como me gusta", respondió Elliot con seguridad. Aunque no quería interponerme entre Elliot y su madre, una pequeña y absurda parte de mí, deseaba que Elliot me hubiera defendido más rotundamente. Sin embargo, una parte aún mayor deseaba que protegiera a Rose.

La mirada penetrante de Regina seguía todos mis movimientos y sentí que se me hacía un nudo en el estómago. Su desaprobación me atravesó como un cuchillo y me recordó la forma en que mi padre siempre me miraba cuando nos encontrábamos.

El tono de Regina se volvió condescendiente al continuar: "Debo decir que habría esperado que alguien con más experiencia cuidara de mi nieta. ¿Qué cualificaciones tiene exactamente? ¿O Elliot te contrató por tu aspecto?".

"Madre", dijo Elliot en tono de advertencia. "No seas así".

Mientras las palabras de Regina resonaban en mis oídos, sentía las heridas de mis traumas pasados abiertas y en carne viva. Los años en los que me sentí inadecuada e invisible en la mansión Blake se apoderaron de mí, amenazando con volver a minar la confianza en mí misma. La desaprobación de Regina se sumó a esos sentimientos de antaño y al peso de mi propia inseguridad.

"No quiero que mi nieta se vea expuesta a nada inapropiado o poco profesional", explicó Regina, frunciendo el ceño. Esta vez su enfado parecía dirigirse tanto a Elliot como a mí. "O habrá consecuencias".

"No tengo experiencia como niñera, pero procuro cuidar de Rose lo mejor que puedo", respondí fríamente, con un deje de determinación en la voz. No tenía intención de rebajarme ante ella.

Regina se burló de mí. "Bueno, espero que estés a la altura. No quiero que mi nieta crezca como una basura".

"No la habría contratado si no fuera adecuada", subrayó Elliot.

Odiaba que la gente hablara de mí como si yo no estuviera allí.

Rose miraba a un lado y a otro con sus grandes ojos asustados y llorosos. Yo también me sentía pequeña e indefensa, pero al menos había tenido a mi madre a mi lado.

"¿Quieres enseñarle a tu abuela el dibujo que has hecho esta mañana?", le pregunté, con la

esperanza de rebajar la tensión del momento.

Rose asintió y salió corriendo a buscar su dibujo. Regina la observó con expresión tensa, sin duda desaprobando que la chica no caminara tranquilamente como una dama. Me ignoró por completo durante la espera, mientras charlaba animadamente con Elliot. De alguna manera, eso era aún peor. No podía defenderme de su actitud despectiva, como tampoco podía defenderme de sus palabras.

Su prepotencia y sus críticas anidaron en mis inseguridades más profundas, me hicieron dudar de mis capacidades y cuestionarme mi lugar aquí. Elliot parecía más preocupado por cómo le afectaba a él esta situación que por cómo nos afectaba a mí o a Rose.

Rose volvió con un dibujo, pero no el que yo esperaba. Normalmente le gustaba dibujar pingüinos y eran bastante buenos para una niña de cinco años. Este dibujo mostraba una casa con tres personas de pie junto a ella.

Había una figura masculina alta con una leve sonrisa y una figura femenina algo más pequeña que sonreía ampliamente, con un corazón en el pecho. Entre ellos había una niña con el pelo amarillo garabateado.

"¿Qué es eso?", preguntó Regina de manera insolente.

"Yo, papá y mamá", susurró Rose, señalando a las personas del dibujo.

"Pareces contenta", le dije a Rose para evitar que Regina hiciera otro comentario poco amable.

"Sí", confirmó con una mirada insegura. "¿Te gusta?"

"Es un dibujo precioso", asentí. "Deberíamos colgarlo en la nevera para poder verlo siempre".

"Creo que es una gran idea", dijo Elliot después de un momento. "Bien hecho, Rose".

La pequeña finalmente esbozó una sonrisa. "Me encantaría".

"Bueno, es... bonito", murmuró Regina, como si le doliera decir algo positivo al respecto.

Tal vez puedas dibujar a tu abuela a continuación", le sugerí a Rose y noté cómo Regina hacía una mueca de dolor al escucharme decir de nuevo "tu abuela".

Rose asintió y Regina forzó una sonrisa.

"Ahora tengo que irme", explicó Regina, que se sentía claramente incómoda por la expresión de tanta emoción.

"Por supuesto", respondió Elliot. ¿Había algo de alivio en su voz?

Cuando Regina por fin se marchó y su estruendosa voz se apagó, me tomé un momento para serenarme. Por mucho que intentara que Regina no me afectara, no podía evitar que me invadiera la inseguridad en su presencia.

¿Era yo realmente la persona adecuada para cuidar de Rose? Tenía razón, no estaba cualificada. Por supuesto que Rose y yo habíamos creado un vínculo, pero seguro que ese vínculo lo crearía también con cualquiera que la cuidara.

En las semanas que había vivido en casa de Elliot, los recuerdos de la mansión Blake se habían ido desvanecido, pero ahora habían vuelto con fuerza. Nunca había pertenecido a ese mundo y lo había rechazado tanto como él a mí. Ahora vivía en un lugar que se parecía al escenario mismo de mi propia infancia y ahí estaba una mujer como Regina asignándome mi lugar.

¿Fui egoísta al aceptar el trabajo?

Necesitaba el dinero, sin embargo, ya no me sentía legitimada para cuidar de Rose. Y no es que yo no fuera buena en el cuidado de niños, sino que otra niñera con las cualificaciones adecuadas podría ser mejor para Rose.

"Ha sido divertido", comentó Elliot con sarcasmo cuando volvió de despedirse de su madre.

Me sentí reconfortada. Puede que Elliot no me defendiera, pero saber que no estaba del lado de

su madre significaba mucho para mí.

"No quiero meterme dónde no me llaman, pero... ¿siempre es así?".

Elliot me sonrió con pesar.

"Bastante a menudo. He aprendido que es mejor no discutir con ella y así se va más rápido", dijo encogiéndose de hombros. "Y...".

Elliot pareció reconsiderar lo que iba a decir, pero yo tenía demasiada curiosidad como para no preguntar: "¿Y?"

"Digamos que hace unos años me ayudó y siempre me lo recuerda".

Fruncí el ceño ante su respuesta vaga e intrigante. Sin más detalles no podía imaginar a qué se refería Elliot. Podría haber sido cualquier cosa.

"De todas formas, pondré el dibujo de Rose en la nevera, ha sido una gran sugerencia, Fiona", dijo Elliot con una sonrisa genuina que hizo que mi corazón latiera un poco más rápido.

En el fondo, mi afecto por Elliot iba en aumento. Me había resistido, sobre todo ante su frialdad. Pero cada vez que mostraba su lado cariñoso, me daba cuenta de que también me retenía el vínculo que estábamos creando .

Finalmente no quería rendirme aunque mi inseguridad me dijera que debía hacerlo. Quería quedarme con Rose y aunque me avergonzara, también quería estar con Elliot. Y ahora que había conocido a su madre, empezaba a entender por qué se alejaba de ella.

Si mi madre no me quisiera ni me cuidara, también me alejaría de ella. Eso me hizo pensar que su comportamiento no era más que una fachada, una coraza protectora que se había puesto para evitar que le hicieran daño.

Quería traspasarla para poder así encontrar la ternura que escondía tras ella.

Capítulo 15

Fiona

Ese mismo día, mientras Rose dormía plácidamente en su habitación, yo me puse a navegar por las redes sociales sin pensar. Era un hábito, una forma de escapar de la rutina de mi vida cotidiana.

Eso me impedía tener pensamientos inapropiados sobre Elliot. Y después de los comentarios de Regina, eso era aún más importante. No quería averiguar cuáles eran las consecuencias de sus amenazas, no tenía ninguna duda de que sería yo quien las sufriría.

Algo me llamó la atención en Internet. Un concurso de fotografía cuyo premio principal era una exposición en Nueva York.

Me dio un vuelco el corazón cuando leí los detalles. La oportunidad de presentar mi trabajo en un marco tan prestigioso sería para mí un sueño hecho realidad. Era una oportunidad de ser reconocida, de presentar mis fotografías a un público más amplio y de ser apreciada.

Enseguida me asaltaron las dudas amenazando con destruir mis sueños antes incluso de que pudieran hacerse realidad.

Porque antes de pensar siquiera en presentarme, tenía que superar un obstáculo: Necesitaba una cámara nueva. No había ahorrado lo suficiente para poder permitírmela.

El tiempo pasaba volando y el plazo del concurso se acercaba cada vez más. Sólo tenía dos meses para presentarme y ni siquiera tenía cámara. El miedo a perder esta oportunidad me corroía el alma. Ansiaba aprovechar el momento, dar un salto de fe y presentar mi trabajo.

Suspiré y me pregunté si alguna vez volvería a encarrilar mi carrera fotográfica. Me encantaba cuidar de Rose, pero me di cuenta de que no podría hacerlo para siempre. Después de la amarga experiencia con Regina, supe que tenía que pensar en mi futuro y en lo que quería conseguir en mi vida.

Puede que siempre fuera a haber alguien como ella para quién yo no fuera aceptable y no quería pasarme el resto de mi vida siendo considerada inferior por todo el mundo.

Quería hacer realidad mis sueños, tanto profesionales como personales. No podía evitar preguntarme si alguna vez sería lo bastante buena, ya fuera como fotógrafa o en una relación.

La idea de dejar a Rose y Elliot - porque mi carrera estaba despegando o porque Rose ya no me necesitaba- me producía un incómodo dolor en el pecho. No llevaba mucho tiempo aquí, pero odiaba la idea de no poder verlos todos los días.

No ver a Elliot todos los días.

Regina volvió a visitarnos al fin de semana siguiente, mientras Elliot estaba en casa. Al principio me ignoró por completo, lo cual era mejor que ser criticada por ella. Pero incluso eso habría sido mejor que tener que presenciar el trato que le dio a Rose.

Rose había ganado cada vez más confianza en sí misma e iba saliendo de su caparazón. Todavía había momentos en que estaba excesivamente callada, pero la mayor parte del tiempo se reía y correteaba como una niña normal de cinco años.

Cuando Regina entró, Rose saltó hacia ella.

"Abuela, ¿sabías que los canguros llevan a sus bebés en los bolsillos?", preguntó Rose, saltando y simulando ser un canguro.

Llevaba toda la mañana jugando a los animales. Incluso había hecho rugir a Elliot como un león, había sido muy tierno. Más aún porque se notaba que le daba vergüenza. Yo no tenía ningún reparo para eso y me gustaba barritar como un elefante o rascarme las axilas como un chimpancé, lo que hacía que Rose se revolcara por el suelo de risa.

"Ya basta", dijo Regina con severidad y puso una mano firme en el hombro de Rose para impedir que saltara.

Rose se quedó pálida ante mis ojos.

"Ahora ven y siéntate en el sofá conmigo, como una buena chica", le ordenó. Condujo a Rose hasta el sofá.

"Sólo está jugando", dijo Elliot.

"Eso es impropio", insistió Regina. "Ninguna nieta mía debería estar saltando como un animal".

Elliot frunció el ceño, pero lo dejó estar y tomó asiento en la silla de enfrente.

"Y tú", dijo Regina, dándose cuenta por fin de mi presencia, "tráenos café, yo tomaré el mío solo sin azúcar. Seguro que ya sabes cómo lo toma Elliot. Y luego déjanos solos".

Atónita, miré fijamente a Regina. Yo era la niñera de Rose, no una sirvienta a la que podía dar órdenes a su antojo. Elliot nunca me había hablado así.

"Voy a por el café", intervino Elliot y se levantó rápidamente. Me dirigió una mirada de disculpa antes de marcharse a toda prisa.

Regina me miró mal, pero no dijo nada. Volvió su atención a Rose, que estaba desplomada en su asiento.

"Siéntate derecha", le dijo dándole una palmada en el hombro. "Ahora dime, ¿estás aprendiendo a leer ya?"

Rose negó con la cabeza.

"Habla cuando te hablen", exigió Regina. De nuevo, la miré horrorizada. No podía creer que esta mujer pudiera ser tan antipática. Rose volvió a negar con la cabeza.

Elliot volvió con el café y trajo también una taza para mí.

"Gracias", murmuré, lo que me valió otra mirada severa de Regina.

Rose empezó a inquietarse en su asiento y se apartó de Regina.

"¡Estate quieta!", le espetó Regina.

"¡Mamá!" respondió Elliot. Regina lo miró sorprendida. "Rose tiene cinco años, dale un respiro".

Regina entrecerró los ojos y se enfureció. "¿Tengo que recordarte que...".

"No, no tienes que recordarme nada", respondió en voz baja y cortante.

"Dejemos que la abuela y papá hablen tranquilos", sugerí, poniéndome de pie y tendiéndole la mano a Rose. "Podemos pintar en silencio para no molestarles".

Conduje a Rose al otro lado del salón antes de que Regina pudiera descargar su ira contra mí. Rose me apretó la mano para consolarme mientras caminábamos hacia la mesa donde la esperaban sus lápices de colores y sus hojas de papel.

Fingí concentrarme en Rose y su dibujo, pero no perdí de vista a Regina. Quería estar preparada por si ella sentía la necesidad de intervenir y criticarla de nuevo. En lugar de eso, dirigió su mirada hacia Elliot.

"¿Cuándo vas a sentar por fin la cabeza?", quiso saber de repente, sin molestarse en bajar la voz.

Ojalá pudiera haber visto la cara de Elliot para calibrar su reacción a la pregunta. No tenía derecho a estar celosa, pero la idea de que se casara con otra me revolvía el estómago.

Estoy haciendo el ridículo. No es que yo quiera casarme con él.

"Por ahora no pienso casarme", dijo Elliot con frialdad.

Esta respuesta no debería haberme desanimado. No es que yo estuviera pensando en salir con él. Al menos no seriamente. Aunque no podía evitar que de vez en cuando se me pasara por la cabeza.

"¿Por qué no? El matrimonio tiene un efecto relajante en un hombre y ahora que tienes una hija, necesitas una mujer", insistió Regina.

"¿Ah, sí?", preguntó con un tono cortante en la voz. Eché otro vistazo y noté la tensión en los hombros de Elliot. "Bueno, quizá es que aún no he conocido a la mujer adecuada".

"La mujer adecuada es la que viene de una buena familia", enfatizó Regina, "tú vas a escoger bien, a diferencia de tu hermano, que tuvo que casarse con una simple camarera. Necesitas a alguien con su propio patrimonio para estar seguro de que no es una cazafortunas. Alguien con conexiones poderosas para formar alianzas productivas".

"¿Por qué demonios debería preocuparme por las alianzas?", preguntó Elliot, que parecía haberme leído el pensamiento.

"Por el idioma, por ejemplo", dijo Regina bruscamente, mirando a Rose y luego a mí. Volví a mirar rápidamente el dibujo de Rose y esperé que no me hubiera pillado espiando. Estaba garabateando algo con el lápiz de color negro. "¿De verdad tienes que estar aquí? Seguro que Rose puede dibujar sola". Me espetó Regina.

"Fiona puede quedarse", dijo Elliot. Era sólo una pequeña rebelión contra su madre, pero aún así hizo que mi corazón latiera un poco más deprisa. Era normal que saliera en defensa de Rose sin embargo no lo era tanto que lo hiciera en defensa mía.

Regina resopló y se volvió hacia Elliot como si la conversación no se hubiera interrumpido.

"Los pactos fortalecen a la familia, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Tenemos nuestro nombre que mantener y después de tu padre ... "

"No hablemos de eso", la interrumpió rápidamente Elliot.

Esa discusión despertaba mi interés. Me preguntaba si había habido un escándalo y en caso afirmativo de qué se trataba.

"¿Te das cuenta de que mis acciones han perdido un tercio de su valor como consecuencia de ello?", instó Regina.

Me lo imaginaba, sólo le interesa el dinero.

"No creo que sea esa la conclusión más acertada que podemos sacar de esa situación", respondió Elliot con voz de acero. "Y además, no me interesa hacer alianzas".

Regina dejó escapar un suspiro frustrado: "Ojalá hubiera tenido niñas. Son mucho más fáciles de manejar. Podría casarlas en un santiamén".

"Siento decepcionarte", comentó Elliot secamente. "Como no estoy en casa muy a menudo, ahora me gustaría pasar algún tiempo con mi hija", continuó y se puso de pie. "¿Quieres ir al parque conmigo, Rose?".

Rose levantó la vista de su dibujo y sus ojos se iluminaron de emoción.

"¡Sí, papá! Por favor, por favor, por favor", gritó saltando en la silla.

"Entonces preparémonos para partir", dijo con una cálida sonrisa. Luego se volvió de nuevo

hacia su madre. "Eres bienvenida si quieres acompañarnos, por supuesto".

"Ni lo sueñes", replicó Regina con altivez. "¿Todos esos niños gritando?, ni por asomo".

Me las arreglé para disimular mi desagrado ante semejante actitud.

"Lo que tú digas", dijo Elliot sin extrañarse por la reacción de su madre.

Regina se despidió e insistió en que Rose la besara en la mejilla, aunque se podía ver claramente lo incómoda que esta se sentía.

Si Rose fuera mi hija, me aseguraría de que nunca se viera obligada a fingir afecto, pero ese no era mi trabajo.

Regina me ignoró completamente y se marchó después de que Elliot suspirara y la besara también en la mejilla.

"¿Te has divertido coloreando?", preguntó Elliot a Rose, mirando la hoja de papel que había garabateado por todas partes. "¿Qué es eso? ¿Una bruja?"

"Pinté a la abuela", respondió.

Intenté reprimir la risa, pero en cuanto Elliot empezó a reírse, solté una carcajada. Rose rió con nosotros. Su risa era un dulce sonido del que no me cansaría nunca.

"Es un dibujo estupendo", dije.

"Creo que también debería ir a la nevera", convino Elliot. "Lo colgaré junto al otro".

El dibujo al que se refería Elliot era el que yo había puesto antes, el dibujo que Rose había hecho de nosotros tres.

Nos dirigimos al parque y por una vez, Elliot tomó la iniciativa de venir con nosotras en lugar de quedarse atrás mientras yo jugaba con Rose. Ni siquiera miró a las otras niñas ni a las demás mamás mientras estábamos allí. Me di cuenta de que últimamente se estaba sintiendo más cómodo con Rose, como si por fin estuviera aprendiendo a interactuar con ella. Ver eso me enterneció el corazón.

También me hizo pensar de nuevo en la frialdad que Elliot había mostrado anteriormente. Era fácil tacharlo de desinterés, pero quizá fuera más incomodidad que otra cosa. Cada vez pasaba más tiempo con Rose y aunque seguía comportándose de forma profesional conmigo, ya no me parecía tan frío como antes.

Después de ese fin de semana, Regina empezó a aparecer durante la semana mientras Elliot estaba en el trabajo. Tuve que preguntarme si ella lo hacía para que él no pudiera intervenir.

Se pasaba el tiempo con Rose, sin dejarla jugar y tratando de enseñarle modales "adecuados", que consistían sobre todo en que estuviera sentada y callada todo el rato. Odiaba ser testigo de eso e intentaba suavizar en lo posible el rigor de Regina.

Era un difícil ejercicio de equilibrio; no podía atacar directamente a Regina y tenía que seguir siendo profesional. Cada vez que intentaba intervenir, Regina insistía en que sabía muy bien qué era lo mejor para su nieta y me indicaba sin ambages que insistiría en que Elliot buscara otra niña si seguía cuestionándola.

El recuerdo constante de que mi lugar aquí estaba en peligro y podían arrebatármelo fácilmente me ponía nerviosa. A menudo pensaba en cómo habían despedido a mi madre en cuanto mi padre dejó de necesitarla.

Lo mejor que podía hacer por Rose era intentar compensarla cuando Regina no estaba. Me aseguraba de que tuviera mucho tiempo para jugar. Intentaba enseñarle cosas nuevas de forma

divertida y, lo más importante, le proporcionaba un entorno cálido y acogedor en el que pudiera sentirse segura. Al final de cada jornada, me sentía agotada pero satisfecha. Podía ver lo que estaba logrando, sin importar lo que Regina intentara.

Me gustaría poder hablar con Elliot, pero no me atrevía. Sabía que no debía involucrarme en su política familiar. Sin embargo, cuanto más me unía a Rose, más deseaba hablar con él de ello. ¿Qué sería eso tan horroroso sobre él que sabía Regina? Por supuesto, podía ver lo tóxica que era y no había mucho que pudiera hacer al respecto, sobre todo porque yo no era de la familia. Aunque a veces parecía que sí, al menos para Rose.

Por supuesto había muchas más cosas que quería hacer con Elliot, pero trataba de mantenerlas alejadas de mi mente la mayor parte del tiempo. A veces, a altas horas de la noche, cuando estaba agotada y a la vez eufórica por un día ajetreado, mi mente vagaba sin control. Recordaba mi aventura con Elliot y anhelaba volver a sentirle.

Nunca había experimentado nada igual. Todavía me sonrojaba cuando pensaba en lo valiente y lo libre que había sido con él. El recuerdo de sus caricias me aceleraba el corazón. No entendía cómo un hombre podía desencadenar tantos sentimientos en mí.

Capítulo 16

Fiona

El final del verano fue caluroso y seco. Un fin de semana Elliot nos organizó una excursión al zoo.

Rose saltaba entusiasmada y hablaba de los animales que quería ver. Su entusiasmo era contagioso y me dejé llevar por su emoción. Fueron momentos como éste los que hicieron que todos los retos que me ponía la estirada de Regina merecieran la pena.

Cuando llegamos al zoo, Rose desató corriendo su cinturón de seguridad. Estaba deseando salir a ver los animales, sobre todo a los pingüinos.

"Voy a por la bolsa", dijo Elliot y se fue al maletero. Yo me quedé atrás para sacar a Rose del asiento del coche.

"¿Qué es lo que más te apetece?", le pregunté mientras le ayudaba a acabar de quitarse el cinturón de seguridad y a salir del coche.

"Todo", respondió con una amplia sonrisa. Últimamente sonreía mucho más a menudo. Hacía tres meses que era su niñera y me costaba creer el cambio que había dado en tan poco tiempo.

"¿Estamos listos para entrar?", sonrió Elliot, que se había colgado al hombro la bolsa con las cosas de Rose. Siempre me aseguraba de llevar bocadillos, algo de beber y ropa por si Rose tenía demasiado calor o demasiado frío, así como cualquier otra cosa que pudiéramos necesitar.

"Déjame llevar la bolsa", le ofrecí.

Me la entregó y nuestros dedos se tocaron brevemente al cogerla. Sólo un pequeño roce y no pude evitar que se me cortara la respiración.

Cada vez me resultaba más difícil comportarme profesionalmente con Elliot. Cuanto más se desvanecía su dura fachada, más me gustaba. Entendía por qué Harrison era amigo suyo; realmente era la buena persona de la que Harrison me había hablado.

Mientras cruzábamos las puertas del zoo, Rose agarró a Elliot de la mano y sus ojos se abrieron de par en par con asombro. Señalaba a todos los animales que veía y su voz estaba llena de curiosidad. Elliot respondía pacientemente a sus interminables preguntas y le contaba datos interesantes sobre los animales que veíamos. Iba camino de convertirse en un buen padre.

Les seguí unos pasos y observé su interacción con una mezcla de alegría y nostalgia. Era agradable ver a Elliot asumir su papel de padre y no podía evitar imaginarme cómo sería tener mi propia familia con él. Pero esos pensamientos se quedaban encerrados, enterrados en lo más profundo de mi ser. No podía permitirme ni siquiera pensar en ello. No, mientras los límites de nuestra relación como empleador y empleada estuvieran firmemente trazados.

A menudo deseaba tener una cámara, sobre todo en momentos como éste. Rose corrió hacia donde estaban los monos, arrastrando consigo a un sonriente y complaciente Elliot. Quería capturar el momento. El entusiasmo de Rose y sus grandes ojos, tan distintos de los de la chica tímida que había conocido la primera vez. Y la expresión feliz de Elliot mientras la máscara que se había puesto con tanta firmeza desaparecía poco a poco.

Finalmente, nos encontramos frente al recinto de los leones. Los ojos de Rose se abrieron de par en par con asombro y una pizca de miedo al contemplar las majestuosas criaturas que se recostaban al sol. Elliot se agachó a su lado, le señaló las características de los leones y le explicó su comportamiento.

"Mira, Rose", dijo, con una voz llena de calidez y fervor. "Estos leones son los reyes y las reinas de la selva. Son fuertes y poderosos, como tú".

Rose le miró, con los ojos brillantes de admiración. "¿Crees que podría ser un león cuando sea mayor, papá?".

Elliot sonrió y le alborotó el pelo cariñosamente. "Ya eres feroz y valiente, así que ¿quién sabe? Quizá algún día seas la reina de los leones".

"A veces no me siento muy valiente", confesó.

Di un paso adelante, dispuesta a consolar a Rose, pero no tenía por qué preocuparme. Elliot se arrodilló junto a ella.

"No pasa nada", la tranquilizó, "no creo que haya nadie que sea siempre valiente".

"¿Ni siquiera tú?", preguntó con los ojos muy abiertos.

"Ni siquiera yo", admitió, y se me encogió el corazón. No estaba acostumbrada a este tipo de vulnerabilidad por su parte. "Pero la valentía no consiste en no tener nunca miedo, sino en hacer cosas incluso cuando tienes miedo".

Rose se lo pensó un momento y luego asintió.

"¿De verdad crees que podría ser la reina de los leones?", preguntó mirando a Elliot con asombro.

"Creo que puedes ser lo que quieras", confirmó. "Creo que te parecerás a esa leona de ahí".

Elliot señaló a una leona que caminaba entre los leones que holgazaneaban. Se acomodó junto a un león macho cuya melena era más pálida que la de los demás.

"Creo que esa leona se parece más a Fiona", comentó Rose. "Y ese eres tú, papá".

Señaló al león macho justo cuando ambos empezaban a abrazarse.

"Y ese soy yo", anunció, mientras un joven león bullicioso cargaba hacia los otros dos y se abalanzaba sobre ellos, haciéndonos reír a todos.

Elliot intercambió una mirada conmigo mientras la leona lamía la cara del león macho.

"Sí", asintió. "Tienes razón, Rose".

Tragué saliva e intenté no darle demasiada importancia.

"Cuando sea la reina de los Leones, mi primera regla será comer helado todos los días", continuó Rose, proporcionando una distracción bienvenida. Elliot empezó a hablar con ella sobre qué otras reglas querría poner.

Observaba sus intercambios con una mezcla de ternura y añoranza. Elliot tenía una forma maravillosa de hacer que Rose se sintiera especial y querida y eso me llegó profundamente al corazón.

Nos tomamos un descanso para comer y mientras Rose estaba ocupada con sus nuggets de pollo con forma de animal, pillé a Elliot mirándome fijamente.

"¿Qué?", quise saber y me pregunté si tenía algo en los labios y me los froté por precaución.

"Nada", respondió un poco a la ligera.

Fruncí el ceño, pero él no dijo nada más y apartó la mirada de mí.

Mientras conducíamos de vuelta a casa, Rose se quedó dormida en el asiento trasero y su rostro apacible contrastaba con la tormenta de emociones que me invadía por dentro. Miré a Elliot, que miraba atentamente hacia la carretera, y me pregunté si alguna vez me había visto como algo más que la niñera.

"Sabes que los leones no viven en la selva, ¿verdad?", le pregunté a Elliot, tratando de distraerme de los sentimientos que amenazaban con abrumarme.

"¿Qué?", preguntó Elliot riendo.

"Le dijiste a Rose que los leones son los reyes y las reinas de la selva, pero viven principalmente en la sabana", le expliqué, sintiéndome como una pardilla integral.

"¡No...pero si hasta hay una canción sobre leones que dice que viven en la selva!", replicó Elliot con gran seriedad. Sólo me di cuenta de que estaba bromeando cuando me sonrió. No había visto esa expresión en su cara desde nuestra cita de hacía meses. En ese momento miles de mariposas revolotearon en mi estómago.

Pero el humor de Elliot se desvaneció demasiado rápido y vi que se mordía el labio inferior.

"Rose está bien, ¿verdad?", preguntó de repente, mirando por el retrovisor para ver cómo estaba.

"Está muy bien", respondí con sinceridad. "Es simpática, amable y le encanta aprender".

"¿Y crees que ella es... ¿feliz?", preguntó dubitativo.

"Sí, desde luego", dije. Entonces se me ocurrió que ese era el mejor momento para mencionar a la madre de Elliot. "Sólo hay una cosa que me preocupa".

Me miró, con cara de asombro.

"¿Qué?", preguntó con preocupación audible.

"No sé cómo decirlo, pero tu madre...", empecé, intentando encontrar las palabras adecuadas para no ofenderle. Tenía que haber algo más de lo que Elliot había insinuado. La felicidad de Rose estaba por encima de las amenazas de Regina.

"Puede ser un poco controladora", Elliot terminó la frase por mí. "Ella era así cuando éramos pequeños, estricta y seria todo el tiempo. Mi hermano gemelo Desmond y yo siempre nos peleábamos mucho con ella".

"¿Puedo preguntarte por qué dejas que sea tan estricta con Rose?", me aventuré a decirle.

Elliot suspiró, pero no parecía enfadado conmigo.

"Supongo que sabe lo que hace", respondió, sin parecer muy seguro. "Ha criado a dos niños y es verdad que no fue una educación perfecta, pero Desmond y yo nos hemos desarrollado bien. Somos seres humanos funcionales. Especialmente desde que él... y... yo, no tengo ni idea de ser padre. Sólo me preocupa..."

Elliot se interrumpió, pero podía sentir que las palabras que estaba a punto de decir le pesaban.

"¿Sí?", le pregunté suavemente, esperando que se abriera. Se hizo el silencio y continuó al cabo de un segundo, con la voz baja y ansiosa.

"Me preocupa meter la pata", confesó. "¿Y si no soy un buen padre y acabo haciéndole daño? Ya ha sufrido mucho".

Casi se me parte el corazón. Había adivinado que, para empezar, no confiaba en sus capacidades, pero no me había dado cuenta de lo arraigados que estaban sus miedos. Elliot desprendía una tranquila confianza en cada tarea que realizaba y era difícil darse cuenta de que llevaba tanto miedo e inseguridad dentro.

Bienvenido al club.

"Creo que muchos padres se preocupan por eso", intenté tranquilizarle. "Pero la mayoría de ellos tienen la ventaja de poder adquirir experiencia desde el principio y crecer con sus hijos. Tú llegaste demasiado tarde y te metiste de lleno. Pero si me preguntas, creo que eres un gran padre".

"¿En serio?", preguntó, aferrándose a mi aprobación como si significara algo para él. El corazón se me aceleró en el pecho.

"Absolutamente", confirmé. "Rose tiene suerte de tenerte".

Los hombros de Elliot se relajaron e incluso de perfil pude ver que la preocupación desaparecía

de su rostro.

"Gracias", dijo, mirándome y poniendo una mano en mi rodilla. El contacto fue leve y breve, pero hizo que mi piel se calentara y que mi cuerpo lo deseara tanto como la primera vez que nos besamos.

Elliot volvió a centrar su atención en la carretera y condujimos el resto del camino a casa en silencio, pero los pensamientos retumbaban con fuerza en mi cabeza. No sólo me sentía atraída por Elliot, sino que ahora ya no podía negármelo a mí misma. Sentía algo por él y no estaba segura de si podía hacer algo al respecto.

Capítulo 17

Elliot

"Rose, cállate", le espetó mi madre a mi hija mientras jugaba con su pingüino. Había estado agitando las aletas de Magia y hablando con el juguete sobre cómo hacer helado de chocolate en el Polo Sur. Ahora abrazaba a Magia contra su pecho y sus ojos azules se llenaban de lágrimas.

"Mamá, ya basta", le dije. Después de mi conversación con Fiona en el coche de camino a casa desde el zoo, me sentía más seguro en mi papel de padre. A ella debía agradecerle casi todo lo que sabía sobre cómo tratar a Rose. Cada vez que sentía que me estaba atascando, podía mirar a Fiona y recibir un gesto de aliento o una sonrisa de aprobación y se me levantaba el ánimo. Y sabía que tenía razón sobre lo estricta que era mi madre con Rose.

"Rose tiene que aprender a comportarse como una dama", respondió mi madre con firmeza.

"Tiene cinco años", la reprendí. "Debería jugar, divertirse. Sentirse segura".

"No tienes ni idea de lo que es ser padre", replicó. "Piensa en todo lo que he hecho por ti".

Apreté los puños de impotencia. No era un hombre que se dejara impresionar por los insultos y las amenazas, aunque fueran infundadas, sin embargo a mi madre le encantaba reprocharme mis errores y ya estaba harto.

"Rose es mi prioridad", expliqué, manteniendo mi ira bajo control por el bien de Rose. "Si no puedes respetar mis decisiones como padre, entonces tal vez deberíamos pensar en cuánto tiempo pasas con ella".

Apretó los labios. Si algo tenía en común con mi madre era que odiaba los insultos y las amenazas tanto como yo.

"Asegúrate de no decir nada de lo que puedas arrepentirte después", me advirtió. "Deberías saber que tu pasado está al acecho".

La miré fijamente. No estaba acostumbrado a dar mi brazo a torcer. Antes de Rose había pensado que mi reputación lo era todo. Pero mis prioridades habían cambiado.

"Muy bien", dijo finalmente, sorprendiéndome. No esperaba que se echara atrás. En realidad me preocupó. "Quería hablarte de otra cosa de todos modos".

"¿Y de qué?", pregunté con suspicacia.

"Cálmate", me dijo. Tuve que controlarme para no hacerle una mueca desagradable.

"Otra vez no", gemí.

"Puede que haya fracasado en casar a tu hermano con una esposa adecuada, pero no fracasaré por segunda vez. No sé por qué me castigaron con tener sólo varones. Si hubiera tenido hijas, podría haberme asegurado de que se casaran con quien fuera mejor para nuestra familia. En cuanto a Rose, ya he pensado en sus perspectivas de futuro".

"Tiene cinco años", repetí, esperando que mi madre se diera cuenta de lo ridículo de su razonamiento.

"Si hubiera empezado antes contigo, las cosas habrían sido diferentes", respondió con frialdad. Sabía que no se refería sólo a mi estado civil.

Empezó a hablar de varias damas disponibles de familias influyentes y de quién sería un buen partido para mí. Al menos dejó en paz a Rose durante el resto de su visita.

Me alegré de que fuera domingo y de que Fiona no hubiera presenciado nada de esto. No

quería que me hiciera preguntas sobre mi pasado.

Quise sorprenderla preparando la cena, así que cuando llegó me encontró en la cocina. No se me daba muy bien cocinar, pero conseguí hacer espaguetis a la boloñesa.

"No sabía que supieras cocinar", comentó Fiona cuando nos sentamos todos a la mesa del comedor.

"Soy una caja de sorpresas", respondí con una media sonrisa.

"Sí". Dijo, y me lanzó una mirada que me produjo un escalofrío. "Lo eres".

Hubiera hecho cualquier cosa para que hubiera seguido mirándome así.

Sentía cierto dolor al estar cerca de Fiona, pero era un dolor que podía soportar. Sin duda era mejor para todos mantener las distancias. Todavía la añoraba y a menudo me encontraba mirando sus hermosos labios cuando ella no me estaba mirando. Al menos podía disfrutar de su compañía, que ya era algo.

Empecé a pasar más tiempo en casa. Cuanto más me involucraba con Rose, menos me apetecía quedarme hasta tarde en el trabajo y no había ido a ninguna fiesta desde que ella se mudó conmigo. Me sorprendió que no las echara de menos en absoluto. En realidad era más satisfactorio quedarme en casa con mi niña que estar rodeado de un mar de desconocidos.

Y luego estaba Fiona. Me encantaba volver a casa y que estuviera ella, por mucho que me doliera admitirlo. Nunca me había dado cuenta del atractivo de la vida hogareña. Había algo reconfortante en cenar tranquilamente y saber qué habían hecho ella y Rose ese día. A veces veíamos una película infantil con Rose, que normalmente se quedaba dormida. Esas veladas tan acogedoras eran algo muy especial.

Los fines de semana hacía pequeñas excursiones con Rose, siempre acompañado por Fiona. Al principio ella intentaba mantener las distancias, siempre conteniéndose y dejando el tiempo padre-hija para Rose y para mí. No podía soportarlo. La quería con nosotros.

Así que me aseguré de incluirla lo más a menudo posible, siempre preguntándole su opinión o si quería unirse a nosotros. Tardó algún tiempo en atreverse, pero luego se dio cuenta de que estábamos muy agusto con ella y se quedó a nuestro lado. Habría disfrutado del tiempo con Rose de todos modos, pero sin duda me sentía más cómodo con Fiona. Sin embargo esa no era la razón por la que la quería con nosotros. Si no podía acostarme con ella, cosa que ansiaba desesperadamente, al menos podía tener su atención, su conversación, su compañía.

Después de una de esas salidas, cuando Rose se estaba echando la siesta tras un día largo y agotador, Fiona y yo nos quedamos a solas en el salón. No habíamos estado a solas desde la pesadilla de Rose.

"Será mejor que guarde sus cosas", dijo Fiona y empezó a recoger los juguetes que estaban esparcidos por todas partes.

"Te ayudaré", respondí y le ayudé a ordenar. No podía hacer otra cosa y no quería quedarme ahí mirando.

"No tranquilo, está bien", trató de esquivarme. "Quiero decir, es mi trabajo después de todo".

Me encogí de hombros y seguí ayudando.

"Eres realmente genial con ella", comenté mientras ordenábamos juntos. "Me alegro mucho de que Harrison te sugiriera para el trabajo".

Incluso aunque me resulte difícil mantener mis manos fuera de ti.

"Gracias", dijo Fiona con una sonrisa. Eso hizo que mi corazón latiera un poco más fuerte. "Siempre he querido tener mis propios hijos, pero..."

"¿Pero?", pregunté, aunque se me hizo un nudo en el estómago ante la idea de que se marchara,

tuviera hijos y nos abandonara.

"Bueno, no puedo decir que haya tenido suerte en el amor", admitió con un tímido encogimiento de hombros.

Eso me produjo cierta alegría. Me habrían invadido los celos de haber sido de otra manera.

¿Pero por qué demonios tendría que importarme la vida amorosa de Fiona?

"Eso es que tus antiguos amigos debían de ser idiotas", dije, sorprendiéndome a mí mismo con la pasión de mis palabras.

Se rió y el sonido me hizo sentir calor en el pecho.

"Sí, podría decirse eso", asintió. "Pero quizá también soy yo la idiota porque elegí a los hombres equivocados".

"Tu pérdida es mi ganancia", respondí sin pensar.

Levanté la vista y vi a Fiona mirándome con los ojos muy abiertos. Me aclaré rápidamente la garganta.

"Quiero decir que quizá no habrías aceptado el trabajo si... hubieras tenido una relación", le expliqué.

"Por supuesto", murmuró Fiona y apartó la mirada.

Esperaba no haberle hecho daño. Terminamos de ordenar el salón y ambos cogimos el último juguete al mismo tiempo. Nuestras manos se tocaron, pero ninguno de los dos se separó. La miré y nuestros ojos se encontraron. El tiempo pareció alargarse, los segundos se hicieron inimaginablemente largos.

"Y ... me gusta tenerte aquí", susurré.

Fiona volvió a sonreír y me di cuenta de lo mucho que me gustaba hacerla sonreír.

Y me di cuenta de que, por mucho que deseara repetir nuestra única noche en el coche, ya estaba extrañamente satisfecho con su amistad. No tan satisfecho como para no aprovechar la oportunidad de acostarme con ella, pero ya que eso era imposible, al menos la tenía en mi vida.

"A mí también me gusta estar aquí", respondió ella.

Nunca había sentido tantas ganas de besarla. Solo tenía que inclinarme hacia delante para unir la brecha que nos separaba.

Entonces Fiona cogió el juguete y lo puso con los demás, el momento había terminado... Tal vez no era exactamente amistad, pero esa era la única palabra que podía encontrar para lo que había entre nosotros. No podía ser otra cosa que eso. Fiona nunca había insinuado siquiera que quisiera algo más y yo no quería poner en peligro lo que teníamos.

Ya no podía negar -al menos no a mí mismo- que mis sentimientos por Fiona eran algo más que un deseo sexual.

Un día caluroso, cuando Fiona ya llevaba algún tiempo de niñera, le propuse ir a la playa.

Cuando pensaba en ello, me imaginaba en cómo construir un castillo de arena con Rose o ayudarla a saltar sobre las pequeñas olas que rompían en la orilla.

Lo que no me había imaginado era ver a Fiona en un escueto bikini rosa. Apenas podía apartar los ojos de ella.

Me sentía estúpido. No es que no estuviera acostumbrado a ver a mujeres desnudas o con poca ropa. Pero nunca había visto a Fiona así antes.

No sabía qué me gustaba más: la delicada turgencia de sus pechos por encima de la parte

superior del bikini o la suave curva de sus caderas. Quizá la suavidad de su delgado vientre o la tonicidad de sus muslos. Pero entonces se dio la vuelta y pude ver la curva de su espalda y su trasero perfecto. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no babear.

Tenía que controlarme. No podía comportarme como un adolescente cachondo. Rápidamente volví a centrarme en mi hija e hice todas las cosas que debería haber hecho con ella durante años. Me di cuenta de que no era necesariamente culpa mía no haber sabido nada de ella, pero seguramente si no hubiera sido un adicto al trabajo, Sarah podría haberme hablado antes de nuestra hija.

Hice todo lo posible para que fuera el mejor día de playa para Rose e intenté recuperar el tiempo perdido. Los tres construimos un castillo de arena y luego Rose fingió ser un gigante y aplastó las torres con sus piecitos mientras gritaba "¡Arrgh!".

Estuvimos un rato en el agua, pero sólo en la parte menos profunda y me aferré a Rose todo el tiempo porque tenía miedo de perderla. Quizá estaba siendo demasiado precavido, pero era mejor que ser imprudente.

Dios, la paternidad me había cambiado tanto. Nunca me había preocupado por la seguridad de nadie.

Estaba tan distraído con todo aquello que incluso tener a Fiona a mi lado en bikini todo el rato ya no era para tanto. Estaba a punto de felicitarle por mi autocontrol hasta que compramos helado a un vendedor de la playa y tuve que ver cómo lo lamía.

Sé que no lo hacía para provocarme pero deseaba que su lengua me lamiera a mí en lugar de su helado.

Nunca me había alegrado tanto de que Rose se cansara y pidiera irse a casa. Recogimos nuestras cosas y emprendimos el camino de vuelta. Me distraje charlando con Rose durante el viaje de vuelta y preguntándole qué le había parecido la playa y qué le había parecido más bonito.

Cuando llegamos a casa, Rose subió a dormir la siesta y le dije que iría enseguida. No le gustaba dormirse cuando ni Fiona ni yo estábamos en la habitación.

"Puedo sacar yo todo lo del coche si quieres subir", se ofreció Fiona, que ya estaba sacando la bolsa de cubos y palas que había comprado para la ocasión.

"No, déjame a mí", protesté y alargué la mano para coger la bolsa grande. Mis dedos rozaron el dorso de la mano de Fiona y el pequeño contacto hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Había evitado frenéticamente tocarla, asegurándome de no estar nunca lo bastante cerca como para caer en la tentación.

Me quedé helado y ella también. Nos miramos a los ojos y sólo entonces me di cuenta de lo cerca que estábamos. Sólo hubiera tenido que inclinar la cabeza para haberla besado.

Mi mirada se deslizó hasta aquellos labios perfectos y pensé en su aspecto mientras comía helado, sobre todo cuando se lamió una gota de helado de vainilla de los labios.

Esperaba que Fiona se apartara, que pusiera fin a este frágil y embriagador momento con vergüenza o enfado. Pero se limitó a mirarme fijamente con aquellos profundos ojos azules que me eclipsaban y sus labios rosados se entreabrieron ligeramente.

¿Realmente estaba tan mal si ambos lo deseábamos? ¿Arruinaríamos todo si confundiéramos los límites entre el trabajo y la vida privada?

¿Por qué no derribar las fronteras por completo?

Justo cuando estaba a punto de ceder, Fiona apartó la mirada y torció la boca en una mueca. El pulso se me aceleró al sentir su calor. Podría haber destruido lo que teníamos si me hubiera

dejado llevar. Y yo era un idiota por creer que este momento estaba teniendo lugar, en otro lugar que no fuera mi imaginación.

"Toma", dijo rígida y me entregó la bolsa. "Me llevaré todo lo demás".

Era la personificación de la profesionalidad. Me dejó avergonzado. Cogí la bolsa y me fui rápidamente.

¿Qué demonios me pasaba?

Repasé el momento en mi cabeza y reinterpreté la expresión facial y el lenguaje corporal de Fiona. Probablemente la había sorprendido y ella me había mirado estupefacta. Ella había establecido la norma de que todo debía seguir siendo profesional, así que ¿por qué demonios no podía yo respetarla? Claro que teníamos química, pero eso no significaba que quisiera más de mí.

Subí las escaleras y me senté con Rose mientras se dormía, acariciando su pelo rubio y rizado hasta que respiró apaciblemente y sus ojos se cerraron con fuerza.

Cuando salí de la habitación de Rose, oí a Fiona metiéndose en la ducha.

Intenté de nuevo no pensar en lo bien que le quedaba el bikini y en lo mucho que me habría gustado arrancárselo.

Fiona

Pasar todo el día con Elliot mientras él se paseaba en bañador había sido una dura prueba.

Intenté no mirarle demasiado, pero me costó. Los delgados músculos de Elliot relucían, primero con un ligero brillo de sudor bajo el ardiente sol, luego con las gotas del agua del mar. Mis ojos siguieron las líneas de sus músculos, desde el pecho hasta el vientre, bajando hasta la parte superior de sus pantalones cortos, donde un mechón de pelo rubio oscuro me descubrió lo que había debajo.

En las últimas semanas habíamos estrechado lazos. Elliot había asumido un papel mucho más activo como padre y pasaba más tiempo en casa. Me mostraba constantemente su ingenio y su encanto. Parecía disfrutar haciéndome reír. Y eso ocurría a menudo. Los límites entre lo profesional y lo personal eran cada día más difusos, pero tenía miedo de dar un paso más por muchas razones.

La mayor parte del tiempo no tenía ningún problema con ello. Disfrutábamos de una cercanía que rozaba el romance, pero nunca cruzábamos esa línea. Podía vivir con ello, aunque seguía sintiéndome atraída por él. ¿Cómo no iba a sentirme atraída por su aspecto? Pero lo mantuve en secreto. Era más fácil controlar mis deseos sexuales que ignorar mi lado romántico. Pero cuando Elliot me sonrió mientras Rose pisoteaba su castillo de arena, se me revolvió el estómago como si una ola me hubiera pasado por encima.

Pero eso no fue nada comparado con el momento en la entrada de la casa. Un toque tan simple. Sus dedos en el dorso de mi mano y de repente mi cuerpo ardía de deseo, tan fuerte que lo único que podía hacer era quedarme paralizada. Miré a Elliot, deseando besarle desesperadamente.

Sabía que si daba ese paso, no habría vuelta atrás. Por mucho que lo deseara, no podía arriesgar mi seguridad económica. Y si él no sentía lo mismo o las cosas no funcionaban entre nosotros, podría no volver a verle ni a él ni a Rose. Se habían convertido en una especie de familia para mí.

Dejé de pensar en ellos y sentí una punzada de dolor ante la idea de perderlos. Le entregué a Elliot la bolsa con la que había intentado ayudarme y me volví hacia el resto de cosas que aún quedaban en el coche. Elliot no dijo nada, sólo cogió la bolsa y se marchó.

Una vez que lo tuve todo dentro, me escapé a mi habitación para calmarme. Aunque me sentía destrozada por lo que acababa de pasar, mi cuerpo no había recibido el memorándum. Seguía añorando a Elliot.

Decidí darme una ducha y quitarme el día de encima. Cuando el agua golpeó mi cuerpo, sentí lo sensible que estaba. Semanas, meses de abstinencia debían de estar pasándome factura, si un simple roce bastaba para desesperarme.

Sabía que era inútil intentar controlarme; sólo conseguiría frustrarme más. Suspirando, me apoyé en las frías baldosas y me permití un momento de debilidad. Imaginé a Elliot conmigo y, después de lo de hoy, tenía una idea detallada de su aspecto cuando entrara en la ducha, con el pecho reluciente por el agua.

Quería que me apretara contra la pared y me besara con la misma desesperación que yo sentía. Me toqué el cuello y recordé lo que sentí cuando me besó allí. Luego me llevé las manos a los pechos, agarrándolos y apretándolos, deseando que fueran las manos de Elliot. Me pellizqué los pezones con un poco de brusquedad y sentí que el calor crecía en mi interior. Quería que Elliot me tomara, que me hiciera suya.

Me pasé los dedos por el vientre e incluso más abajo, dejándolos resbalar entre los labios y jadeando al tocarme el clítoris. Incluso con el agua corriendo sobre mí, notaba lo mojada que estaba. Elliot me excitaba como ningún otro hombre.

Hundí los dedos más profundamente, pensando en cómo Elliot había metido los suyos dentro mío. Eran mucho más gruesos que los míos y él sabía exactamente cómo tocarme para hacerme estremecer. Me pregunté si se arrodillaría, me frotaría el sexo contra su cara y me haría gozar con su lengua. Después de todo, no podría hacer ninguno de sus chulescos comentarios ingeniosos cuando su boca estuviera ocupada con mi coño.

Me estremecí y deseé que Elliot estuviera aquí de verdad en vez de imaginármelo. Ahora no iba a pensar en todas las razones por las que no deberíamos hacerlo. No, mientras mi cuerpo palpitaba de deseo.

Me tragué un gemido, sabiendo que sería imposible ignorarlo. Me froté el clítoris con la mano libre mientras me metía un dedo con la otra. Me frotaba en círculos rápidos, iba directa hacia la meta. Enrosqué los dedos, buscando el punto sensible que Elliot había encontrado con tanta facilidad.

Un gemido grave se escapó de mis labios al sentir que mi orgasmo crecía. Moví las caderas, deseando que el enorme cuerpo de Elliot estuviera apretado contra mí, que pudiera sentir sus músculos y su piel desnuda. Continué con más fuerza y más rápido, frotándome con los dedos mientras mi mente se llenaba de una combinación de recuerdos y fantasías. La noche en el coche parecía tan lejana, sin embargo mi cuerpo la recordaba como si fuera ayer.

Me mordí el labio mientras me corría y reprimí mi gemido hasta que se desvaneció en un quejido. Cuando por fin dejé de tocarme, me quedé sin aliento. Me envolvían latigazos de satisfacción, pero no con tanta fuerza como me hubiera gustado. A pesar de mi potente orgasmo, mi deseo por Elliot no había disminuido. Pero al menos me había quitado de encima la excitación por el momento.

Capítulo 18

Elliot

Tres días después de nuestro día de playa, recibí algo por correo que me llamó la atención de inmediato. Una invitación a la boda de mi hermano gemelo Desmond con Lucy, la mujer de la que se había enamorado perdidamente.

Con todo lo que me había pasado últimamente en la vida, especialmente convertirme en padre, casi había olvidado que ya era hora de ir a verlos. Había descuidado mis deberes como padrino, pero aún estaba a tiempo de cambiar eso. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Cuando tuve en mis manos la elegante tarjeta dorada, me invadió la emoción. Me alegré de verdad por Desmond y por primera vez me pregunté si yo no podría ser feliz con una vida así. Me alegré de que se casara con el amor de su vida.

La invitación era para mí más una acompañante y mis pensamientos se centraron inmediatamente en Fiona. Sabía que la quería a mi lado, no sólo como niñera de Rose, sino como mi mujer, se había convertido en una parte importante de mi vida.

Fiona había estado conmigo en las buenas y en las malas, siendo testigo de mi viaje como padre y apoyándome en cada paso del camino. Puede que a veces consiguiera suprimir mi deseo por ella, o al menos desterrarlo a las profundidades de mi mente por el momento, pero eso sólo lo hacía aumentar. Quería pasar más tiempo con ella. Como si pudiera compensar la falta de intimidad física con más tiempo a su lado.

"Hola, Fiona", le dije y entré en el salón, donde estaba absorta en un libro. "Pronto se celebrará la boda de mi hermano. Creo que deberías venir, sobre todo porque también llevaré a Rose y le presentaré al resto de la familia. Desmond y Lucy tienen una hija de un año. Aún no han tenido ocasión de conocer a Rose".

Fiona levantó la vista, con una expresión entre sorprendida y vacilante. "¿Ah, sí? ¿Seguro que quieres que vaya contigo?".

"Por supuesto, significaría mucho para mí que pudieras venir conmigo", afirmé. Luego me di cuenta de cómo había sonado y añadí rápidamente: "Me vendría muy bien tu ayuda con Rose".

"Los dos sabemos que no me necesitas, tienes muy buena relación con Rose", respondió. Sus ojos parpadearon con incertidumbre. "Te agradezco mucho la invitación, Elliot, pero no estoy segura de que sea buena idea. Regina...bueno, no creo que agradezca mi presencia".

"No te preocupes por mi madre", la tranquilicé y me acerqué más a ella. "Estaré contigo y te cubriré las espaldas. Además, soy el padrino y prefiero que Rose se sienta a tu lado durante la ceremonia. Va a conocer al resto de la familia por primera vez. Significaría mucho para ella que tú estuvieras allí".

La incertidumbre de Fiona pareció remitir al pensar en mis palabras, pero me di cuenta de que aún no estaba convencida del todo. "Pero no tengo nada adecuado para llevar a una boda como esta".

Una sonrisa maliciosa se dibujó en mi cara cuando se me ocurrió una idea.

"Bueno, eso no es problema. Rose también necesitará un vestido, así que ¿qué tal si vamos de compras todos juntos? Piensa en ello como mi manera de recompensarte. Es lo menos que puedo hacer para mostrarte mi agradecimiento".

Los ojos de Fiona se abrieron de par en par. "No puedo pedirte que hagas eso", dijo demasiado seria para mi gusto.

"No lo harás; me ofrezco", le aseguré.

"No me gusta aceptar limosnas", insistió, pero tuve la sensación de que había algo más en juego que su orgullo. Había una mirada especial en los ojos de Fiona, algo parecido al dolor.

"Esto no es caridad", dije, intentando navegar por lo que parecía territorio enemigo sin saber cuál era el peligro. Sus grandes y expresivos ojos me miraron y no pude evitar sentir una oleada de deseo mezclándose con mi determinación. "Considéralo un gesto de gratitud por todo lo que ya has hecho por nosotros. Pasaremos un buen día los tres solos. Y como dije, Rose también necesitará un vestido".

Fiona parecía indecisa. Eso era una mejora, porque significaba que al menos lo estaba considerando.

"Me harías un gran favor si vinieras conmigo", le insistí, esperando que un empujoncito no la desanimara. "Por favor".

Contuve la respiración mientras Fiona se lo pensaba. Cuando por fin asintió, tuve que reprimir un suspiro de alivio.

"Gracias", dije.

"Pero... No hay que exagerar, ¿vale?", exigió. "No necesito nada lujoso".

"Claro, como quieras", mentí. Ya estaba planeando concederle un vestido a su altura.

La emoción bullía en mi interior mientras imaginaba nuestra salida de compras. No era frecuente en mí mimar a otras personas y me di cuenta de lo mucho que disfrutaba haciéndolo. Me encantaba mimar a Rose, aunque tenía cuidado de no excederme del todo. A veces. La idea de hacer lo mismo con Fiona me entusiasmaba.

Pero mi pecho se llenó aún más de gozo cuando me di cuenta de que Fiona nos acompañaría a la boda. Estaba deseando verla en traje de noche y probablemente me costaría no tocarla, pero el deseo de tenerla allí era mucho más profundo. Significaba más para mí de lo que podía expresar con palabras.

No sabría decir exactamente cuándo había ocurrido, pero Fiona se había convertido en algo parecido a mi familia. Quizá incluso mejor que mi familia, teniendo en cuenta que ya no hablaba con mi padre y que mi madre era, bueno, mi madre. Habría sido un error no llevarla conmigo, pero también sabía que iba por un camino peligroso.

Fiona se había involucrado en mi vida mucho más de lo que yo esperaba.

Unos días más tarde, nos embarcamos en nuestra extravagante salida de compras. Estaba decidido a hacer que esta experiencia fuera memorable y fastuosa, para demostrar a Fiona que no hay nada malo en derrochar un poco de vez en cuando.

La entrada a la boutique relucía con suelos de mármol pulido y lámparas de araña brillantes que proyectaban un suave resplandor sobre los expositores cuidadosamente dispuestos.

"Bienvenidos", nos saludó una vendedora bien vestida con acento francés y dejó que sus ojos vagaran de un lado a otro entre Fiona y yo, "¿en qué puedo ayudarles?".

Fiona tenía los ojos llenos de inquietud y se mordía el interior de la mejilla. Nunca la había visto tan insegura. La miré con el ceño fruncido.

"Mi hermano se casa pronto y necesitamos vestidos para la boda", expliqué, poniendo las

manos sobre los hombros de Rose y apretándolos. "Creo que Rose ya tiene una idea clara de lo que quiere".

"Quiero parecer una princesa", dijo Rose dando saltitos. Desde que le había dicho que tendría un bonito vestido para la boda, no podía hablar de otra cosa.

La dependienta nos condujo a la sección de ropa infantil y Fiona ayudó a Rose a recorrerla, concentrándose únicamente en asegurarse de que consiguiera lo que quería.

Pasamos al probador privado, donde Rose pudo probarse varios vestidos. Había unas lujosas cortinas de terciopelo separando el espacio, garantizando nuestra privacidad y añadiendo un aire de intimidad a la experiencia. En el probador, unos asientos de cuero esperaban a que Fiona y Rose se probaran tranquilamente los vestidos más elegantes. Sin embargo, Fiona aún no había elegido ni un solo vestido para ella.

"Sólo necesito un minuto", le dije a Fiona y la dejé sola para que pudiera ayudar a Rose a ponerse el primer vestido.

Volví a la parte principal de la boutique y miré la selección de vestidos. Había aprendido mucho de las modelos con las que salía de vez en cuando y conocía bien la ropa de calidad. Había llevado suficiente ropa en mi vida como para reconocerla sólo por el tacto.

Hubo uno que me llamó la atención. Le dije a la dependienta que nos lo trajera, junto con alguno más por el estilo en cuanto acabáramos con Rose y volví al vestuario.

Rose ya llevaba un bonito vestido rosa con volantes que era muy elegante. "Estás guapísima", exclamé, completamente emocionado. "Una princesita perfecta".

"Quiero este, papá", dijo Rose, dándose la vuelta frente al espejo una vez más.

Fiona y yo intercambiamos miradas y compartimos un momento de pura felicidad al ser testigos del deleite de Rose.

"¿Estás segura?", pregunté. "¿No quieres probarte los otros primero?"

"No, me gusta éste", contestó ella, agarrando el vestido como si temiera que se lo quitaran.

Fiona la ayudó a quitárselo y a ponerse su ropa de nuevo. Cuando terminó, parecía a punto de marcharse, pero la dependienta la detuvo y le trajo un perchero con los vestidos que yo había elegido.

Fiona la miró con desconfianza.

"Te dije que no exageraras", me regañó, mirándome.

"Eso no es...". Empecé a defenderme.

"Nada del otro mundo...", me interrumpió.

"Podría haber elegido un vestido con diamantes", argumenté.

"No serías capaz".

Me di cuenta de que no estaba muy segura.

"O podrías haber elegido el vestido tú misma", repliqué. Era valiente al enfrentarse a un abogado como yo. Hacía tiempo que no teníamos un intercambio verbal. Lo echaba de menos.

"Me gusta éste", comentó Rose, cogiendo el vestido de seda color champán que primero me había llamado la atención. Rose se volvió hacia Fiona: "Deberías probártelo. Podemos ser princesas las dos".

Oculté una sonrisa. Mi hija era buena. Quizá demasiado buena. Que Dios me ayudara si alguna vez me miraba con esos ojos de cachorrito. Nunca sería capaz de decirle que no.

"Bien", dijo Fiona con un suspiro. "Pero sólo porque me lo has pedido muy amablemente".

Me lanzó una mirada que me dejaba claro que no se estaba probando el vestido por mí. Levanté las manos como para rendirme. Incluso tuve la sensación de que Fiona me habría regañado si

Rose no hubiera estado allí. Tuve que reprimir una sonrisa al pensarlo.

Desapareció detrás de la cortina y espanté a la dependienta. No creo que a Fiona le guste tener público. No tardó en reaparecer, vestida de seda suave y resplandeciente como una diosa. Las palabras no me salían de la boca. Sólo podía mirarla fijamente.

"¿Qué?", preguntó insegura.

¿Cómo podía preguntarlo?

"Eres tan guapa", dijo Rose con un entusiasmo tan genuino que a Fiona se le ablandó la cara.

"Tiene razón", añadí cuando por fin recuperé la compostura. Tenía la boca seca. "Estás... impresionante".

Tan sólo quería besarla, tomarla en mis brazos y repetir nuestra noche en el coche. Sin embargo ya me había acostumbrado a vivir con la frustración sexual de no poder hacerlo. Al verla con aquel vestido se me llenaba la cabeza de imágenes de nosotros, de mí llevándola a la pista de baile y mostrando a todo el mundo que estaba conmigo, también de besos tiernos y caricias suaves.

"¿Hablas en serio?" preguntó Fiona, inusualmente vulnerable. "No necesito un vestido así".

"No se trata de necesitarlo", le contesté. *¿Ya veo de qué se trata? ¿No se siente digna?* "Me hace muy feliz hacerte este regalo".

Me miró con cara de preocupación, pero al menos ya no tenía cara de enfado.

"Ven aquí", le pedí señalándole el espejo. Al principio pareció querer protestar, pero luego decidió no hacerlo.

Cuando se puso delante del espejo, yo me coloqué detrás de ella. No lo bastante cerca como para tocarla, por mucho que lo deseara. Me aclaré la garganta.

"Mira el vestido, ¿qué ves?", susurré.

"Extravagancia inútil sobrevalorada", respondió inmediatamente, malhumorada.

"Entonces déjame decirte lo que veo yo", exigí, concentrándome. "Veo un trabajo artesanal exquisito; mira cómo te queda el vestido. Y el color: brilla sobre ti. ¿Ves cómo ilumina tu cara? Un buen vestido hace que la gente vea a la persona, no a la prenda. Y yo *te veo a ti*, Fiona".

Estaba tan cerca que pude oír su respiración entrecortada.

"Por favor, déjame hacerte este regalo", continué. "No es nada comparado con lo que nos has dado a Rose y a mí".

Ella se mordió el labio inferior y yo tragué saliva porque lo único que deseaba era girarla y besarla. Le pasé la mano por el costado y oí y sentí el suave jadeo que escapó de sus labios. Me devolvió a la realidad y di un paso atrás.

No sabía qué me había pasado. Toda esta mierda de la boda se me había subido a la cabeza. Me aclaré rápidamente la garganta y la dependienta volvió a entrar.

"Nos lo llevamos", decidí, sin esperar la aprobación de Fiona.

Dejé a Fiona sola para que pudiera cambiarse y fui al mostrador a pagar. La dependienta apareció con una selección de accesorios para completar los dos conjuntos. No pude resistirme, siempre que Fiona no se opusiera. Unos brillantes pendientes de diamantes para Fiona, una delicada tiara para Rose y un precioso reloj para mí.

Mientras pagaba todo, no dejaba de pensar en Fiona y en lo guapa que estaba con aquel vestido. Nunca me había considerado un hombre posesivo. Pero tampoco me había sentido nunca tan atraído por una mujer como para sentir algo así.

Sentía una satisfacción extrema al saber que Fiona luciría como una diosa en la boda de mi hermano, ataviada con el vestido y las joyas que yo le había regalado. Sólo esperaba no meter la

pata.

Capítulo 19

Elliot

Normalmente detesto las bodas, pero incluso yo tuve que admitir que sentí algo especial cuando mi hermano pronunció sus votos.

Eché un vistazo a los invitados y enseguida vi a Fiona y Rose en la segunda fila. Mi hija estaba sentada en el regazo de Fiona, embelesada con la ceremonia y parecía una princesa con su vestido rosa y su tiara.

Mientras los miraba, Fiona se enjugaba tímidamente una lágrima, conmovida por la ceremonia a pesar de no conocer a los novios.

Al verla, se me encogió el corazón y me di cuenta de lo mucho que había cambiado mi vida en los últimos cuatro meses. Ya no me sentía tan perdido. Rose había dado a mi vida más sentido del que jamás me había atrevido a soñar. Y Fiona...

Puede que no hubiera tenido con ella lo que anhelaba, pero aportaba a mi vida tanta felicidad y vitalidad como nunca antes había experimentado.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que casi me pierdo el final de la ceremonia. De repente Desmond y Lucy se besaron y los invitados aplaudieron. Aparté la mirada de Fiona y sonreí cuando empezó a sonar la música.

Desmond y Lucy cogieron a su hija Amy en brazos y se alejaron juntos del altar. Amy, que sólo tenía un año, soltó una risita mientras rodeaba el cuello de Desmond con los brazos. Era la niña de las flores y se lo había tomado muy en serio.

Extendí el brazo para guiar a Miranda, la mejor amiga y dama de honor de Lucy -y esposa de Harrison-, muy embarazada, detrás de ellos. Se tambaleaba un poco al andar, pero seguía estando preciosa con su vestido azul marino de dama de honor.

El cortejo nupcial fue recibido por los invitados, que se alinearon y lanzaron pétalos de rosa a los novios mientras el fotógrafo de la boda tomaba instantáneas de la feliz pareja. El ambiente de alegría era electrizante.

El fotógrafo de la boda se llevó a Desmond, Lucy y Amy para que se hicieran algunas fotos más, mientras el resto nos dirigíamos al lugar de la recepción. El lugar, una impresionante bodega y casa de huéspedes a las afueras de Los Ángeles, era el escenario perfecto. Combinaba el encanto histórico con el máximo lujo y las uvas colgaban pesadas de las parras, listas para ser cosechadas.

Harrison cogió a Miranda en brazos y ambos alabaron la ceremonia, lo bonita que había sido. Pero yo solo pensaba en una cosa.

"Ahí están mis chicas", dije cuando Fiona y Rose me vieron entre la pequeña multitud. Cogí a Rose y la abracé. "¿Disfrutasteis de la ceremonia?"

"Fue como un auténtico cuento de hadas", se entusiasmó Rose.

"Fue encantador", comentó Fiona, dirigiéndome una mirada entre confusa y pensativa. Luego se volvió hacia Harrison y Miranda. "Miranda, estás preciosa. Me alegro de que hayas venido; ya debe quedarte poco".

"Unas tres semanas más. Aún no me parece lo bastante pronto", contestó, dándose palmaditas en la barriga. "Por nada del mundo me habría perdido la boda de Lucy".

"Personalmente, me vendría bien un poco más de tiempo", rio Harrison, colocando su mano protectora sobre la barriga de Miranda. "Así que no hace falta que te des prisa, pequeña".

"Rose", le dije, girándola para que pudiera verme. "Me gustaría presentarte a mi mejor amigo Harrison y a su esposa Miranda".

"Hola", murmuró y saludó tímidamente. Como Rose estaba traumatizada cuando la conocí, había dudado si presentársela a tanta gente. No quería abrumarla.

"Encantado de conocerte, Rose", la saludó Harrison con una cálida sonrisa.

"Oh, te pareces mucho a tu padre", comentó Miranda. "Me gusta tu tiara".

"Gracias", dijo Rose con una pequeña sonrisa.

Desmond la había conocido antes de la ceremonia y le había fascinado lo mucho que nos parecíamos. A pesar de su nerviosismo antes de la boda, Desmond sólo había tenido palabras amables y dulces para ella. Tenía mucha más experiencia con niños que yo pues él mismo ya tenía una hija.

"¿Entramos?", sugirió Harrison, cogiendo la mano de Miranda. "Seguro que te vendrá bien una silla".

Miranda asintió agradecida y recorrimos la corta distancia que nos separaba del salón de recepciones. El sol se ponía lentamente, brillando y pintando el cielo con los más bellos colores, como si supiera lo importante que era el día de hoy.

Dejé a Rose en el suelo cuando empezó a retorcerse y salimos al pasillo con Fiona.

"Tus chicas, ¿eh?", repitió Fiona en voz baja. Cruzó los brazos delante del pecho y arqueó una ceja.

"Lo siento", dije inmediatamente. "No quise insinuar..."

No terminé la frase. No podía. No cuando el corazón me latía con fuerza en el pecho y me invadía un profundo deseo de que Fiona fuera mía.

"No pasa nada", respondió con una sonrisa tímida.

Una mezcla de tensión y emoción bailaba en el aire entre nosotros mientras nos acercábamos a la sala de la recepción. Intercambiamos sonrisas nerviosas; un momento compartido de alegría en medio de la expectación que hormigueaba en nuestras venas. Rose, fuertemente agarrada a mi mano, era una princesita en su propio mundo, con los ojos abiertos de asombro mientras contemplaba el esplendor del lugar.

Cuando entramos en la sala, nos recibió una sinfonía de opulencia. La sala estaba adornada con magníficos arreglos florales, un tapiz de colores y aromas que lo envolvían todo. La suave luz de las velas proyectaba un resplandor encantador, insuflando un soplo de romanticismo en el ambiente. Las arañas de cristal centelleaban sobre las cabezas. Su luz radiante se reflejaba en las superficies pulidas y transmitía una deslumbrante sensación de lujo.

Fuimos a la mesa principal, donde ya estaban sentados mi madre y algunos familiares de Lucy. Fiona se llevó a Rose mientras hablaba con Harrison y Miranda.

"¿Has traído a la niñera a la boda de tu hermano?", preguntó mi madre, sin intentar ocultar su desdén.

"Pensé que Rose se alegraría de ver otra cara conocida, pensé que podría agobiarla conocer a tanta gente nueva", le expliqué.

"Ten cuidado, no querrás que piensen que no estás a la altura como padre", me advirtió.

"¿Y por qué alguien iba a pensar eso?" En realidad era una pregunta retórica. No me importaba lo que pensarán los demás.

"Si no puedes ocuparte tú sólo de Rose en una simple boda familiar, ¿cómo se supone que vas

a cuidar de ella? Por eso quiero que sientes la cabeza con una mujer adecuada que sea una verdadera madre para Rose", continuó. "Desmond ya se ha casado con una mujer muy por debajo de su nivel, no quiero que tú hagas lo mismo".

"¿Quieres callarte?", siseé. "Lucy es maravillosa y Desmond es feliz. Se quieren. ¿Por qué eso no es suficiente para ti?"

Me miró fijamente.

"¿Feliz? ¿Hablas de amor? Antes no eras tan sentimental", dijo fríamente. "No puedes confiar en ninguna de esas dos cosas para seguir adelante en la vida. La gente siempre te decepciona. Por eso son tan importantes las alianzas fuertes. El amor se desvanece. Siempre lo hace".

No llegué a contestarle. Lucy y Desmond se unieron a nosotros en la mesa principal entre grandes aplausos. Irradiaban alegría y les tenía un poco de envidia. Hace unos meses, habría estado de acuerdo con mi madre sobre el amor. Pero entonces Rose había entrado en mi vida... y también Fiona. Ahora ya no estaba tan seguro.

El resto de la velada transcurrió en un ambiente alegre. Bebimos el mejor champán, comimos una comida fantástica y saqué a Fiona a bailar conmigo. Volver a tenerla en mis brazos fue una tortura. Nos movíamos como uno solo y encontrábamos juntos el ritmo perfecto, sonara la canción que sonara.

Rose se nos unió en una alegre canción y bailó entre nosotros mientras no paraba de reírse. Nunca la había visto tan feliz y se portó como una campeona.

Al final de la canción, la llevamos de vuelta a la mesa, donde mordisqueó un trozo de tarta nupcial. Mientras estábamos allí sentados, se nos acercó un pariente lejano, un primo segundo, creo.

"Sois una familia preciosa", comentó con una sonrisa amistosa.

"¿Perdón?", pregunté, sin saber muy bien a quién se refería.

"Bueno, tu mujer y tu adorable hija, qué trío tan feliz", sonrió, antes de alejarse de nuevo. Obviamente, el resto de la familia no había recibido las últimas noticias sobre mi situación, sin duda mi madre lo mantenía en secreto.

Como de costumbre, mamá resopló ante la sugerencia de que Fiona y yo pudiéramos estar juntos.

"Ninguno de mis hijos debería casarse con una empleada temporal", me regañó y pude ver por la mirada congelada de Fiona que sus palabras la habían afectado profundamente.

"Cualquier hombre sería feliz si se casara con Fiona", anuncié, haciendo que los labios de mi madre se entrecerraran. Ella refunfuñó y se dio la vuelta sin hacer ningún comentario.

Fiona me miró con los ojos muy abiertos y de repente me sentí incómodo.

"No es que quisiera decir...", empecé. "Sólo quise decir..."

Al parecer hoy es el día en el que meto la pata hasta el fondo, o mejor dicho en el que revelo mis verdaderos sentimientos.

"Sí, por supuesto", respondió Fiona con una risa hueca.

Qué escondía su tono... ¿Decepción?

Desmond y Lucy volvieron a la mesa y entablaron conversación con Rose, preguntándole si había disfrutado de la recepción. Quizá fue el champán o el romanticismo de la ocasión lo que nubló mi juicio, pero de repente supe que tenía que hablar con Fiona y poner las cartas sobre la mesa. No podía seguir viviendo en tierra de nadie.

"¿Podemos hablar un momento?", le pregunté, señalándole un rincón tranquilo alejado de los altavoces y la pista de baile. Asintió y me siguió.

Fiona

"Escucha", dijo Elliot, acercándose mucho a mí. "Sé que no debería estar haciendo esto. Y sé lo que dijiste cuando aceptaste el trabajo. Pero antes me di cuenta de algo que en realidad sé desde hace mucho tiempo".

Tragué saliva y mi corazón empezó a acelerarse.

"Nadie me ha hecho sentir como tú. No quiero renunciar a lo que podríamos ser el uno para el otro", continuó.

Elliot Bennet quería salir conmigo. No quería una aventura pasajera ni una repetición de nuestro rollo de una noche. Hablaba de sentimientos y me miraba con tanta seriedad que apenas podía creerlo. Y todo lo que decía me hacía darme cuenta de lo mucho que yo deseaba lo mismo.

"Si he complicado las cosas entre nosotros, lo siento", murmuró. "Y si no sientes lo mismo, te prometo que no volveré a mencionarlo. Seguiré siendo profesional, pero si hay la más mínima posibilidad..."

"Sí", solté. "Quiero estar contigo".

"¿En serio?"

Casi me entraron ganas de reír. El hombre escurridizo, arrogante y encantador que había encendido un fuego en mí meses atrás, de repente parecía inseguro y nunca me había gustado tanto como en aquel momento.

"Cállate y bésame", le contesté, agarrándolo de la corbata y tirando de él hacia mí.

Al principio, el beso fue tímido y casto; ambos estábamos inseguros sobre esta nueva dinámica. Pero pronto los meses de tensión se desbordaron y el beso se convirtió en algo profundo y casi desesperado.

"Te necesito", murmuró Elliot contra mis labios, avivando las llamas de mi deseo que ya ardían con fuerza.

"Sí", accedí. Supliqué.

Elliot me agarró de la mano y me llevó... a alguna parte. No le presté mucha atención. Sólo sabía que estábamos solos en una habitación y que él me apretaba contra la puerta. Podía oír la música de la pista de baile y el murmullo de las conversaciones.

"Joder, hacía tanto tiempo que quería estar así contigo", susurró Elliot mientras me daba besos en el cuello.

"Yo también", gemí, deslizando las manos bajo su chaqueta y tirando de su camisa para desabrochársela.

Jugó con mis pechos bajo el vestido e hizo que mis pezones se endurecieran a través de la seda. No llevaba sujetador, no podía llevarlo con un vestido así. Nunca antes había sentido nada tan excitante como el deslizamiento del pulgar de Elliot por el suave satén de la tela.

Dejé que mis manos se pasearan por su frente y empecé a bajarle la cremallera de los pantalones. El recuerdo de nuestra primera vez estaba grabado a fuego en mi cerebro; había pensado en ello tantas veces; anhelaba volver a hacerle el amor.

Unos pasos en el pasillo nos dejaron helados. Se acercaban y recé para que quienquiera que estuviera al otro lado no entrara en la habitación. En ese momento me di cuenta de que era un almacén y de que podían descubrirnos en cualquier momento.

Dios, ¿qué tiene Elliot que me vuelve tan loca que hasta quiero hacerle el amor en los lugares más comprometidos?

Los pasos se desvanecieron y ambos respiramos aliviados.

"¿Quieres parar?", preguntó.

"Ni te atrevas", le advertí besándole en los labios.

Gimió en mi boca y empezó a subirme el vestido. Debería haberme preocupado por no estropearlo, porque estaba segura de que había costado una fortuna y probablemente se arrugaría con facilidad, pero por alguna razón no me importaba. Lo único que quería era sentir a Elliot dentro mío.

Interrumpió el beso para rebuscar en su cartera y sacar un preservativo.

"¿Planeabas salir esta noche?", pregunté alzando las cejas.

"Para ser honesto, me alegro de tener uno todavía", murmuró y abrió el paquete. "La última vez que tuve sexo fue contigo".

Me revolotearon mariposas en el estómago.

"¿En serio?" suspiré, sabía que decía la verdad. "Yo también".

"Ninguna mujer puede compararse contigo", confesó, " y yo ni siquiera podría intentarlo con otra".

Nos miramos fijamente durante un momento y sentimos la gravedad del momento. Esta vez no era como la anterior. La desesperación y la pasión eran las mismas, pero este momento significaba mucho más. No habría vuelta atrás después de esto.

"Hazme el amor", susurré. "Soy tuya".

Elliot gimió cuando le metí la mano en los pantalones y le saqué la polla. Deslizó el preservativo con destreza, me levantó la pierna y se deslizó dentro de mí. Le rodeé el cuello con los brazos y ahogué un gemido cuando el placer me invadió.

Era incluso mejor de lo que recordaba. Me penetraba con movimientos tan precisos que parecía que sólo estaban pensados para volverme loca. Me aferré a él y disfruté del radiante placer que me estaba proporcionando.

No había bebido suficiente champán para estar borracha, pero la cabeza me daba vueltas. Estaba atrapada en lo que Elliot me estaba haciendo y no era solamente pura lujuria. Nos habíamos acercado cada vez más en las últimas semanas, pero nunca me hubiera imaginado que pudiéramos llegar a esto. Nunca pensé que podría tenerlo sólo para mí. Había visto a Elliot sin su máscara de duro. Lo que acababa de hacer significaba mucho para mí. Estar con él así hizo que todos mis sentimientos por él volvieran a un primer plano.

Quería que este momento no terminara nunca, pero con tanta pasión acumulada, la certeza de que alguien podía irrumpir en cualquier momento y la forma en que Elliot movía las caderas, me aseguraban que no iba a durar mucho.

"Estoy cerca", gemí suavemente en el oído de Elliot.

"¿Sí?", preguntó con un deje de triunfo en la voz. Probablemente se sentiría increíblemente engreído después de esto, pero no me importaba.

Me apreté contra él y sentí mi propia autosatisfacción cuando sus caderas se agitaron y gimió.

"Dos personas pueden jugar a este juego", me burlé de él.

"Mmm, ya veremos", murmuró, como si fuera una promesa.

Redobló sus esfuerzos y me penetró con fuerza y rapidez, tal como yo necesitaba. El placer crecía en mi interior; una maravillosa descarga eléctrica recorría mi cuerpo. Su mano se movió hacia mi otra pierna y me levantó. Me penetró con más fuerza mientras yo me apoyaba en la

puerta y le rodeaba la cintura con las piernas. Me sostuvo, con fuerza y agarrándome de manera que no podía moverme, mientras me follaba sin sentido.

Enterré la cara en su cuello cuando me llegó el orgasmo y ahogué los gritos que no podía contener. Me retorcí entre sus brazos, confiando en que me sostendría mientras me hundía en el éxtasis.

Saboreé cada empujón, cada áspera exhalación, la forma en que se relajaba dentro de mí y cómo sus manos me sujetaban con seguridad.

Después, no sólo me sentí saciada sino que mi cuerpo palpitaba de pasión y se llenaba de sentimientos que aún no quería nombrar. Aún era demasiado pronto para abrazarlos por completo, aunque lleváramos meses viviendo juntos y me sintiera más unida a Elliot en muchos sentidos que a cualquier novio que hubiera tenido antes.

"Deberíamos volver", dijo con pesar cuando nos separamos y mis pies volvieron a tocar tierra firme.

"En un minuto", dije, para no romper el hechizo. "Sólo necesito..."

Con estas palabras, tiré de él para darle otro beso.

Capítulo 20

Fiona

La celebración de la boda ya tocaba a su fin cuando volvimos de nuestra pequeña ... aventura. Nos despedimos de la feliz pareja y me tomé un momento para dar las gracias a Harrison por haberme conseguido el trabajo de niñera.

"Pareces... feliz", comentó con demasiada ambigüedad para mi gusto. Su mirada se posó en Elliot, que ya se había despedido y estaba de pie a la salida con Rose medio dormida.

"Lo estoy", respondí, esperando no desvelar nada. Elliot y yo teníamos que averiguar qué pasaba entre nosotros antes de contárselo a nadie más.

"Ya veo..."

"Cállate", me reí y puse los ojos en blanco.

"Sabes que si te hace daño, se las verá conmigo", me aseguró Harrison.

"Creo que estará en guardia", respondí, confirmando que había algo entre nosotros. Por mucho que mi lado lógico quisiera ser precavido, mi corazón estaba demasiado contento como para guardármelo todo para mí.

Cogimos una limusina para volver a casa. El lugar de la boda estaba tan cerca que el trayecto no duró demasiado. Nos sentamos en el asiento trasero y Rose se quedó dormida acurrucada entre nosotros.

"Creo que ha disfrutado", susurró Elliot, acariciando su pelo.

"Sí", asentí. "Cada vez tiene más confianza".

"Me alegra mucho verlo", dijo, con la voz llena de amor por su hija. Si le era sincera, yo también quería mucho a Rose.

Entonces miré a la niña que me había robado el corazón. Si no hubiera sido por ella, probablemente no habría vuelto a ver a Elliot. Tal vez fuéramos una familia poco convencional, pero qué tenía eso de malo. Y si las cosas funcionaban con Elliot, podríamos llegar a ser una familia de verdad.

Pillé a Elliot mirándome fijamente, incluso en la penumbra del asiento trasero del coche.

"¿Qué?", pregunté.

"Eres preciosa, ¿lo sabías?", murmuró, haciendo que me sonrojara. "E impresionante. En todos los sentidos".

"Para", sonreí. Él tenía muchas maneras de buscarme las cosquillas, pero la mayoría eran agradables.

"Oblígame", exigí.

Entrecerré los ojos. "Espera a que lleguemos a casa".

La tensión entre nosotros volvió a aumentar. Al parecer, nuestro momento en el almacén no había sido suficiente para satisfacer nuestro deseo de meses.

El viaje en coche nos pareció eterno, pero al fin llegamos a casa. Elliot sacó a Rose del coche, que dormía plácidamente a pesar del trayecto y entramos en casa.

"La llevaré a la cama", dijo Elliot. "¿Me esperas en mi habitación?"

Le miré a los ojos y sentí que me desbordaba la ternura.

"Sí", asentí, sabiendo que no sólo estaba diciendo sí a esta noche. Estaba diciendo sí a nosotros.

Subí corriendo las escaleras y al empujar con cuidado la puerta del dormitorio de Elliot, una oleada de expectación revoloteó en mi pecho. La habitación desprendía un aire de sofisticación y refinamiento, que reflejaba la esencia de su gusto y su opulento estilo de vida.

Mi mirada se fijó inmediatamente en los grandes ventanales adornados con exuberantes cortinas de seda que caían con gracia hasta el suelo. Tras la ondulante tela se desplegaba una vista panorámica del valle. La luz de la luna bañaba la habitación con un velo plateado, dándole un toque celestial.

Las paredes azul pálido estaban adornadas con cuadros ornamentados, cada uno de ellos una obra maestra por derecho propio, que captaban momentos fugaces en el tiempo.

En el centro de la habitación había una enorme cama de caoba de regia estatura. Estaba vestida con sábanas blancas y frescas, cuidadosamente dispuestas, e invitaba a abandonarse a su comodidad.

La habitación desprendía un aire de sofisticación, mezclando a la perfección la estética clásica y la moderna. Me sentí como una intrusa. Ya me había acostumbrado al resto de la casa de Elliot y se había convertido en una especie de hogar para mí, pero esto era diferente. De repente me sentí como si no perteneciera a ella.

¿Soy realmente estúpida? Elliot es mi jefe, mi rico jefe.

Había demostrado que era una buena persona, pero al igual que con Harrison, no importaba quiénes eran. Lo que importaba era quién era yo. Y yo era la hija ilegítima de un hombre muy rico y muy cruel y del ama de llaves de la que había abusado mientras vivíamos bajo su techo. No era fruto del afecto, ni siquiera del amor. Mi vida había consistido en un mal momento tras otro.

Miré mi vestido, que debía de costar más de lo que había ganado en un mes. Puede que incluso en dos. Llevar vestidos de seda, beber el mejor champán y sentarme con multimillonarios no iba conmigo. Esta vida nunca estuvo hecha para mí.

"¿En qué piensas tan seria?", preguntó de repente Elliot detrás mío rodeándome con sus brazos. Ni siquiera le había oído entrar.

Cuando estaba entre sus brazos, todo dejaba de parecer tan claro. Ahora el lujo no importaba; sólo estábamos él y yo. Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza lo diferentes que eran nuestras situaciones vitales.

Me incliné contra él y puse mis manos sobre las suyas.

"Ha sido un día muy largo", le dije. No podía explicárselo y menos ahora.

"¿Estás cansada?", me preguntó antes de darme un ligero beso en el cuello. No pude evitar inclinar la cabeza para dejarle más espacio. Un agradable escalofrío me recorrió la espalda.

"No tanto como para no querer más", susurré. Desde el momento en que conocí a Elliot, algo me había hecho decirle a todo que sí. No me gustaban las aventuras de una noche, sin embargo le había dicho que sí. No me gustaba el sexo en lugares públicos, aunque había tenido dos encuentros con él arriesgándome a que nos descubrieran. Había jurado no trabajar nunca para un hombre rico, no ser nunca empleada doméstica y había aceptado el trabajo de niñera. Ahora volvía a decir que sí, a pesar de la voz en mi cabeza que me decía que no era digna de tanta felicidad.

"Bien, porque hay algo que he querido hacer contigo desde la primera noche en mi coche", murmuró en mi oído.

"¿Sí?", pregunté. "¿El qué?"

"Cómertelo todo", me susurró al oído.

La emoción me recorrió el cuerpo como un rayo.

"Elliot".

"Apenas te he tocado y ya estás gimiendo mi nombre", sonrió satisfecho mientras empezaba a bajarme la cremallera del vestido.

"Veo que no has perdido tu chulería", solté mientras los dedos de Elliot me acariciaban la parte baja de la espalda.

"Ni en sueños".

"Esto es cómo en el casino, has de aprender a parar mientras vas ganando", bromeé.

"Aquí gano seguro, no creo que me vayas a dejar a mitad". Mi vestido cayó al suelo y me quedé sólo con las bragas.

Me volví para mirar a Elliot y empecé a desabrocharle la corbata.

"No me tientes", le dije, quitándole la corbata y dejándola caer al suelo.

"Tentarte es muy divertido", sonrió y me agarró de las caderas.

Procedí a desabrocharle la camisa y me negué a distraerme. Sus manos eran fantásticas y yo sólo quería que siguiera tocándome.

"Antes dije algo de hacerte parar", comenté, ladeando la cabeza y pasándole un dedo por el pecho descubierto.

"¿Sí?", preguntó, con la respiración entrecortada cuando mi dedo alcanzó la parte superior de sus pantalones. Nunca me había sentido tan valiente.

Podía sentir la polla erecta de Elliot .

Se movió con rapidez, me levantó y prácticamente me arrojó sobre la cama. Me dejé caer en las suaves sábanas, pero no tuve tiempo de saborearlas. Elliot se quitó el resto de la ropa. Estaba iluminado únicamente por la luz de la luna, tenía el aspecto de un dios vikingo. Se me puso encima, besándome sin aliento y arrancándome las bragas.

Bajó mientras seguía besándome el cuello y los pechos. Se detuvo ahí chupando y jugando con mis pezones hasta que me estremecí bajo él. Luego continuó su viaje, besando mi estómago, abriendo mis piernas y finalmente, finalmente...

Arqueeé la espalda y arañé las sábanas. Elliot utilizó su boca y su lengua para colmarme de atenciones. Acababa de empezar y yo ya veía las estrellas. Nunca le permitiría tanta arrogancia pero esta vez tenía una buena razón.

No pude evitar frotarme contra su cara. Me dio una sensación de libertad que nunca antes había experimentado. Elliot me hacía sentir muchas cosas que nunca antes había sentido.

Me miró, sus ojos pálidos brillaban casi plateados a la luz de la luna. No podía apartar mis ojos de él. Me ardían las mejillas y el placer me recorría como las vibraciones de un tambor. Mi orgasmo fue lento e interminable. Estaba atrapada en la mirada de Elliot, en sus manos y en su boca y sin embargo, volaba, ingrátida.

Volvió a subir mientras yo seguía estremeciéndome, se deslizó dentro de mí y mi placer se renovó. Me abrazó mientras empujaba, besándome por todas partes y llevando mi éxtasis tan lejos que no estaba segura de poder volver del cielo en el que me encontraba.

Me aferré a él desesperadamente, sintiendo el susurro de sus gemidos en mi pecho y el leve empuje de sus caderas a medida que se acercaba a su orgasmo. Me corrí con él y juntos nos sumergimos en un abismo de éxtasis puro.

Luego nos acurrucamos mientras nuestra respiración se calmaba y nuestros corazones se ralentizaban. Sus brazos me rodeaban con fuerza y empecé a dudar de mí misma. Sería que algo así estaba destinado a mí después de todo.

Tal vez soy lo suficientemente buena para merecerlo después de todo.

Capítulo 21

Elliot

"Siempre me ha atraído la fotografía como forma de arte", dijo Fiona. Se sentó a mi lado en el sofá, con mi brazo alrededor de sus hombros. Rose se había dormido mientras la abrazábamos y le leíamos un cuento. "Me interesan especialmente los retratos".

"¿Por qué los retratos?", pregunté, curioso por su pasión. Las últimas semanas habían sido de las mejores de mi vida. Conocer mejor a Fiona, como mujer, no me había aportado más que alegría y emoción.

Entre Rose y Fiona, me sentía verdaderamente realizado por primera vez en mi vida. Aún tenía que acostumbrarme a esta sensación y no quería que se acabara.

Desde la noche de la boda de Desmond y Lucy, la relación con Fiona se había vuelto más intensa. Pasábamos mucho tiempo con Rose, pero ya no parecía que Fiona fuera sólo su niñera. No estaba seguro de que alguna vez se hubiera sentido sólo como su niñera. Yo no era el tipo de persona que se involucrara demasiado rápido y sin embargo no podía quitarme la sensación de que éramos como una familia.

Pero no se trataba sólo de Rose. Con Fiona también era muy especial. Después de que ella se durmiera empezaba nuestro momento, a veces era sexo en el jacuzzi, otras contratábamos a un chef privado para que nos preparara una cena romántica, otras simplemente nos acurrucábamos juntos en el sofá a ver dibujos animados un rato o nos quedábamos hablando hasta tarde por la noche para saber más el uno del otro.

"Me encanta comprender a la gente", explicó Fiona. "Hay algo mágico que sucede cuando haces la foto adecuada. Puedes captar la esencia de una persona, contar su historia. Es una sola foto, sin embargo, toda su vida está en ella".

"¿Qué viste cuando me fotografiaste?", pregunté, sólo medio en broma.

"Bueno, a pesar de la terrible primera impresión que me diste...", se rió y luego se puso seria. "Sinceramente, vi lo estresado que parecías y me di cuenta de que algo importante te preocupaba. Parecías muy retraído y aunque tratabas de mantener esa máscara arrogante de confianza en ti mismo, debajo había un destello de bondad, de buen corazón".

Rodeé a Fiona con el brazo y recordé aquel día.

"Acababa de enterarme de lo de Rose", dije. "Quería conocerla al día siguiente y temía ser un mal padre. El mío había sido un hombre terrible que sólo se preocupaba de sí mismo y de su estatus. Desmond y yo sólo éramos útiles si podíamos ser una extensión de él. Quería hacerlo mejor, pero no tenía ni idea de cómo hablar con una niña, y menos con una traumatizada. Y entonces estabas tú, haciendo bromas y sacándome de mi zona de confort. Me hiciste sentir más ligero".

Fiona me miró con ojos suaves y una sonrisa aún más suave. Se inclinó hacia delante para besarme y me acarició la cara mientras nuestros labios se unían lentamente. Aún no me había acostumbrado a todos los besos que Fiona me daba. No eran sólo besos apasionados, aunque de esos había muchos. También besos de celebración, besos felices y besos como éste, que eran muy intensos.

"Si quieres mi opinión", dijo Fiona mientras se alejaba. "Creo que eres un gran padre".

"Gracias", murmuré, empezando a pensar que tal vez era digno de una hija como Rose y de una novia como Fiona.

"Es curioso", comentó con una media sonrisa que en realidad no mostraba ningún humor. "Después de aquella noche en que me dejaste. Llegué a casa y descubrí que me habían robado. Todo mi equipo fotográfico, los discos duros con las copias de seguridad, incluso el portátil que necesitaba para editar las fotos... todo había desaparecido. Estaba destrozada. Había ahorrado durante mucho tiempo para poder comprarlo todo y no había esperanza de reponerlo. Perdí mi trabajo en tu empresa y al día siguiente perdí mi trabajo de camarera. Estaba tocando fondo".

"Oh Dios, Fiona, lo siento mucho", dije, acercándola más a mí como si de alguna manera pudiera protegerla después de lo ocurrido.

No tenía ni idea de lo que había pasado. Fiona nunca me había dicho nada sobre sus problemas.

"Gracias, no pasa nada", dijo, haciéndome fruncir el ceño. "Si eso no hubiera ocurrido, nunca habría aceptado el trabajo de niñera de Rose y entonces no nos habiéramos encontrado. Así que salió bien. Y estoy ahorrando para comprarme un equipo nuevo. No quiero renunciar a mi sueño. Hay un concurso de fotografía al que quiero presentarme para dar el pistoletazo de salida a mi carrera".

"Yo tampoco quiero que renuncies a tu sueño", le contesté, mientras miles de ideas bullían en mi cabeza. La semana siguiente era el cumpleaños de Fiona y ahora sabía exactamente qué regalarle. "Te mereces compartir tu talento con el mundo".

"¿Cómo sabes que tengo talento? No has visto mis fotos, podría ser terrible", dijo riendo.

"Te conozco", dije encogiéndome de hombros. "Conozco tu mente, tu corazón; es imposible que seas mala si las pones en tu trabajo".

A Fiona se le cortó la respiración y volvió a besarme. Estaba seguro de que ese beso significaba "gracias".

Fiona

No esperaba mucho de mi cumpleaños. Había quedado con mi madre y Callie más tarde, pero aparte de eso pensé que sería un sábado normal. Elliot ya estaba fuera de la cama cuando me desperté, lo cual era un poco extraño. Al levantarme, me di cuenta de que Rose tampoco estaba en su cama, pero oía voces abajo.

Los encontré a los dos en la cocina, Elliot con un delantal cubierto de harina y Rose sentada en la encimera supervisando lo que parecía bacon y tortitas.

"¿Qué hacéis?", pregunté.

"¡Feliz cumpleaños!", gritó Rose, saltando de la barra y corriendo hacia mí para darme un abrazo.

"Gracias", dije y la abracé con fuerza.

Elliot volteó las tortitas y sacó el tocino de la hornilla, luego se acercó y también me abrazó.

"Feliz cumpleaños, preciosa", murmuró antes de darme un largo beso.

"¿Podemos darte ya tus regalos?", preguntó Rose entusiasmada. Elliot y yo nos separamos riendo.

"¿Regalos? No necesito regalos", dije y sonreí. "Estar con vosotros dos es mi mayor regalo".

Pero Rose ya se estaba alejando a toda prisa.

"Está muy nerviosa", sonrió Elliot y tiró de mí para darme otro beso. "Y yo también".

Rose volvió a entrar con un papel.

"Fiona, esto es para ti", dijo, con la voz casi quebrada.

Cogí el papel que me tendía y al desplegarlo el corazón se me hinchó en el pecho. Reconocí inmediatamente el estilo de Rose, un colorido dibujo de los tres -Rose, Elliot y yo- en uno de nuestros viajes al zoo. Las figuras parecían infantiles. Estaban llenas de amor y alegría. Era obvio que Rose había puesto su corazón y su alma en este regalo para mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras miraba a Rose y no encontraba palabras para expresar mi agradecimiento. Me había hecho un regalo que el dinero no puede comprar: el regalo de su amor y de los preciosos momentos que habíamos compartido juntas.

"Es precioso, gracias, Rose", le dije. "Quiero colgarlo en la nevera con los otros dibujos para poder verlo todos los días".

Pero ahí no acababan las sorpresas. Elliot, que se había marchado brevemente, reapareció con una sonrisa traviesa, sosteniendo una caja envuelta en un lujoso papel. Apenas podía creer lo que veía cuando la abrí y descubrí una cámara fotográfica de alta gama con todos los accesorios necesarios y un flamante ordenador portátil.

Abrumada, miré a Elliot, mis emociones eran un torbellino.

"Elliot, esto es...", balbuceé, casi sin habla. "Es demasiado. No sé qué decir".

Se limitó a sonreír, con los ojos llenos de calidez.

"Quería demostrarte con este regalo lo mucho que significas para mí", explicó entonces con dulzura. "Te mereces perseguir lo que amas y yo creo en ti".

Se me cortó la respiración y sentí una mezcla de emociones abrumadoras. La magnitud de su gesto me hizo sentir indigna, como si no mereciera un regalo tan caro.

Elliot, siempre tan empático, me puso suavemente una mano en el hombro.

"Hoy es tu cumpleaños, Fiona", dijo, apretándome el hombro. "Un día para celebrarte a ti y todo lo que eres. ¿Intentas insultarme rechazando mi regalo?"

Su tono juguetón me hizo sonreír entre lágrimas. ¿Cómo podía negar la emoción que había detrás de su gesto? ¿Cómo podía dejar que mi inseguridad eclipsara la alegría que intentaba darme?

Respiré hondo y acepté los dos regalos el literal y figurado. Me di cuenta de que no se trataba sólo de la cámara o el portátil, sino de que Elliot creía en mí y me animaba a seguir con mi pasión por la fotografía. Él vio en mí algo que a mí me costaba reconocer.

"No puedo agradecértelo lo suficiente", susurré, con la voz llena de auténtico agradecimiento.

Sonrió, con los ojos brillantes.

"Verte feliz es suficiente agradecimiento", respondió. "Y ahora vamos a comer".

Agradecí la distracción -y la comida, pues resultó que Elliot cocinaba bastante bien- y la compañía de dos de mis personas favoritas.

Gracias a las atenciones de Elliot y Rose y al encuentro con mi madre y Callie, pasé un cumpleaños estupendo.

Esa noche, mientras me preparaba para acostarme en la habitación de Elliot, -ya que no había estado en mi propia habitación desde la noche de la boda de Desmond y Lucy-, Elliot se acercó por detrás y me rodeó con sus brazos.

"¿Estás lista para tu último regalo?", me preguntó, rozándome la oreja con los labios.

"Elliot", suspiré, en parte con reproche porque era demasiado estar recibiendo otro regalo más y en parte porque los primeros signos de excitación me cosquilleaban la espina dorsal. "Ya he

tenido suficientes regalos. Demasiados, de hecho. Y te estoy muy agradecida, no me malinterpretes, pero..."

"Creo que deberías esperar a ver qué clase de regalo es, antes de rechazarlo", se rió y me hizo girar para que estuviéramos frente a frente. Me sonrió y sus ojos brillaron con la misma picardía con la que había conseguido que me volviera loca por él.

"Muy bien", seguí riendo y me sonreí a mí misma. "¿Qué más hay para mí?"

"Yo", dijo y me acercó aún más a él. "Te puedo hacer lo que tú quieras. Lo que quieras esta noche es tuyo".

El deseo floreció en mi interior. Por mi mente pasaron cientos de imágenes, algunas tan fogosas que hasta me ruboricé. Sólo había una cosa que realmente deseaba.

"Sólo te quiero a ti", murmuré y tiré de Elliot a la cama. "Sin trucos extravagantes, sin posiciones especiales, sólo a ti tal como eres".

Cierta vulnerabilidad se reflejó en su rostro y entonces me besó, profunda, sensual y desesperadamente. Nos aferramos el uno al otro. Nuestras manos nos recorrían por todas partes y nuestros labios nunca se separaban. Poco a poco nos fuimos quitando la ropa, deteniendo los besos sólo el tiempo suficiente para desnudarnos y dejarla en el suelo.

De algún modo llegamos a la cama entrettejidos en una maraña de miembros y una sinfonía de caricias. Suspiros de felicidad se escaparon de mis labios cuando la boca de Elliot encontró mis pechos. Sonreí mientras mis dedos recorrían su columna vertebral, haciéndole temblar. Cada caricia, cada sonido que hacíamos, cada reacción que provocábamos el uno en el otro sólo decía una cosa: tú. Te deseo a ti.

Cuando mi deseo alcanzó su punto álgido, empujé a Elliot sobre la cama y me senté en su regazo. Lo miré fijamente, recordando nuestra primera vez en su coche, aquellos meses atrás. Nunca hubiera imaginado que llegaríamos a esto. Y nunca había sido tan feliz.

Gemí mientras lo guiaba dentro de mí y casi me estremecí por la profunda satisfacción que inundó mi cuerpo. Sus manos me sostenían, rodeaban mis caderas y me sujetaban con fuerza.

Se me henchió el corazón al mirar a ese hombre complicado que ocultaba su dulzura a todos menos a los más cercanos. Y entonces me moví y mis sensaciones físicas eclipsaron mis pensamientos.

Me perdí en Elliot, me liberé de mis inhibiciones y confié en él. Centró su atención en mí, sus ojos escudriñaron mi cara, sus manos aumentaron mi placer. Primero se centró en mis pechos, trabajó mis pezones hasta que se endurecieron produciéndome oleadas de placer.

Entonces sus manos bajaron, su pulgar encontró mi clítoris y lo frotó al compás del vaivén de mis caderas. Apoyé las manos en su pecho y sentí el latido de su corazón bajo ellas.

"Eso es, nena", dijo dejando salir un susurro. "Déjate llevar".

El orgasmo me golpeó de repente, recorriéndome el cuerpo y dejándome extasiada. Me estremecí y grité, empujando las caderas hacia arriba. Elliot seguía penetrándome, con sus pulgares sin cesar de acariciarme el clítoris mientras sus caderas me empujaban con fuerza.

Justo cuando pensaba que había alcanzado mi punto álgido, Elliot me dio la vuelta y me penetró con fuerza hasta el fondo, llevándome a nuevas alturas. Volví a gritar mientras me invadía una oleada tras otra de placer, acompañada por los gemidos de Elliot que se unía a mí.

Nos tumbamos juntos, con el corazón acelerado y la respiración casi igual de rápida. Yo seguía tranquila, flotando entre el éxtasis y la satisfacción profunda.

"Eres increíble", jadeó Elliot, apartándome el pelo de la cara y dándome un tierno beso. Le rodeé el cuello con los brazos y me pregunté qué había hecho yo para merecer tanta felicidad.

Capítulo 22

Elliot

Estaba sentado frente a mi madre en un restaurante elegante, intentando mantener la calma mientras ella charlaba sobre alguna famosa con la que creía que debía casarme.

El aire parecía más tenso de lo habitual, como si se estuviera gestando una tormenta bajo la superficie. Había estado evitando a mi madre desde la boda de Desmond, pero hoy había insistido en comer conmigo y sabía que no aceptaría un no por respuesta.

Pero mientras ensalzaba las virtudes de su última elección como pareja potencial para mí, deseé haberme negado a acceder.

"Elliot, querido, es perfecta para ti", declaró con rotundidad. "Viene de una familia prestigiosa y sus conexiones nos serán de gran utilidad".

Respiré hondo y me preparé para la revelación que estaba a punto de hacer.

"Mamá, no puedo casarme con ella", dije firmemente. "Ya tengo una relación".

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida, y se echó hacia atrás en su silla, escrutándome atentamente. "¿Tú, una relación? ¿Quién puede ser? Siempre estás en casa con Rose o en el trabajo".

Vi cómo se daba cuenta y su expresión cambiaba de sorpresa a una mezcla de conmoción y enfado.

"Es la niñera que contrataste, ¿no?", dijo con un claro desprecio.

No lo negué. Porque no podía negar la verdad, ya no.

"Sí, mamá", respondí simplemente. "Fiona y yo estamos juntos".

La ira de Regina se desató y su voz se hizo más fuerte, lo que atrajo la atención de los demás clientes.

"¿Cómo te atreves, Elliot? Ella está muy por debajo de nuestro estatus social. ¡Eres incluso peor que tu hermano! No puedes considerar seriamente un futuro con ella".

Mantuve la calma, a pesar de la creciente tensión en el ambiente.

"Puede que Fiona no sea rica ni poderosa, pero eso forma parte de su atractivo. Es amable, tiene talento y quiere a Rose como si fuera su propia hija", le expliqué. No estaba acostumbrado a dirigirme a mamá tan directamente. Pero Fiona valía la pena. "Ella trae felicidad a nuestras vidas y no dejaré que ni tú ni nadie, impida que lo siga haciendo".

Los ojos de mamá brillaron de desaprobación.

"Estás tirando por la borda todo por lo que hemos trabajado sólo por una mujer que no pertenece a nuestro mundo", su voz destilaba desprecio.

Le sostuve la mirada, inflexible.

¿Todo por lo que "nosotros" hemos trabajado? Yo nunca había formado parte de sus planes.

"Quizá sea hora de replantearnos qué es lo realmente importante. No voy a dejar que tus expectativas dicten mi felicidad, mamá", dije. "Fiona y Rose son mi familia y no dejaré que tú, ni nadie se interponga entre nosotros".

Su ira hervía bajo la superficie, tardó un momento en calmarse.

"Recuerda lo que te digo, Elliot", respondió con una calma glacial. "Esto no acabará bien. Te arrepentirás de tu decisión. Publicaré el vídeo si es necesario. ¿Crees que Fiona se quedará

contigo cuando vea quién eres en realidad?".

"Entonces hazlo", le dije. Llevaba demasiado tiempo amenazándome. "Cometí un error y tú te empeñas en recordármelo a cada rato. No me importa mi reputación. Ni siquiera me importa si pierdo mi trabajo. Fiona sabe quién soy realmente, no se echará atrás tan fácilmente".

"Yo no estaría tan segura de eso", bromeó con sorna.

Me levanté de mi asiento, con una llama de fuego ardiendo en mi interior.

"Adiós, mamá", fue todo lo que dije. No dejaría que me controlara más.

Fiona

El sol brillaba con fuerza mientras nos dirigíamos a los pozos de alquitrán de La Brea. Rose iba delante, agarrada a mi mano con fuerza y tirando de mí, mientras Elliot caminaba a nuestro lado con una cálida sonrisa en los labios. Parecía el día perfecto para una aventura.

Recorrimos las exposiciones nos divertían y asombraban los fósiles. Los pozos de alquitrán burbujeantes con restos de vida prehistórica también eran increíbles. A Rose se le iluminaron los ojos de fascinación cuando se enteró de que aquellas criaturas se extinguieron hace mucho tiempo.

"¡Mirad!", gritó Rose, señalando una exposición de fósiles antiguos. "¿Crees que estos dinosaurios eran amigos?".

Solté una risita y me arrodillé a su altura.

"Es un bonito pensamiento, ¿verdad?", pregunté con una sonrisa. "No podemos saberlo con seguridad, pero podemos imaginar que así fue".

Los ojos de Rose brillaban de curiosidad y yo estaba hipnotizada por su inocencia y su sed de conocimiento. Mientras caminábamos por el museo, nos bombardeaba a preguntas y su entusiasmo genuino era contagioso.

"¡Elliot!" grité, sosteniendo mi cámara lista para capturar el momento. "Rose quiere saber si a los mamuts les gustaba el helado".

"¿A quién no le gusta el helado?", replicó levantando a Rose y colocándola sobre su cadera. Hice otra foto mientras padre e hija se miraban cariñosamente. "A mí desde luego me encanta el helado".

"¿Podemos tomar uno?", preguntó Rose, poniendo ojitos de cachorrito.

"¿Qué? ¿un mamut? Ni hablar, no cabría en casa", bromeó Elliot.

"Paaapiiiii", gimió Rose y puso los ojos en blanco. "Quiero decir un helado".

Elliot se rió. "Claro que podemos tomar un helado".

sonreí. Rose apretó el dedo meñique de su padre.

Me di cuenta de lo mucho que quería estar allí para verla crecer. Cuanto más tiempo pasaba con Elliot y Rose, más estrechos se volvían nuestros lazos; eran como un hilo de oro que unía nuestros corazones.

No pude evitar capturar esos preciosos momentos con mi cámara para preservar la alegría y la conexión que nos rodeaba. Tomé fotos de la cara radiante de Rose mientras posaba con la réplica del perezoso gigante y de la risa contagiosa de Elliot mientras intentaba imitar el feroz gruñido de un tigre dientes de sable. Aquellas instantáneas eran algo más que fotos: eran recuerdos que ocuparían para siempre un lugar especial en mi corazón.

A lo largo del día, Elliot y yo intercambiamos miradas y sonrisas secretas, nuestro afecto era obvio, siempre presente. A veces nos quedábamos detrás de Rose, saboreando momentos de intimidad robados en medio del bullicioso museo. Cada suave caricia, cada palabra susurrada encendía un fuego en mi interior que no podía ignorar.

Cuando el día tocaba a su fin, volvimos a encontrarnos cerca de los burbujeantes pozos de alquitrán. Las tonalidades doradas del sol poniente pintaban un lienzo impresionante y arrojaban un cálido resplandor sobre nosotros. La voz de Rose llenaba el aire. Era una melodía de inocencia y amor.

"¡Mamá, mira las burbujas de alquitrán!", gritó Rose, señalando los charcos viscosos.

El corazón me dio un vuelco y una cierta inquietud surgió en mi interior, junto con una pequeña chispa de alegría.

Elliot se detuvo, con cara de asombrado.

"Cariño, sabes que no soy tu mamá", la corregí suavemente, con la voz llena de ternura. "Imposible sustituirla".

Pero los grandes ojos de Rose seguían llenos de determinación, su pequeña mano agarró la mía.

"Por ahora sí eres mi mamá", insistió ella, con voz rebosante de inocente convicción.

La mirada de Elliot se cruzó con la mía y sus ojos reflejaron una montaña rusa de emociones: sorpresa, esperanza y quizá una pizca de añoranza. Me dedicó una suave sonrisa, una invitación silenciosa a saborear este precioso momento.

"Eso suena bien", susurró, lleno de calidez y afecto.

Mi corazón se henchió de un sentimiento agridulce. Estaba completamente enamorada de él. Pero tenía demasiado miedo de ponerlo en palabras. Sentía que en el momento en que las dijera en voz alta, todo me sería arrebatado. El miedo a alterar nuestro delicado equilibrio y a abrir nuevos caminos silenció las palabras de mi boca.

Vimos la puesta de sol juntos. Rose estaba entre Elliot y yo. Nuestra pequeña familia. Guardé los recuerdos de aquel hermoso día, las fotos que captaban algo más que sonrisas y carcajadas. Encarnaban un amor que bailaba entre líneas y se escondía en miradas robadas.

Y mientras el sol desaparecía para revelar un cielo estrellado, contuve mis emociones, aprecié los momentos tranquilos que habíamos compartido y me pregunté qué nos depararía el futuro.

Capítulo 23

Fiona

Había hecho tortitas de plátano para Rose y para mí y estaba a punto de sentarme a desayunar cuando sonó mi teléfono.

El número aparecía como privado, pero esperaba que fuera Elliot. Había viajado unos días para reunirse con un cliente que lo había contratado como asesor.

Se había ido ayer, pero yo ya le echaba mucho de menos y sabía que Rose también.

"¿Diga?" Cogí la llamada y esperé oír la voz de Elliot.

Se hizo el silencio. Luego me pareció oír un ruido de raspado, como si el teléfono rozara algo.

"¿Hola?, ¿Elliot?"

La llamada se interrumpió bruscamente. Fruncí el ceño pero no le dí más importancia. Seguramente se habían equivocado de número. Volví a mis tortitas.

"¿Quieres ir hoy al parque?", le pregunté a Rose.

"¡Sí, por favor!" Sonrió. "Quiero ir al columpio, creo que si me empujas lo suficiente, ¡podré columpiarme hasta el cielo!"

"No estoy tan segura de eso", me reí. Rose se había vuelto mucho más valiente y segura de sí misma últimamente. Era agradable verla tan feliz.

Mi teléfono volvió a sonar. Un número privado de nuevo.

"¿Hola?" Descolgué el teléfono. Silencio. Pero entonces...

"Te oigo respirar", dijo una voz.

La llamada se interrumpió.

"Qué extraño", murmuré.

"¿Qué?", preguntó Rose con el ceño fruncido, preocupada.

"Oh, no ha sido nada", dije para no asustarla. "Probablemente alguien marcó el número equivocado".

Reprimí el malestar que se había instalado en mi estómago. Probablemente no era nada. Cuando llegamos al parque, casi lo había olvidado.

Empujé a Rose en el columpio y dejé que se columpiara tan alto como permitían las cadenas, pero no había forma de que me acercara siquiera a cumplir su deseo de columpiarse hasta el cielo. Menos mal.

Una hora más tarde volvimos a casa. El parque estaba lo bastante cerca para ir andando y en el camino de vuelta disfruté enseñándole a Rose diferentes plantas y pájaros. Cuando nos acercábamos a la casa, me fijé en una limusina negra con las ventanillas oscurecidas que estaba fuera aparcada. Reduje la velocidad y cogí a Rose de la mano. Luego saqué el móvil del bolsillo, por si acaso.

El coche se alejó y respiré aliviada. Entonces me di cuenta de lo paranoica que me había vuelto.

Elliot no llevaba ni dos días fuera y yo ya veía fantasmas por todas partes. Eso era ridículo.

El resto del día transcurrió sin incidentes y Elliot llamó más tarde para darle las buenas noches a Rose. Estuve a punto de contarle lo de las llamadas y el coche, pero luego cambié de idea. No tenía sentido preocuparle por nada.

Pero al día siguiente volví a ver el coche aparcado fuera. Me acerqué a la ventanilla para ver si reconocía al conductor, pero los cristales estaban tintados y el coche se marchó antes de que pudiera verlo bien.

Esa misma noche, después de que Rose se hubiera ido a dormir y yo me hubiera acurrucado en la cama, volvió a sonar el número privado.

"Si se supone que esto es una broma, no tiene gracia", dije enfadada mientras cogía la llamada. En ese momento colgaron.

Pensé en llamar a Elliot, pero no quería molestarle. Incluso se me pasó por la cabeza la idea de llamar a la policía, pero ¿qué podían hacer?

"¿Hola, oficial? Recibí una llamada y vi un coche aparcado enfrente de mi casa, por favor, protéjame".

La llamada podía ser una equivocación. Y siempre pasaban coches por delante de casa, quizá no había prestado atención hasta que Elliot se había ido por unos días fuera de la ciudad. Probablemente estaba paranoica.

Pasó un día y luego otro. Me reconfortaban los recuerdos de la presencia de Elliot; me hacía sentir fuerte y capaz, segura con su apoyo inquebrantable. En sus brazos, me sentía protegida y a salvo de las incertidumbres que ahora me acosaban.

Me recordé a mí misma que no estaba sola y que él volvería en unos días. Cada vez que respiraba, recurría a la fuerza que él me había infundido y dejaba que impregnara mi ser y apagara los rescoldos del miedo.

Estaba decidida a no dejar que esta amenaza desconocida destruyera la paz que tanto nos había costado construir. Juntos habíamos creado un santuario de confianza y comprensión, y no permitiría que nada ni nadie lo destruyera.

Tomé precauciones básicas asegurándome de que las puertas y la verja de entrada estuvieran cerradas y aseguradas. Decidí no ir más al parque. Llevé a Rose a la guardería y eso fue todo. Nada podía ocurrir, estábamos fuera de peligro tras los altos muros de Elliot y su casa era segura.

Ojalá hubiera podido sentir sus fuertes brazos rodeándome por la noche.

Elliot ya llevaba fuera cinco días. Llegué a casa después de dejar a Rose en la guardería y estaba deseando tener algo de tiempo para mí.

Llevaba más de un día sin recibir ninguna llamada misteriosa ni ver ningún coche sospechoso. Elliot volvería mañana y entonces se acabaría el susto.

Decidí ponerme a editar algunas fotos. Últimamente Elliot y Rose habían sido mis temas principales y pensé en imprimir unas cuantas como sorpresa para dárselas cuando él volviera.

Subí a buscar mi portátil pero no estaba en su lugar habitual. Fruncí el ceño porque estaba segura de que lo había vuelto a dejar en mi habitación, que se había convertido en una especie de despacho para mí desde que dormía en la habitación de Elliot todas las noches.

Por un momento me preocupó que nos hubieran robado. Quizá la persona del coche negro había registrado la casa. Sin embargo no era probable, la casa tenía alarma y yo siempre la conectaba antes de salir. No había ninguna posibilidad de que se repitiera lo que había ocurrido cuando robaron en mi piso.

Además, no faltaba nada más y mi portátil no era ni mucho menos lo más valioso que había. Simplemente lo habré extraviado.

Me llevó toda la mañana registrar todas las estancias. Al final, estuve en habitaciones en las que hacía semanas que no entraba. Me recordó lo grande que era la casa de Elliot. Se había convertido en un hogar para mí, tan acogedor y lleno de felicidad que casi había olvidado que vivía en una mansión.

Estaba a punto de abandonar la búsqueda -tenía que recoger a Rose en unos minutos y había perdido toda la mañana buscando- cuando lo vi tirado en la mesita del salón. Pensé que ya había registrado el salón de arriba abajo; incluso había dado la vuelta a los cojines del sofá por si se había colado de algún modo.

¿Cómo podía no haberlo visto estando ahí tirado?

No se me ocurrió ninguna otra explicación. Debía de haberlo pasado por alto en medio de mi estrés. Lo llevé a mi habitación y fui a recoger a Rose a la guardería, asegurándome de haber puesto la alarma antes de salir de casa.

De camino a casa, le pregunté a Rose de pasada después de que me contara su día: "Oye Rose, ¿has jugado con mi portátil?".

"No", respondió Rose frunciendo el ceño.

"¿No lo moviste para nada? ¿Quizá sólo de mi habitación al salón?", le insistí. "No estoy enfadada, sólo quiero saberlo".

"No lo he tocado", dijo cruzando los brazos delante del pecho.

"Vale, sólo quería asegurarme", la tranquilicé. No recordaba haberlo usado en el salón, pero debía de haberseme olvidado.

Gracias a Dios que Elliot vuelve a casa mañana. Empiezo a sentir que me estoy volviendo loca.

"Cuando lleguemos a casa, ¿podemos hacer tartas de barro?", preguntó Rose.

"Claro que podemos", sonreí y me sacudí las preocupaciones.

"¡Vamos, Rose! Estos pasteles de barro no se hacen solos", grité y arrastré una regadera por el jardín hasta un parterre. Rose saltó detrás de mí, riendo. Agradecí la distracción y me propuse que nuestra última tarde sin Elliot fuera divertida.

El sol de finales de otoño nos abrazó mientras nos acucillábamos cerca de un lecho de tierra rica, dispuestas a dar rienda suelta a nuestra creatividad culinaria. Rose cavó un pequeño hoyo con las manos y yo empecé a verter el agua.

Rose soltó una risita, se salpicó las manos con el agua y mezcló la tierra hasta convertirla en barro.

Noté un movimiento por el rabillo del ojo. Casi se me para el corazón al darme cuenta de que había alguien en casa. Me di la vuelta cuando de repente salió la madre de Elliot y se acercó a nosotras con aire de urgencia y desgana. No era más que una intrusa en la casa.

La presencia de Regina no era del todo extraña -a menudo se dejaba caer sin avisar-, pero el momento era extraño. Me pregunté qué la habría traído hoy aquí y una sensación de inquietud se me puso en la boca del estómago. Respiré hondo, me concentré en la risa inocente de Rose e intenté bloquear mis temores.

"¡Mira, mamá!", exclamó Rose, levantando con orgullo su creación. "¿No es el pastel de barro más grande que has visto nunca?".

Los ojos de Regina se entrecerraron y me estremecí.

"¡Lo es!", respondí, tratando de mantener un aire distendido en medio de la inminente

conversación con Regina. "¿Y sabes qué?, si añades más agua, seguro que puedes hacerlo aún más grande".

La voz de Regina cortó el aire e interrumpió nuestro fangoso jolgorio. "Fiona, ¿podemos hablar?"

Miré brevemente a Rose, que se dio cuenta del cambio de humor y me dedicó una sonrisa alentadora antes de ponerme en pie. Como no tenía dónde limpiarme las manos llenas de barro, tuve que limpiármelas en los vaqueros. Los labios de Regina se apretaron aún más al verme hacerlo.

"¿En qué puedo ayudarte, Regina?", pregunté cortés pero cautelosamente.

La mirada crítica de Regina me recorrió con ojos llenos de disgusto.

"Fiona, necesitamos tener una conversación seria. De mujer a mujer. No creo que seas la mujer adecuada para mi hijo. Es hora de que pienses en dejarlo".

Me levanté como si me hubieran dado una bofetada.

"No dejaré que nadie me diga con quién estoy o dejo de estar", respondí con firmeza y sinceridad.

Los labios de Regina se curvaron en una sonrisa despectiva. Como si aún tuviera ventaja.

"Vienes de orígenes humildes, eres la hija ilegítima de una criada, y el futuro de Elliot exige más", dijo, como si tuviera todo el sentido del mundo.

"Tú no sabes nada de mí", protesté, negándome a que me avergonzara, aunque sus palabras me dolieran.

"Yo lo sé todo", continuó con una sonrisa de hiena. "He leído sobre ti, Fiona Richie, hija de una pobre sirvienta. Sólo puedo imaginar que tu madre sedujo a Malcolm Blake y utilizó a su bastarda para aprovecharse de él. No permitiré que le hagas lo mismo a mi hijo".

"¿Cómo te atreves?". "No conoces a mi madre y no tienes ni idea de lo mucho que sufrimos con ese hombre".

Regina resopló e ignoró mi dolor como si nada.

"Puedo ofrecerte una oportunidad, la oportunidad de una vida mejor. Todo lo que tienes que hacer es dejarlo y tú pones el precio".

Se me revolvió el estómago y se me cerró el pecho. Era tan increíblemente parecida a mi padre. Por suerte yo ya no era una niña. El intento de Regina de comprar mi lealtad, de socavar mi valor por mi situación económica, no hizo más que reforzar mi intransigencia. Respiré hondo y la miré con una determinación inquebrantable.

"No me dejaré influir por ofertas de dinero ni me menospreciaré a mi misma por mi origen. Tenemos un vínculo real y no dejaré que nadie nos separe", afirmé con voz firme y decidida. "Siento que te resulte difícil aceptarlo, pero Elliot ha tomado su decisión".

La expresión de Regina se endureció y entrecerró los ojos.

"¿De verdad crees que unas semanas jugando a la familia con mi hijo significa que lo conoces?". Regina se rió. "Niña tonta".

Regina sacó el móvil y empezó a reproducir un vídeo. Fruncí el ceño y tardé un segundo en darme cuenta de lo que había en el vídeo. Entonces reconocí a Elliot, que llevaba el pelo un poco más largo que ahora. Estaba con una mujer, por su aspecto diría que probablemente era una modelo. Estaban sentados en la parte trasera de una limusina, con copas de champán en la mano y claramente borrachos. Observé atónita cómo la modelo resoplaba y se reía antes de acercarse a Elliot para darle un beso. Entonces, la persona que filmaba se acercó y giró la cámara para que yo pudiera ver que ella también era una mujer increíblemente hermosa. Se inclinó y besó a Elliot

mientras la otra mujer se apartaba. Ese fue el final del vídeo.

"No significa nada", murmuré, aunque me dolía verlo. "Sé que Elliot tiene un pasado".

"¿Lo sabes?", preguntó ella, arqueando las cejas. "¿Sabes que una de las mujeres del vídeo tuvo una sobredosis esa noche? Murió al día siguiente".

"Eso es mentira", respondí, pero no estaba segura. "Además seguro que eso no es culpa de Elliot. Si pensaste que eso me haría dejarlo, entonces no entiendes lo que es el amor".

Regina se rió. "Niña ingenua. ¿Qué crees que pasaría si hiciera público este vídeo? Elliot, ¿un abogado de fama envuelto en semejante escándalo? Fui yo quien pagó a la otra putita para que se callara, me diera el vídeo y borrara todas las copias. Estaba protegiendo la reputación de mi hijo antes de que tú lo atacaras con tu codicia".

"Entonces, ¿por qué amenazas con publicar el vídeo ahora?", pregunté, odiando la forma en que mi voz vacilaba por la incertidumbre.

"Te lo diré claramente: si no te alejas de Elliot, haré lo que sea necesario para asegurarme de que pierda la custodia de Rose", amenazó. "Quiero que mi nieta sea criada por alguien apto para ello. Si Elliot se queda contigo de todos modos, sólo demostrará que no está a la altura de la tarea y tomaré cartas en el asunto".

"¿Estás loca si crees que un tribunal te daría la custodia de Rose!"

"Fiona, ¿has perdido algo recientemente?", preguntó de repente. La extraña pregunta me hizo parpadear sorprendida. "¿Quizás algo importante que desapareció por unas horas?"

Me di cuenta. "¿Me has robado el portátil?"

Regina se limitó a sonreír en respuesta.

"¿También estabas tú en el coche?", seguí preguntando, con la ira creciendo en mí como un volcán. "¿Y las llamadas telefónicas?"

Se encogió de hombros y no admitió nada. "No me gustaría llamar a la policía, pero como abuela preocupada, no puedo permitir que mi nieta viva en una casa donde hay drogas".

"Pero aquí no hay drogas", dije, confusa. "Elliot no toma drogas y yo tampoco".

"¿Estás segura? ¿Quién puede decir que algo no va a aparecer de la nada ... Igual que tu ordenador portátil".

"No te atreverías", murmuré. No podía creer que Regina le pusiera pruebas de ese tipo a su propio hijo.

"Como dije, haré lo que sea", gruñó Regina, "lo que sea. Para sacarte de mi vida. Incluso si eso significa destruir a mi hijo. Puedo empezar de nuevo con Rose, educarla como es debido. No pude hacer que mis tercetos hijos hicieran lo que les digo, pero Rose será más obediente".

El miedo me atenazaba el corazón y mi mente buscaba febrilmente una solución. La idea de que Rose se separara de Elliot después de todo lo que había pasado con la pérdida de su madre era inimaginable. Regina destruiría a Rose si conseguía su custodia. No podía permitir que eso sucediera, pero tampoco podía defraudar a Elliot.

¿De verdad tendría que hacer algo así?

"Rose no es una moneda de cambio", dije, haciendo acopio de todo mi valor, aunque me temblaba la voz ante la idea de perder a Elliot y a Rose. Miré a Rose, que seguía jugando en el barro. "Se merece que su padre y yo estemos en su vida. ¿De verdad intentarías apartarla de nosotros sólo porque no puedes superar tus prejuicios?"

Los ojos de Regina se clavaron en los míos, la tensión entre nosotras era palpable.

"No me limitaré a intentarlo", declaró con voz grave y acerada. "Recuerda mis palabras: si no dejas a Elliot, haré todo lo que esté en mi mano para obtener su custodia. Y no me importa a

quién tenga que destruir para hacerlo. Si no puedo salvar a Elliot de ti, al menos puedo asegurarme de que mi nieta ya no esté bajo tu influencia".

"No puedes hacer eso", y empecé a perder la compostura.

"Oh, qué tontita eres", murmuró ella, sacudiendo la cabeza. "Cuando una tiene tanto dinero como yo, puede hacer lo que quiera. Déjalo. Si no lo haces, lo sabré".

No me dio la oportunidad de replicar, giró sobre sus talones y salió de la casa. Me sentí mal mientras la seguía con la mirada y supe que su amenaza iba en serio.

Los ricos como ella siempre conseguían lo que querían. Lo había visto a menudo en mi infancia. Quizá Elliot pudiera luchar contra ellos y ganar la batalla por la custodia, pero no había garantías.

Especialmente si Regina estaba realmente dispuesta a usar el vídeo y presentar pruebas falsas. Rose tenía que quedarse con Elliot, incluso si eso significaba que tenía que irme. Haría cualquier cosa para proteger a mi familia.

Y sabía que Regina no se detendría ante nada para conseguir lo que quería. Ya me estaba observando y no me cabía duda de que cumpliría sus amenazas. Parpadeé rápidamente para contener las lágrimas.

"¿Mamá?", preguntó Rose. No me había dado cuenta de que había salido del parterre. Ahora estaba a mi lado y me miraba con sus ojos grandes y preocupados.

"Rose, cariño", dije, odiando el temblor de mi voz. Lo último que quería era asustar a Rose. "Tenemos que asearnos porque vamos a visitar al tío Desmond y a la tía Lucy".

Sólo podría soportar separarme de Rose si lo hacía ahora. Elliot no volvería a casa hasta mañana y sabía que para entonces mi determinación se habría esfumado. También sabía que Elliot no me dejaría marchar si descubría el motivo de mi marcha. No podía correr ese riesgo, Rose era demasiado importante. Lucy y Desmond cuidarían bien de ella hasta que Elliot volviera a casa.

A diferencia de Regina, la felicidad de Rose siempre fue lo primero para mí. Puede que no fuera mía biológicamente, pero la quería como a mi propia hija y el amor era lo único que importaba. Sólo deseaba no haber tenido que renunciar a mi amor para protegerla.

Elliot

Entré por la puerta principal, dispuesta a volver a ver a mis chicas. Incluso una semana sin ellas había sido demasiado tiempo. Esperaba que vinieran a la puerta en cuanto la abriera, sobre todo Rose, que se había convertido en una niña salvaje. Pero todo estaba tranquilo en la casa.

Cuando mi madre entró en el vestíbulo, supe que algo iba mal.

"Elliot", dijo con voz seria.

"¿Dónde están Rose y Fiona?", pregunté, con la piel erizada por el presentimiento. Los peores escenarios ya circulaban por mi cabeza.

"Rose está con tu hermano", me explicó mi madre. "Y Fiona... quién sabe adónde ha ido la chica".

"¿Qué se supone que significa eso?"

"Se ha ido", dijo fríamente.

Sentí mal cuerpo. "Te equivocas", gemí. "Fiona nunca...".

"Bueno, lo hizo", respondió, sin intentar fingir arrepentimiento. "No nos molestará más".

"¿Qué has hecho?", pregunté. Conocía a mi madre lo suficiente como para sospechar que ella tenía algo que ver. Si Fiona se había ido de verdad, si mi madre decía la verdad, tenía que haber una razón.

"Hice lo que tenía que hacer", comentó burlonamente. "Tenía que asegurarme de que te era leal. Así que le ofrecí dinero. No lo aceptó de inmediato, lo reconozco. Pero cambió de opinión cuando vio el vídeo".

"¿Le ofreciste dinero para que me dejara?", tartamudeé, cerrando los puños. "¿Qué demonios te pasa?"

"No te atrevas a hablarme así", siseó y dio un paso hacia mí. "Deberías estar agradecida. Si esa zorra te quisiera de verdad, ¿no crees que estaría aquí ahora? No habría aceptado el dinero si sus sentimientos fueran reales. Pero un vistazo al vídeo bastó para asustarla".

Sacudí la cabeza.

"¿No me crees?", preguntó ella en tono de reproche. "Eso duele. Pero toma, ha dejado una nota. Quizá por fin te enfrentes a la verdad cuando la hayas leído".

Mi madre me entregó un papel y enseguida reconocí la letra de Fiona.

Querido Elliot,

Lo siento. No podía esperar a que volvieras a casa. Rose está a salvo con Lucy y Desmond.

Adiós,

Fiona

Miré la nota desesperadamente, suplicando que cambiaran las palabras. Busqué otro significado, algo que explicara por qué no estaba aquí, porque no podía imaginarla aceptando dinero por algo así. Jamás. Pero ya no podía convencerme de que no se había ido...

"¿Por qué le enseñaste el vídeo?", grité.

"Se merece saber quién eres en realidad", replicó ella, sonando casi comprensiva. "Elliot, sabes que te has engañado pensando que el amor es importante. Por eso necesitas estar con una de nosotras. A las mujeres de nuestros círculos no les importa un pequeño error de juventud".

La rabia se apoderó de mí. Nunca había esperado nada bueno de mi madre, pero ésta era una de las peores cosas que me había hecho. Y Fiona... Eso me pasó por meterme con la dulce e ingenua niña. Debería haberlo sabido. "Quizá ahora empieces a pensar en una pareja más adecuada", me instó mi madre, ajena a mi ira. "Tengo una lista de solteras que deberías mirar. Son todas guapas, no te preocupes. Sé cómo sois los hombres. Pero lo más importante es que todas son ricas y tienen excelentes contactos. Tenemos que apegarnos a nuestra gente; espero que finalmente te des cuenta de eso. Y una vez que te hayas establecido en casa, ¿tal vez una carrera política? Tienes que hacerte un nombre".

"No", murmuré entre dientes apretados. "A diferencia de ti, yo no me caso por poder o dinero".

Tuvo el descaro de parecer ofendida, pero luego sonrió con picardía. "Eso ya lo veremos".

"No lo haremos", la corregí, "y ahora si me disculpas, tengo que recoger a mi hija".

Me di la vuelta y me fui. Tenía que darle las malas noticias a Rose. Estaría destrozada. Tenía que ser fuerte por ella...

"Maldita sea, Fiona", me dije mientras entraba en mi coche.

Me había descuidado y ¿qué había conseguido? Rose la llamaba "mamá", joder. ¿Cómo podía irse por un vídeo y dinero? ¿De verdad era tan voluble? ¿Tan fácil de desanimar? Mi madre no dejaba de recordarme lo del vídeo y de amenazarme con ello. Yo nunca me había drogado, no era culpa mía que a la modelo le diera una sobredosis. Ni siquiera estuve allí cuando lo hizo.

Fiona me había dado la confianza para creer que el vídeo ya no importaba.

Solté una carcajada amarga, con los nudillos apretando el volante. En cuanto me hubiera ocupado de Rose, llamaría a Fiona. Al menos podría hacerme el favor de romper conmigo en persona.

Capítulo 24

Fiona

Me acurruqué en el sofá de Callie y me quedé mirando el teléfono cuando sonó.

Elliot llamó. Y volvió a llamar otra vez.

Sin duda quería respuestas. Pero yo no podía dárselas. No si quería que él y Rose estuvieran a salvo.

Si le dijera la verdad, ¿qué haría Regina? Elliot querría pelear con ella y ella le demandaría para quitarle la custodia. Rose no podía acabar con esa horrible mujer.

Cuando la llamada saltó al buzón de voz, empezaron a llegar los mensajes.

Fiona, por favor, al menos dime que estás bien.

Elliot: Rose está destrozada, no puede parar de llorar.

Ambos merecemos una explicación.

¿De verdad vas a dejarnos así?

El corazón se me partía de nuevo con cada mensaje. Se me nublaron los ojos de lágrimas y bloqueé el número de Elliot para que dejara de llamarme. Así era mejor para los dos. No podía darle las respuestas que quería y no podía soportar más dolor.

Además de todo el dolor por la pérdida de Elliot y Rose, sentía una culpa aplastante que pesaba sobre mí. Les había defraudado. Eran las dos personas que más quería en el mundo. No importaba que sintiera que no tenía elección. Estaban heridos por mi culpa.

Soy una perdedora.

No podía proteger a mi familia sin hacerles daño. Volvía a dormir en el sofá de mi amiga; sin trabajo, sin vida, sin hogar. Tenía la cámara que Elliot me había dado y eso era todo. Ni siquiera debería haberla aceptado. Probablemente ya se arrepentía de haber gastado un solo céntimo en mí.

Mi teléfono volvió a sonar y el nombre de Harrison parpadeó en la pantalla. Me mordí el labio y lo aparté. Cómo iba a enfrentarme a mi hermano después de lo que había hecho?

Volvió a llamar enseguida. No quise bloquear su número porque no podía perder a otra persona.

"Hola", respondí con voz ronca por el llanto.

"Fiona, ¿estás bien? Elliot llamó, dijo que te habías ido, ¿qué pasa?" preguntó con urgencia.

"Estoy bien", murmuré, sonando cualquier cosa menos bien. "No pude. Entiendes...".

¿Cómo iba a explicárselo a Harrison? Él nunca dejaría a Miranda y a su bebé. Ni siquiera si alguien tan parecido a nuestro padre lo hubiera amenazado. Él era más fuerte que eso. Más fuerte que yo.

"Fi, por favor, háblame", me suplicó. Casi nunca me llamaba así.

"Lo siento", tartamudeé. "Por favor, no me hagas hablar de ello".

"¿Hizo algo Elliot? ¿Te ha hecho daño?"

"No, nada de eso", solté. "Él nunca haría eso. Lo siento, Harrison, no puedo. Díselo. Lo siento".

"¿qué es lo que no te ha gustado?"

"Harrison, por favor".

Hubo una pausa. Luego le oí respirar hondo.

"De acuerdo", admitió derrotado. "Pero si cambias de opinión...".

"Tengo tu número", intenté bromear. Ninguno de los dos se rió.

Terminé la llamada y metí el teléfono debajo de la almohada.

¿Qué demonios debo hacer ahora?

La pérdida de Elliot y Rose me dolía y me enfadaba que otra gilipollas rica me lo hubiera quitado todo y me culpaba por haberles dejado salirse con la suya a los dos.

Los días se alargaban y con cada uno de ellos me agobiaba todavía más el peso de mi decisión. Me cuestionaba a mí misma, atormentada por la culpa y la tristeza de haber dejado atrás a Elliot y a Rose. La soledad me roía el corazón y amenazaba con tragarme entera.

Al cabo de una semana, Callie se hartó de mi abatimiento e insistió en llevarme a dar un paseo por el parque. Como no quería ser una carga más para ella, acepté y salimos a tomar el sol. Hacía días que no salía.

Caminamos por el parque en silencio durante un rato. El variado paisaje amortiguó un poco mi dolor.

"Hoy hace un día precioso", dijo finalmente Callie. "Realmente ha llegado el otoño, ¿verdad?".

No solíamos entablar conversaciones amables, pero agradecí su intento de hablar de otra cosa que no fuera la angustia que me consumía.

"Sí", asentí y me di cuenta de que tenía razón. Era un día cálido y las últimas hojas de otoño aún se aferraban a los esqueléticos árboles. Las semillas de diente de león salpicaban la hierba bajo nuestros pies. Mi mundo se había derrumbado pero el resto vivía y prosperaba. En cierto modo eso era reconfortante.

Miré a Callie, mi mejor amiga, que había estado conmigo en las buenas y en las malas. Con su vaporoso vestido de cachemira y su rebeca de patchwork, parecía tan llena de vida como la naturaleza que nos rodeaba.

Saqué mi móvil y le hice una foto. El sol de la tarde brillaba entre las ramas de los árboles, tiñendo de caoba su pelo castaño y haciendo brillar sus ojos verdes.

"Oye", Callie hizo una mueca después de que le hiciera la foto. "¿A qué ha venido eso?"

Le enseñé la foto y sonreí por lo bien que había quedado, aunque sólo la había hecho con el móvil.

"Me sentí inspirada", expliqué y al oír mis propias palabras, no pude evitar pensar en lo cierto que sonaba. La fotografía siempre había sido una buena distracción para mí y ahora después de perder a Elliot, la necesitaba más que nunca.

"¿Por qué no participas en el concurso del que me hablaste?", preguntó Callie, como si me hubiera leído el pensamiento.

"No lo sé", suspiré. "¿Y si no soy lo suficientemente buena?"

"¿Y si lo eres?", replicó ella, ladeando la cabeza en tono desafiante. "Fiona, tienes un don. No conozco a nadie que capte la esencia de una persona tan bien como tú. Cada retrato que haces cuenta una historia. Tienes que dejar de dudar de ti misma y empezar por fin a abrazar tu talento. Y tu fuerza".

"¿Qué fuerza?", pregunté con un bufido de autodesprecio.

Callie suspiró y me miró con tristeza: "Sé que lo has pasado mal y no es justo. Pero Fi, si lo único que haces es menospreciarte e insistir en que no puede pasarte nada bueno, así será tu vida. Nadie tiene la garantía de que las cosas vayan bien, pero si nunca lo intentas, te estás asegurando que no lo hagan".

Me quedé en silencio un momento. Quería enfrentarme a ella, decirle lo injusta que era la vida y que daba igual lo que hiciera. Que no tenía sentido intentar nada sin Elliot. Pero en lo más profundo de mi corazón, sabía que eso no era cierto. Había muchas cosas terribles que podían pasar en la vida, pero rendirse no cambiaría nada.

¿Había renunciado a Elliot demasiado pronto? Ese pensamiento me hizo vacilar, pero me lo quité de la cabeza. Había tomado una decisión. Tenía que aceptarlo.

"Sin riesgo no hay recompensa, ¿eh?", dije en su lugar, intentando animarme.

"¿No fue por eso por lo que saliste con Elliot aquella noche?", desafió Callie, clavándome la mirada. Se me apretó el corazón.

"Sí", murmuré amargamente. "Y aún así lo perdí. Y a Rose".

El rostro de Callie se llenó de simpatía y yo estuve a punto de llorar.

"¿Preferirías no haberla conocido nunca?", preguntó con dulzura.

Me invadió una nueva oleada de tristeza. "No", respondí con sinceridad. "No lo preferiría".

La idea de ni siquiera conocerla, de no haberla amado nunca, era mucho peor.

Callie asintió con complicidad.

"¿Cómo has conseguido ser tan sabia ?", me pregunté, desesperada por sentir algo que no fuera la abrumadora tristeza que amenazaba con engullirme.

"Siempre es más fácil ocuparse de los problemas de los demás", explicó amablemente.

Volvimos a su piso en un silencio cordial. No dejaba de pensar en el concurso de fotografía. Necesitaba la liberación emocional que la fotografía podía proporcionarme. En medio de la oscuridad, un destello de determinación y esperanza parpadeó en mi interior.

De vuelta al piso de Callie, saqué la cámara y la conecté al portátil. Aparecieron cientos de fotos de Rose y Elliot. Nuestro corto tiempo juntos estaba documentado con tanto amor... Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me las enjuagué.

Cuando miré las bases del concurso, empecé a escribir mi propuesta. El tema era la fragilidad y de repente supe exactamente lo que quería presentar. No había nada más frágil en mi vida que el amor, aunque bien pensado también era mi fuerza.

Cuanto más trabajaba en el proyecto, más segura me sentía. Pasé la noche en vela para asegurarme de que todo estaba perfecto, antes de enviar mis fotos junto con una declaración artística. Aunque no consiguiera nada en el concurso, estaba orgullosa de mí misma.

Me senté allí, con los primeros rayos de sol filtrándose por la ventana, pensando en las amenazas de Regina. Si quería utilizar un vídeo del pasado de Elliot para demostrar que no era un padre adecuado, ¿no podrían estas fotos del presente de Elliot demostrar lo equivocada que estaba?

Sus amenazas me habían asustado tanto que pensé que la única solución era ceder a sus exigencias. Pero, ¿y si había otra manera? Al fin y al cabo, Elliot era abogado, así que quizá debería haberle contado las amenazas de Regina.

La idea de volver a casa de Elliot me asustaba. No sabía si Regina me estaría vigilando; si presentaría pruebas cuando volviera allí. Ni siquiera confiaba en que no estuviera vigilando de algún modo nuestras comunicaciones; había tenido mi portátil durante horas sin que yo lo

supiera. Podría haber hecho cualquier cosa.

¿Pero y si iba a la oficina de Elliot en persona? Tenía que haber una manera de detenerla.

Elliot

"¿Papá?", llamó Rose desde la cama, con voz tranquila e insegura. Acababa de darle las buenas noches, algo que Fiona y yo solíamos hacer juntos.

Habían pasado unos días desde que Fiona se había ido y Rose no lo había llevado bien. Yo tampoco lo había llevado mejor. Pero mientras Rose estaba triste y confundida, yo estaba enfadado.

"¿Sí, Rose?", pregunté desde la puerta. En cuanto Rose se durmiera, iba a servirme un gran vaso de whisky y ahogar mis penas.

"¿Por qué mis madres siempre me dejan?", quiso saber, inocente y desconsolada.

"Oh, Rose", murmuré, volví junto a su cama y la abracé.

Pensar que sin Fiona nunca habría sabido cómo consolar a mi hija... Y ahora ella es la razón por la que tengo que hacerlo.

"Sé que es duro", le dije, buscando la forma de hacérselo un poco más fácil. No tenía la menor idea de cómo. "Pero te prometo que siempre estaré contigo".

Rose se aferró a mí con fuerza. "¿Palabra de honor de indio?"

"Por supuesto", le aseguré. Se apartó y rodeó mi meñique con el suyo.

"¿Crees que mamá volverá algún día?", siguió preguntando. Aún no se lo había contado todo. No sabía qué decirle. No podía explicarle lo del vídeo, ni que Fiona también había aceptado dinero para dejarnos, según mi madre. Lo mejor que pude hacer fue decirle a Rose que Fiona no quería irse, pero que no tenía otra opción.

"No lo creo", dijo vacilante. No quería darle falsas esperanzas a Rose. Fiona ni siquiera había hablado de ello con Harrison. Probablemente porque estaba avergonzada. Debería estarlo.

Rose moqueó y asintió con tristeza.

"¿Crees que ya vas a poder dormir?", le pregunté. Volvió a asentir y le di un beso de buenas noches. Luego cerré la puerta detrás de mí y dejé escapar un suspiro. No tenía ni idea de cómo debía apoyar a Rose en esta situación.

Mis ojos se desviaron hacia la puerta de la antigua habitación de Fiona. Aún no la había abierto porque no estaba seguro de poder hacerlo. Apreté los dientes con frustración y caminé por el pasillo, con mi ira hacia Fiona aumentando un poco más. Era un idiota por creer que estaba hecho para tener una relación. Las relaciones siempre acababan en tragedia. Estaba mejor solo.

Bajé corriendo las escaleras, decidido a conseguir algo de beber. Tenía que refrescarme las ideas o no podría dormir. Pero me detuve cuando vi a mi madre esperándome abajo.

"¿Qué haces aquí?", espeté. No estaba de humor para una visita sorpresa y mucho menos para una visita sorpresa de mi madre. Ella había jugado un rol fundamental en la partida de Fiona y no podía perdonarle por eso. Sólo hubiera deseado que Fiona no hubiera sido tan débil como para dejarse influenciar por ella.

"Tenemos que hablar de tu futuro", dijo, poco impresionada.

Puse los ojos en blanco y continué hacia la zona del bar, al fondo de la casa. No había estado aquí desde... bueno, desde que Rose vino a quedarse conmigo. Probablemente era la mejor

manera de pensar en toda esta situación.

"No huyas de mí cuando te estoy hablando". Se abalanzó sobre mí.

"No soy un niño", rechisté mientras sacaba una botella de whisky del bar.

"Entonces no te comportes como tal", siseó. Serví el whisky en un vaso. Tres dedos serían suficientes. "Tienes que calmarte, por el bien de Rose".

Tal vez un sorbo más si mamá seguía hablando.

"Estaba calmado", dije, agarrando la botella con más fuerza. "¿Y de qué me sirvió? Si te importara Rose, no habrías animado a Fiona a marcharse. Está inconsolable".

"Si para Fiona, Rose fuera importante, no te habría dejado", replicó mi madre.

Touché.

Tomé un largo sorbo de whisky y saboreé cómo me quemaba en la garganta.

"Si al menos echaras un vistazo a las chicas que he elegido para ti..."

"¡Fuera de aquí!", grité y me bebí la copa. El whisky me salpicó los dedos.

"Elliot", mamá estaba indignada. "¿Cómo te atreves..."

"¿Qué parte de 'vete' no entiendes?", amenacé. "No te quiero aquí".

"Te arrepentirás", me advirtió.

"¿Qué vas a hacer? ¿Enseñarle a alguien mi vídeo y ofrecerle dinero para que se vaya?", me burlé de ella.

"Hay cosas mucho peores que perder a esa zorrita", dijo con voz gélida.

Me quedé mirándola.

"Te daré un poco de tiempo para que te calmes", murmuró, quitándose pelusas invisibles de la chaqueta. "Pero al final verás las cosas a mi manera, Elliot".

Me reí de ella y volví a mi whisky. Si podía entrar sola, podía salir sola.

Mamá se fue y yo vacié el vaso de whisky y me serví otro. Cuando estaba tan borracho que mis ganas de dormir pudieron más que mi enfado, me fui a la cama.

Me tumbé boca arriba y esperé a que el sueño me diera el olvido que ansiaba. Aún podía oler a Fiona en mis sábanas. Estaba demasiado borracho para cambiarlas. Antes de mi viaje de negocios, era el hombre más feliz del mundo.

Me di la vuelta y golpeé la almohada para ahuecarla. Si de algo estaba seguro con todo esto, era de que nunca volvería a abrirme a nadie.

Había terminado con las estúpidas ideas de felicidad y amor. Tal vez funcionara para otras personas, aunque sinceramente tenía mis dudas sobre si realmente funcionaba para alguien.

Definitivamente no funcionó para mí y fue mejor así.

Capítulo 25

Fiona

Respiré hondo mientras me paraba frente al edificio de oficinas.

Elliot estaba allí, sin duda trabajando en un caso importante.

El edificio se alzaba gris e imponente por encima de mí, representando todo y a todos los que habían intentado hundirme y destruir mi poder. Pero me mantuve firme y decidida. No volvería a dejar que me humillaran.

Con la cabeza bien alta, tomé el ascensor hasta la planta de Elliot. Las oficinas del bufete rebosaban dinero y privilegios. Hace unos meses, podría haberme impresionado. Diablos, incluso hace unos días. Ahora sólo pensaba que tenía que recuperar a mi familia.

Me había dado cuenta de que la gente como Regina nunca se detenía hasta que se veía obligada a hacerlo. Puede que yo fuera su enemiga esta vez, pero su verdadero objetivo eran Elliot y Rose, yo solo me había interpuesto en su camino.

No había nada que le impidiera querer quitarle a Rose a Elliot por algún otro desaire que ella sintiera que se le hacía. Quería controlar a Elliot y si no podía, empezaría a controlarlo controlando a Rose. Y los había dejado a los dos sin advertirles del peligro que los acechaba.

Cuando encontré la puerta con el nombre de Elliot, me detuve un momento para serenarme mientras el corazón se me aceleraba en el pecho. Estaba al otro lado de la puerta. Y estaba a punto de volver a verle. Había pasado una semana desde que salí de su casa, y él se había ido una semana antes, aunque parecía mucho más tiempo. Habían cambiado tantas cosas...

Llamé a la puerta y cuando oí su voz, un simple "Adelante", se me formaron mariposas en el estómago. Abrí la puerta y vi a Elliot sentado en su escritorio. Parecía cansado, estresado, pero en cierto modo estaba aún más impresionante que la última vez que lo había visto. Lo único que quería era correr hacia él, sentir sus brazos a mi alrededor y acurrucarme contra su pecho. Se levantó.

"¿Qué demonios estás haciendo aquí?"

Me había imaginado docenas de reacciones tuyas al verme, desde alivio hasta conmoción o confusión. Pero el enfado de su rostro me sacudió hasta la médula.

"Elliot", murmuré con voz ahogada.

"Te fuiste", me reprochó inmediatamente, "sin una explicación. Te negaste a responder a mis llamadas y mensajes. ¿Y ahora apareces aquí de la nada? ¿Tienes idea de lo que le has hecho a Rose?".

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No esperaba que fuera fácil pero pensar ahora en el dolor que había causado era devastador. Había intentado salvarnos a todos, pero en lugar de eso sólo nos había hecho daño.

"Lo siento", dije. "Por favor, Elliot, déjame explicarte".

Se lo pensó un momento y temí que se negara y me echara. Pero luego asintió. Entré en su despacho y cerré la puerta tras de mí. Me miró fijamente desde su escritorio, con las manos firmemente apoyadas en la mesa. No quería saber qué aspecto tenía en la sala.

"Lo siento", repetí y parecía frustrado. "Tu madre me ofreció dinero..."

"Así que realmente lo cogiste", cada palabra era como un cuchillo afilado.

"¿Qué? Por supuesto que no", respondí horrorizada. "Por favor, tienes que creerme. Regina apareció de la nada y me dijo que me pagaría para que te dejara. Cuando me negué, empezó a amenazarme. Dijo que pediría la custodia de Rose, que te la quitaría. No podía dejar que eso pasara, no sabía qué más hacer. Así que me fui. Sin el dinero. Sólo quería que Rose estuviera a salvo".

"¿Y el vídeo?", preguntó acusadoramente. "Supongo que te lo enseñó, lleva años chantajeándome con eso".

Le miré con el ceño fruncido. "¿De verdad crees que me importa?"

Me dolía que Elliot pensara que me disuadiría tan fácilmente, pero... realmente no le había dado una explicación. El miedo me había paralizado.

"Tú eres la que se fue, así que dímelo tú", exigió.

Tragué saliva. Esto no estaba saliendo como esperaba.

"Por favor, tienes que creerme", le insistí. "No me interesa tu pasado. Lo único que me importa es que Rose y tú estéis a salvo. Tu madre amenazó con utilizar el vídeo para demostrar que no eras un padre adecuado. Incluso amenazó con esconder drogas en tu casa. Debería habértelo dicho, ahora lo sé. Pero tenía miedo".

Parecía como si no supiera si creerme. Eso volvió a romperme el corazón. Di otro paso hacia él, y otro, y sólo me detuve cuando estaba a escasos centímetros de él. Le miré y le supliqué que me creyera.

"Elliot", murmuré y le puse la mano en el brazo. "Lo siento. Intentaba protegeros a ti y a Rose".

"¡Mierda!", gritó y se apartó de mí.

Mi corazón se rompió en pedazos. Había sido una tonta. Debería haberme quedado y haber luchado por él y por Rose. Les había hecho demasiado daño y ahora era demasiado tarde para arreglar las cosas. Al menos le había advertido sobre Regina. Era un pequeño consuelo, pero al menos ya era algo.

"Esa mujer malvada", refunfuñó Elliot, volviéndose hacia mí. "Lo ha arruinado todo".

"¿Lo ha hecho?", le pregunté. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo a través de la camisa, aunque no nos tocáramos.

Elliot me miró con sus ojos azules y grises, tormentosos y salvajes. Me dio un áspero beso en los labios. Toda la desesperación, el dolor y la nostalgia brotaron de él de repente. Me aferré a él con fuerza y le devolví el beso con la misma pasión. Parecía una eternidad desde la última vez que nos habíamos tocado y ya no creía que fuera a tener otra oportunidad.

Me empujó contra el escritorio y un gemido escapó de su garganta. Lo nuestro siempre había sido apasionado, pero esto era otro nivel. Lo deseaba más que nunca. Y sólo se hizo más intenso cuando sentí que presionaba su dura polla contra mí.

"Por favor", le dije mientras empezaba a besarme el cuello, rogándole ahora por un motivo completamente distinto al de hace unos minutos.

"Dime lo que necesitas", me murmuró al oído, con una voz grave que me penetró hasta el fondo.

"A ti", respondí. No me importaba cómo. Lo dije en todos los sentidos.

Me levantó la falda, me arrancó las bragas y las dejó caer al suelo. Luego me sentó en su escritorio y volvió a besarme. Tanteé su cinturón, distraída por la boca y las manos de Elliot hasta que conseguí desabrocharlo y mis manos estaban sacándole la polla de sus pantalones.

Después de eso, no perdió más tiempo y se zambulló en mí. Jadeé y arqueé la espalda. Cada nervio de mi cuerpo vibraba de placer. Empezó a empujar y me penetró con fuerza y

profundidad. Lo rodeé con mis brazos, lo abracé con fuerza y clavé mis dedos en su espalda. No quería soltarlo nunca más.

Con cada embestida, me recorría un torrente de intenso éxtasis. En su despacho se oían nuestros cuerpos chocar, los jadeos de Elliot y mis gemidos. Era puro sexo, de pronto Elliot me miró y nuestros ojos se encontraron, algo cambió.

Sentí una oleada de emoción subir dentro de mí y el pecho se me llenó a reventar. Elliot aminoró la marcha, me apartó el pelo de la cara y me miró con tanta dulzura que casi lloro. Apoyó su frente en la mía y sus manos acariciaron mi espalda con tanta ternura que creí que me iba a derretir. Ya no sólo estábamos teniendo sexo, estábamos haciendo el amor.

El tiempo se detuvo y el resto del mundo se desvaneció. Solo estábamos él y yo por fin reunidos.

Quería que todo siguiera así; quería quedarme en este momento perfecto para siempre. Aunque no había forma de detener el éxtasis que me invadía. Me aferré a Elliot cuando me corrí y mis labios se volvieron a encontrar con los suyos. Elliot me siguió y exhaló un profundo suspiro de satisfacción al unirse a mí en el nirvana.

Nos dejamos llevar un rato, acariciándonos y besándonos, recuperando el tiempo perdido y diciendo con nuestros cuerpos lo que las palabras no podían expresar en nuestras bocas. Pero la realidad seguía ahí y aún no habíamos resuelto nada.

"Fiona", empezó Elliot, el dolor volviendo a sus ojos. "Creo que necesito algo de tiempo, no puedo volver de golpe a una relación contigo".

"Lo entiendo", dije, tragándome mi propio dolor. "Lo que os hice a ti y a Rose es imperdonable".

"Rose ha pasado por mucho", comentó con voz firme. "Y para ser sincero, yo también. Pero también entiendo por qué lo hiciste. No te culpo a ti, culpo a mi madre".

Saber cuánto dolor había causado era difícil de soportar. Tener la comprensión de Elliot significaba todo para mí.

"Lo siento", murmuré, sintiendo que esas palabras no eran suficientes. "Hablando de Regina, si me vuelve a ver, cumplirá su amenaza".

"Yo también lo he pensado", asintió con una mueca. "Si tuviéramos pruebas de que está intentando pagarte y chantajearte, podríamos usarlas contra ella".

"¿Cómo vamos a conseguir pruebas de eso?", pregunté. "Por ahora no tenemos ninguna".

"Tengo una idea", sonrió Elliot.

"¿Estás seguro de que esto va a funcionar?", pregunté nerviosa, paseándome arriba y abajo por el vestíbulo de Elliot.

"Haremos lo que podamos", dijo Elliot y encendió una de las cámaras ocultas. Luego se volvió hacia su hermano. "Desmond, ¿estás listo?"

Desmond sonrió descaradamente a Elliot: "¿Para ser tú? Creo que puedo arreglármelas".

Los gemelos eran aún más idénticos que de costumbre. Desmond llevaba el pelo enmarañado hacia atrás, como solía llevarlo Elliot, y estaba bien afeitado, como él.

"Recuerda, sólo tienes que fingir que eres yo yendo al trabajo y despidiéndote de Fiona", explicó Elliot.

"Sí, sí, y espero que mamá o uno de sus soplones me vea y venga a amenazarla otra vez,

entendido", respondió Desmond, tratando de quitarle importancia al asunto. En realidad, estaba tan molesto como Elliot por la torpeza de su madre. Me di cuenta de lo duro que debía de ser para los dos: primero el ajuste de cuentas con su padre y ahora esta traición de su madre. No era fácil desprenderse de la familia, lo sabía por experiencia propia. Pero no querían seguir soportando la toxicidad de Regina.

"Ven conmigo, amor", me dijo Desmond. "Estoy a punto de irme a mi importante trabajo de abogado y sé que querrás darme un beso de despedida".

"Es probable", resoplé mientras caminaba con Desmond hacia la puerta principal. Volví a mirar a Elliot y le espanté. Eso no funcionaría mientras siguiera visible y ya había sido bastante problemático intentar colar a Desmond.

Desmond adoptó una expresión más seria. Era una buena copia de la expresión habitual de Elliot. Abrió la puerta y me aseguré de que se me viera desde la calle. Luego se inclinó para darme un beso en la mejilla y le dije deliberadamente: "Adiós, Elliot. Nos vemos esta noche".

Desmond me guiñó un ojo, subió al coche de Elliot y se marchó. Exhalé temblorosamente y volví a entrar. Después de eso, todo lo que teníamos que hacer era esperar. Y esperar. Y esperar.

"¿Quizá no nos estaba vigilando?", dudé.

"Últimamente ha estado aquí tan a menudo que casi no me lo creo", murmuró.

Pasó otra hora hasta que sonó el timbre.

"¿Crees que es ella?", pregunté.

"Suele entrar sola", susurró. "Ojalá nunca le hubiera dado las llaves de mi casa".

Elliot se escondió de todos modos y yo fui a abrir la puerta. Regina estaba allí de pie con una sonrisa en la cara.

"Así que has decidido volver", comentó con las cejas levantadas. "Tengo que decir que no pensaba que fueras tan estúpida".

"No puedo evitar querer a Elliot", respondí, con la voz un poco temblorosa. Elliot me había enseñado lo que no debía decir para que no pareciera que la estaba provocando, pero con tanto en juego, temía meter la pata.

"Oh, niña tonta", se burló Regina, "no teníamos por qué llegar a esto".

"¿A dónde?", pregunté.

Vamos, Regina. Dilo. Hay tres cámaras enfocándote ahora mismo. Sólo dilo.

"Ya verás", sonrió con suficiencia, antes de darse la vuelta y volver a bajar por el camino de entrada.

"¡Regina!" la llamé y esperé desesperadamente a que dijera en voz alta lo que tenía en mente. Porque si no lo hacía, todo habría sido en vano.

No contestó y observé impotente cómo se alejaba. Cerré la puerta y me volví hacia Elliot, que acababa de salir de su escondite.

"¿Te ha servido de algo?", pregunté, sabiendo ya la respuesta.

Elliot negó con la cabeza.

Elliot

Me entregaron los papeles al día siguiente. Mi madre me demandó por la custodia de Rose, alegando mi estilo de vida inadecuado y mi falta de experiencia en el cuidado de niños. El miedo

se me metió en los huesos.

Lo primero que hice fue llamar a alguien para que cambiara todas las cerraduras y reprogramara mi sistema de seguridad para que mi madre no pudiera entrar en casa. Luego, con la ayuda de Fiona, registramos la casa de arriba a abajo para asegurarnos de que no había escondido ninguna droga. Por suerte, no encontramos nada.

"¿Tiene alguna posibilidad de ganar esto?", preguntó Fiona cuando terminamos. Con sus ojos suplicaba una solución.

"Un buen abogado puede ganar cualquier caso", repliqué, preparándome para lo peor. "Con el vídeo y las pruebas de mi comportamiento anterior en la prensa, tiene muchas posibilidades. Si yo representara a mi madre, sin duda podría convertir esto en una victoria".

Me estremecí al confesárselo a Fiona. Pero en lugar de preocuparme más, me animó mientras puso su mano sobre la mía.

"Eres un buen padre, Elliot", dijo con una confianza inquebrantable. "Y no la vas a representar tú. Seguro que la verdad está de nuestro lado".

"La verdad sólo está de nuestro lado si se puede demostrar", le expliqué. "Ojalá tuviéramos pruebas de que te amenazó. Si lo hubiéramos filmado o si alguien hubiera estado allí cuando ella lo dijo, como testigo..."

"¿Te refieres a lo que la abuela le dijo a mamá?" La voz de Rose sonó de repente desde la puerta. No me había dado cuenta de que podía escuchar porque pensaba que estaba arriba jugando.

"Ven aquí, cariño", le dije, levantando a Rose y sentándola en mi regazo. La abracé con fuerza. "¿Qué quieres decir? ¿Qué has oído?"

Rose nos miraba a Fiona y a mí. Habíamos dejado en suspenso nuestra relación, pero nunca alejaría a Fiona de Rose. No era su madre biológica ni legal, pero se querían igual. Y Rose había estado mejor emocionalmente desde que Fiona había vuelto a nuestras vidas, aunque no viviera con nosotros.

"La abuela le dijo a mamá que le daría dinero para que pudiera irse y cuando mamá dijo que no, la abuela dijo que me alejaría de ti", murmuró Rose, con lágrimas empezando a formarse en sus ojos. "No quiero vivir con la abuela, es mala".

Abracé a Rose fuertemente contra mí. La idea de no tenerla más conmigo era demasiado difícil de soportar.

"Eso no va a pasar, te lo prometo", le aseguré. Y lo dije en serio. Lucharía con uñas y dientes para conservarla.

"Hablaré con Harrison", le dije a Fiona. "Sólo para tener una opinión exterior. Tenemos que idear un plan".

Fiona asintió. Pude ver que estaba al borde del llanto, pero se recompuso y se mostró valiente delante de Rose.

"¿Quieres...?", empecé, sintiéndome inusualmente tímido. "¿Quieres darle un abrazo a Rose?"

Fiona y yo estábamos dejando de lado el sexo. Seguía deseando estar con ella, pero mi corazón estaba tan herido que me costaba dejar que volviera a acercarse a mí. Sobre todo teniendo en cuenta lo que estaba pasando con mi madre. Lo último que necesitaba ahora era distraerme. Y si perdía la custodia... Nunca me recuperaría. Nunca sería capaz de estar con ella de nuevo. Ni siquiera estaba seguro de poder seguir adelante con mi vida.

Fiona asintió rápidamente y se acercó a Rose y a mí. Nos abrazó con fuerza, con Rose entre nosotros. Me recordó a la primera pesadilla que Rose había tenido antes de que Fiona y yo

empezáramos a salir. Yo estaba tan despistado y Fiona había sabido exactamente cómo ayudarme. Ahora era yo quién iba a arreglar las cosas. Le di un beso a Rose en la cabeza y luego a Fiona.

"Voy a arreglar esto", juré, tanto a ellas como a mí mismo.

Capítulo 26

Fiona

El día de la vista, se me revolvía el estómago. No podía comer y apenas había dormido desde que Regina había solicitado la custodia de Rose. Estaba enferma de ansiedad, pero Elliot y Harrison habían elaborado un plan sólido. Sólo nos quedaba esperar.

El abogado de Regina empezó describiendo a Elliot como un juerguista, un mujeriego y una mala influencia. Citó el hecho de que la madre de Rose no le había hablado a Elliot de Rose como una prueba más de que no era un padre adecuado. Cuanto más hablaba el abogado, más desesperada me sentía. Nada de eso era técnicamente mentira, pero estaba tergiversando la verdad para contar una historia completamente distinta.

Entonces se mostró a todo el tribunal el vídeo de Elliot y las modelos. Observé la cara del juez y supe que Elliot iba a tener que luchar mucho si quería ganar. El abogado de Regina presentó pruebas de que, efectivamente, la modelo había sufrido una sobredosis y dio a entender que Elliot estaba presente cuando ocurrió. Elliot pudo presentar el informe policial para demostrar que no estaba allí cuando ocurrió, pero aún así no tenía buena pinta. Me alegré de que pudiéramos frustrar el plan de Regina de esconder drogas en casa de Elliot, porque de lo contrario no habríamos tenido ninguna posibilidad de ganar.

Cuando Regina subió al estrado para dar su testimonio, yo estaba tensa. La mujer era muy buena manipuladora y no estaba segura de qué trapos sucios escupiría.

"Sra. Bennet", dijo su abogado. "¿Por qué cree que sería mejor tutora de su nieta Rose que su padre?"

"Como has oído, Elliot no es un buen padre", explicó con frialdad. "He criado a dos niños y creo que Rose necesita un entorno estable con un modelo femenino adecuado".

Regina me miró insistentemente. Le devolví la mirada, negándome a ceder ante ella. Nunca más me derrumbaría bajo el peso de alguien como ella.

Luego le tocó a Elliot interrogar a su madre.

"Señora Bennet", empezó Elliot, apenas consiguiendo reprimir una sonrisa al dirigirse a su madre como a una extraña. Por su ceño fruncido, notaba que la estaba molestando. "Si es usted tan buena madre, ¿puede explicarle al tribunal por qué educó a uno de sus hijos de tal manera que ahora piensa que es un padre inadecuado?"

Su boca se tensó.

"A veces la naturaleza es más fuerte que la educación", proclamó.

Elliot parecía imperturbable, aunque yo sabía que estaba tan asustado como yo.

"¿Puede confirmarme que ofreció dinero a mi compañera para que me dejara y que, cuando eso no funcionó, amenazó con quitarme a Rose si no se marchaba?", siguió preguntando y pude oír la rabia en su voz aún persistente.

"No he hecho nada de eso", dijo con fingida ofensa.

"Tú mismo me dijiste que le pagaste a Fiona para que me dejara, cuando en realidad se fue por miedo a lo que harías de si no lo hacía", objetó, y me di cuenta de que Elliot estaba necesitando toda su fuerza de voluntad para no gritar.

"Protesto, señoría", gritó el abogado de Regina y se levantó. "La defensa debe examinar esto".

"Concedido", dijo el juez.

Elliot se tomó un momento para recomponerse. El sabor a hierro me llenó la boca y me di cuenta de que me había mordido el interior de la mejilla. Hasta yo me daba cuenta de que, de momento, las cosas no pintaban bien para nosotros.

Por favor, que prevalezca la justicia por una vez. Rose y Elliot no se merecen esto. Por favor, que todo salga bien por una vez.

"¿Estás orgulloso de los hijos que has criado?", preguntó Elliot en su lugar.

"Protesto", gritó de nuevo el abogado de Regina. "¿Es esto relevante?"

"Señoría, se trata de las habilidades parentales de la señora Bennet", intervino rápidamente Elliot.

El juez miró fijamente a Elliot y pensó su decisión.

"Denegado, pero tenga cuidado, abogado", advirtió el juez. "Esta ya es una situación poco ortodoxa y no voy a sentarme y dejar que intercambien golpes bajos. Estamos aquí para decidir quién es el tutor más apropiado para la señorita Bennet, no para convertir la sala en un drama familiar".

"Lo comprendo, Señoría", respondió Elliot con firmeza. "Créame, que yo tampoco lo quiero".

El juez refunfuñó escéptico, pero asintió y continuó: "Por favor, responda a la pregunta, señora Bennet".

Los labios de Regina se torcieron. "Claro que no, si no, no estaría pidiendo la custodia".

Elliot asintió como si esperara la respuesta y luego preguntó: "¿Y qué hay de mi hermano? ¿Estás orgullosa de él?"

"Claro, ha ganado mucho dinero con las propiedades y se ha casado con la mujer a la que dejó embarazada, aunque sea una simple artista", replicó Regina, incapaz de reprimir su habitual esnobismo. "De verdad, habría sido mucho más fácil si hubiera tenido niñas".

Sentí que la sala se indignaba y me atreví a esperar que las tornas cambiaran a nuestro favor.

"Sí, recuerdo que lo mencionabas mucho cuando éramos pequeños. ¿Ves a Rose como una oportunidad de tener por fin la hija que siempre has querido?", preguntó.

Se me apretó el corazón. Elliot demostró tanta fortaleza ante la crueldad de su madre. Sabía cuánto dolía cuando un padre te demostraba que no te quería.

"Me aseguraré de que se comporte mejor de lo que tú lo has hecho nunca", siseó, perdiendo la fachada de abuela sensata y preocupada.

Los labios de Elliot se crisparon como si tuviera que reprimir una sonrisa y se volvió hacia el juez: "No hay más preguntas, señoría".

Tras una breve interrupción, llegó de nuevo el turno de Elliot. A pesar de lo mucho que estaba en juego, actuó con soltura en la sala. Refutó las afirmaciones de Regina llamando a testigos que desacataban su buen carácter, incluido Desmond, que habló del carácter controlador de Regina desde la infancia. También presentó un análisis de drogas verificado independientemente para demostrar que no consumía drogas.

Mis fotos también estaban entre las pruebas, mostrando claramente su amor por Rose y lo feliz que era con él. Una foto tras otra fueron mostradas al tribunal. Una de ellas la había tomado en el parque cuando Rose le enseñó a Elliot un bicho que había encontrado y él sonreía cariñosamente.

Luego, del viaje al acuario, cuando Elliot puso a Rose sobre sus hombros para que pudiera ver mejor y ella apoyó su cabeza en la de él porque se parecían tanto con su pelo rubio y sus ojos azul grisáceo. Un momento después de un picnic, cuando Rose se cansó y se quedó dormida sobre el pecho de Elliot y él la abrazó, con tanto amor en los ojos.

Entonces apareció una foto que no había hecho ni visto nunca. Había sido tomada en la boda de Desmond y nos mostraba a Elliot, Rose y a mí bailando juntos. La alegría llenaba no sólo nuestros rostros, sino todo nuestro cuerpo. Parecíamos una verdadera familia. Era una locura pensar que Elliot y yo nos habíamos juntado recién esa noche cuando ya había tanto amor entre nosotros.

El amor. Eso era exactamente lo que compartíamos. Y era obvio para todos en ese tribunal.

Incluso el abogado de Regina empezaba a mostrarse incómodo, como si supiera que estaban equivocados.

Y entonces Rose subió al estrado. Habíamos pensado una y otra vez si debíamos hacerla pasar por esto. No nos parecía justo dejar que una niña testificara en un tribunal. La pérdida de su madre había sido demasiado. Ahora estaba el peligro de perder a su padre también. No debería vivir esa situación, pero había oído las amenazas de Regina y era el único testigo convincente que teníamos. Si testificaba, podría probarse fácilmente que Regina mentía. Habíamos hablado de todo con Rose; se lo habíamos explicado todo y nos habíamos asegurado de que entendía de qué iba el asunto. Le dijimos que no tenía por qué hacerlo y que podía negarse en cualquier momento. Pero Rose, nuestra valiente angelita, estaba decidida a testificar.

Estaba sentada en una silla alta en el estrado, parecía muy pequeña y frágil en aquella gran sala imponente. Sus rizos rubios enmarcaban su pequeño rostro y la hacían parecer todavía si cabe, más inocente y dulce.

Elliot la interrogó primero, le habló con ternura. Pasó del modo abogado al modo padre.

"Rose, ¿recuerdas el día que la abuela visitó a Fiona mientras yo estaba fuera?", preguntó y Rose asintió. "¿Puedes contarnos qué pasó ese día? ¿Qué oíste?"

"La abuela le dijo a mamá que le daría dinero para que nos dejara", dijo Rose claramente. "Y entonces mamá dijo que no. Así que la abuela dijo...". Rose empezó a llorar. Me tensé en mi asiento, dispuesta a correr hacia ella y consolarla. Elliot se acercó, pero Rose siguió hablando. "La abuela dijo que me llevaría con ella si mamá no se iba".

Regina protestó desde su asiento, pero la sala no estaba de su parte. Incluso a través de mis lágrimas, pude ver a la gente de la tribuna enjugándose las suyas. Incluso el juez parecía conmovido.

"¿Estás contenta conmigo, Rose?", preguntó Elliot.

Regina le susurró algo a su abogado y al negar éste con la cabeza, ella le dio un codazo en el costado.

"Er, objeción, Su Señoría", murmuró mansamente. "Pregunta sugestiva".

El juez le dirigió una mirada de desaprobación. "Protesta denegada. Por favor, responde a la pregunta, Rose".

Asintió con la cabeza y dijo: "Soy muy feliz, papá. No creí que pudiera volver a ser feliz después de la muerte de mamá. Pero te quiero y también quiero a mi nueva mamá".

Conmovida, me enjuagué las lágrimas. Lo único que quería era estrechar a Rose entre mis brazos y no dejarla marchar nunca más. Pensaba en ella como si fuera mi hija y no podía imaginar amar a nadie más como la amaba a ella.

"Gracias, Rose", dijo Elliot. "No hay más preguntas, Su Señoría".

Luego le tocó al abogado de Regina interrogar a Rose, pero dudó. Regina le siseó algo y él se levantó con un suspiro.

"Rose, ¿Fiona te pidió que la llamaras mamá?"

Rose negó con la cabeza. El abogado miró a Regina, que le devolvió la mirada.

"¿Te gusta tu abuela?", preguntó, lamentando claramente haber tenido que hacer esa pregunta.

"La abuela es mala conmigo", respondió Rose. "Nunca me deja jugar y siempre me dice que me calle".

"No hay más preguntas, Señoría", dijo entonces el abogado. Regina golpeó la mesa con el puño, pero su abogado sólo repitió más alto: "No hay más preguntas".

Parecía que todo el mundo estaba harto de Regina.

Los dos abogados expusieron su alegato final y esperamos con impaciencia la decisión del juez. Aunque parecía que el juicio acabaría a nuestro favor, aún cabía la posibilidad de que fuera al revés.

La tensión en la sala era palpable mientras esperábamos. Cada segundo parecía una eternidad, nuestro destino pendía de un hilo.

Finalmente, el juez se aclaró la garganta y reclamó la atención de todos los presentes.

"Tras estudiar detenidamente las pruebas presentadas y las declaraciones de los testigos, he tomado una decisión".

El corazón se me aceleró en el pecho, la esperanza y el miedo luchaban entre sí. Este era el momento que daría forma a nuestras vidas; el juicio que determinaría si Rose permanecería en el entorno amoroso de su padre o sería arrancada de él por la cruel manipulación de su abuela.

"El Tribunal considera que el Sr. Elliot Bennet ha proporcionado constantemente amor, cuidado y devoción a su hija Rose. Las pruebas presentadas indican que es un padre responsable y capaz que proporciona a su hija un entorno estable y enriquecedor".

Un rayo de esperanza me recorrió, pero no me atreví a alegrarme antes de tiempo. El juez continuó: "Además, el tribunal tiene en cuenta la influencia perjudicial y la manipulación de la demandante, la Sra. Regina Bennet. Está claro que sus acciones e intenciones no iban en el mejor interés de la niña".

El alivio me invadió, mezclado con una sensación de tranquilidad. Las palabras del juez resonaron en mis oídos, atestiguando lo que siempre habíamos sabido: que Elliot era un padre cariñoso y devoto y que los motivos de Regina obedecían a sus propios deseos egoístas.

"El tribunal falla a favor del Sr. Elliot Bennet y le otorga la custodia total de su hija Rose".

Un suspiro colectivo de alivio recorrió la sala. Lágrimas de alegría brotaron de mis ojos y corrieron por mis mejillas cuando el peso de la incertidumbre se disipó.

Cuando el martillo del juez golpeó y selló la sentencia, sentí una oleada de triunfo y gratitud. Habíamos superado todos los obstáculos, luchado contra la manipulación y salido victoriosos. Nuestra familia, maltrecha pero indemne, había recibido justicia en un mundo que a menudo parecía favorecer a los que tenían poder y riqueza.

Pero una pregunta seguía sin respuesta, sobre mi futuro con Elliot. Me volví hacia él y me miró, sus ojos irradiaban una mezcla de emociones: alivio, gratitud y un atisbo de algo más.

"No podría haberlo hecho sin ti", murmuró y me cogió las manos.

"Me alegro de que Rose esté a salvo", respondí. "Nunca podría haber vivido tranquila si te la hubiera quitado".

Elliot asintió, pero aunque estábamos llenos de alivio y felicidad, algo más seguía pesando sobre nosotros: tantas palabras sin decir y un futuro sin escribir. Había estado esperando a que todo terminara y a que Elliot me dijera si estaba preparado; si alguna vez lo estaría. Pero no podía contenerme más. Estaba dispuesta a correr un último riesgo porque estaba cansada de esconderme y esperar.

"Te quiero", dije en voz alta, pronunciando por fin las palabras que llevaba en el corazón desde

hacía tanto tiempo.

Elliot respiró hondo y yo me preparé para lo peor.

"Yo también te quiero", respondió.

Me estrechó entre sus brazos y sus labios se encontraron con los míos, con firmeza y sinceridad. Mi corazón dio un salto de alegría.

Cuando nos separamos, Rose estaba a nuestro lado, radiante de felicidad.

"¿Estáis listas para volver a casa?", preguntó Elliot, mirando a un lado y a otro entre las dos.

"¡Sí!", gritamos Rose y yo al unísono.

Elliot y yo cogimos cada uno una mano de Rose y salimos juntos del juzgado, como una familia. Sabía que aún teníamos que trabajar en nuestra relación porque mi marcha había dejado una cicatriz en el corazón de Elliot, pero estaba dispuesta a esforzarme para arreglar las cosas. Porque estaba segura de que juntos podríamos superar cualquier reto y capear cualquier temporal. El futuro era nuestro y lo afrontaríamos juntos.

Epílogo

Fiona

Cinco meses después

Era difícil creer lo mucho que había cambiado mi vida en un año. Allí estaba yo, de pie frente a mis fotos expuestas, ajustándome nerviosamente el traje, pero esta vez no estaba en una diminuta galería de Los Ángeles ni tenía un novio infiel en casa.

Para mi gran sorpresa y deleite, había ganado el concurso de fotografía y mis fotos se exponían en una renombrada galería de Nueva York. La gente estaba expectante reunida para admirar las obras. La emoción y el nerviosismo se mezclaron en mi interior al darme cuenta de que mi trabajo formaba parte de esta prestigiosa exposición. Miré a Callie, mi mejor amiga, que me dedicó una sonrisa tranquilizadora. Su presencia me proporcionó la tranquilidad que tanto necesitaba en medio de mis emociones agitadas. Había estado conmigo desde el principio y nunca lo habría conseguido sin ella.

A medida que la multitud llenaba la sala, entablaban conversaciones expresando admiración por las obras de arte. En el mar de gente, había caras conocidas por todas partes. Elliot, Rose, el resto de mi familia y mis amigos queridos que me mostraban su apoyo incondicional. Miranda y Harrison, acompañados de su bebé de seis meses, Lucy y Desmond con su hija Amy, de casi dos años, también estaban a mi lado, celebrando este hito en mi viaje.

Pero no eran los únicos. En los últimos cinco meses, mi círculo se había ido ampliando cada vez más. Vanessa, la hermana de Miranda, y su marido Marcus, uno de los amigos de Elliot, incluso habían viajado desde Quebec con su bebé Reiji para apoyarme. William, primo de Harrison por parte de madre y su mujer Maeve también estaban presentes y hacía poco que habían anunciado su embarazo, a penas se le notaba.

Mientras paseaba por la galería, me empapé de todos los reconocimientos y felicitaciones que recibí. Unos desconocidos expresaron su interés por las fotos por encargo. La foto ganadora del concurso se exhibía con orgullo. Captaba el momento mágico en que Rose y Elliot estaban de pie bajo la luz dorada del sol y Rose soplabla una flor de diente de león. La foto personificaba toda la alegría y el amor que irradiaba nuestra pequeña familia. Algo que antes parecía tan frágil ahora se había vuelto muy fuerte.

Pero no era sólo el éxito de mi exposición lo que me llenaba de orgullo. Parecía que la vista por la custodia había pasado hacía años, sin embargo sus efectos aún se dejaban sentir. Después de eso fui yo quien presentó una demanda de extorsión contra Regina, decidida a romper el ciclo de abusos y manipulación que había asolado a mi familia durante tanto tiempo. Se hizo justicia y Regina fue condenada a pagar una cuantiosa indemnización por daños y perjuicios. Por fin tenía los medios para darle a mi madre la jubilación que se merecía y liberarla de los grilletes de la precariedad financiera.

Mientras me encontraba entre la multitud, no sentía más que satisfacción y gratitud. El amor y el apoyo que me rodeaban eran inquebrantables; un testimonio de los lazos forjados a través de las experiencias compartidas y la verdadera amistad.

Después de la exposición, compartimos una cena alegre y reconfortante que reunió a familiares

entrañables, así como a nuevos y viejos amigos. Hubo risas, se compartieron historias y la sala se llenó de la alegría de vivir y la fuerza de los vínculos duraderos.

En medio de las celebraciones, Rose tiró de mi mano, con los ojos brillantes de emoción.

"Mamá, quiero enseñarte algo", dijo.

"Vale, cariño, ¿qué es?", pregunté y me levanté.

"Ya lo verás", respondió crípticamente.

La seguí y me condujo escaleras arriba hasta un tejado decorado con una alfombra de pétalos de rosa. El corazón me dio un vuelco cuando vi a Elliot esperándonos, bañado por los cálidos colores del sol poniente. Era una escena sacada de un cuento de hadas.

Con una tierna sonrisa, Elliot se arrodilló y Rose le entregó una caja de terciopelo que contenía un brillante anillo de diamantes. Lágrimas de alegría corrieron por mi cara de emoción mientras las palabras de Rose flotaban en el aire entre nosotros, se oía su voz llena de felicidad sin adulterar.

"¿Te casarás con mi papá y te convertirás en mi mamá?"

En ese profundo momento, me quedé sin palabras. En lugar de contestar, me limité a asentir. Mi corazón se llenó de amor y aceptación. Elliot se levantó y me abrazó con fuerza. Cuando nuestros labios se encontraron en un tierno beso, el tiempo pareció detenerse y el mundo se desvaneció, dejándonos solos a los tres, unidos por un vínculo que desafiaba todos los retos.

La exclamación de alegría de Rose resonó en los tejados, como testimonio de la resistencia y la fe inquebrantable que nos habían conducido a este hermoso momento. Mientras el sol se ponía en este día extraordinario, supe en mi corazón que nuestro viaje como familia no había hecho más que empezar. Juntos continuaríamos nuestra historia, unidos por el amor, la fuerza y la determinación inquebrantable de valorar para siempre lo que era verdaderamente importante.

Gracias

Gracias por comprar y leer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer los otros libros de la serie, puedes encontrarlos en este enlace:

<https://www.amazon.es/gp/product/B0CMFHLJ8C>

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon

<https://www.amazon.de/Anna-May/e/B08Q4HFPK3>

Leer más...

Si desea obtener el libro de Anna ahora mismo, puede hacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula “**La falsa novia del multimillonario**”.

Este es el resumen: Creía que lo tenía todo. Pero me equivoqué, no perdí tanto, o al menos no todo.

Tenía un marido cariñoso, una prometedora carrera como escritora y un estilo de vida acomodado.

Pero todo se desmorona cuando descubro que mi marido me ha engañado repetidamente.

Tras un doloroso divorcio, he renunciado al amor y lucho por llegar a fin de mes. Pero el destino interviene cuando conozco al encantador abogado multimillonario Marcus en la boda de mi hermana.

A pesar de mis reservas, acepto ser la cita de pago de Marcus durante un mes. Lo que sigue es un romance vertiginoso que me saca de mi zona de confort y me lleva a un mundo de emoción y aventura. A medida que nuestra relación se profundiza, me entero de que estoy esperando un hijo suyo.

Pero antes de que pueda decírselo, descubro una sorprendente conexión entre Marcus y mi padre, del que estoy distanciada desde hace mucho tiempo. Cuando surgen complicaciones, me enfrento a una difícil decisión.

¿Puedo realmente superar mi pasado y encontrar la verdadera felicidad con Marcus o nuestra relación estaba condenada desde el principio?

<https://www.amazon.es/dp/B0CP68LCR8>

Dedicado a todos los lectores

Llamamos ficción a este género literario, y puede que sea cierto, porque todos los personajes y acontecimientos son ficticios. Pero eso no significa que el mensaje que contiene no sea verdadero o valioso. Los dos protagonistas tienen rasgos de carácter que se interponen en su propio camino. En el caso del hombre, ha recorrido un largo camino lleno de experiencias y aún así no es consciente de su realidad, su mundo está vacío por dentro. A pesar de su riqueza, sus mujeres y su éxito, su vida es aburrida y pálida.

Los dos se conocen, se enamoran, hacen el amor, pero debido a estos rasgos de carácter, vuelven a separarse durante el desarrollo del relato. Se pierden el uno al otro y experimentan la vida sin la otra persona. Su dolor es tan grande que por fin pueden enfrentarse a sus propios demonios, quizás tengan que hacerlo, para luego luchar por su amor o quizás estar preparados para el amor verdadero. Ambos se hacen vulnerables. No se dan cuenta de que el otro también está luchando al mismo tiempo por ese amor. Por desgracia, eso no siempre funciona en la vida real. Pero este libro y todos los demás de Anna May y Aurora Shine deberían ser una llamada de atención de que merece la pena luchar por amor. Incluso cuando tienes que enfrentarte a tus propias debilidades. Incluso cuando las posibilidades de éxito son escasas. Merece la pena luchar por amor. Preferiblemente mientras aún estás en la relación. Antes de que sea demasiado tarde. Vale la pena luchar por amor. Porque, si no es por eso, ¿entonces por qué otra cosa vas a luchar?

¿No es precioso este mensaje?

Cuando lo reconocí en los libros, me enamoré de mi trabajo. Creo de verdad en él y si estos libros motivan aunque sólo sea a una persona a ser capaz de amar y defender el amor, todo mi trabajo habrá merecido la pena.

Gracias por leer el libro.

Baris Fratric
Editor en línea